

Howe Wiggins

12

ANÁLISIS

CUADERNOS DE INVESTIGACION

1er. Semestre
1983

VERDERA – Keynes y la macroeconomía.

GUIBAL – Mariátegui hoy.

DEUSTUA – Minería y clases sociales.

ROSSEL y YEPES – Caída de Billinghamurst:
crónica diplomática.

ORE – Memoria colectiva del campesinado
iqueño.

SILVA SANTISTEBAN/LOPEZ SORIA –
Debate: En torno al joven Lukács.

CRONICAS – OBRAS RECIBIDAS.

ANALISIS

Cuadernos
de
Investigación

ANALISIS RESUME EL ESFUERZO DE UN GRUPO DE PROFESORES DE DIVERSAS UNIVERSIDADES ANIMADOS EN LA COMUN TAREA DE IMPULSAR, DEBATIR Y PUBLICAR LOS AVANCES DE LA INVESTIGACION EN EL CAMPO DE LAS CIENCIAS SOCIALES.

- Director:* Ernesto Yepes
Universidad Agraria La Molina
- Comité Editor:* Efraín Gonzáles
Universidad Nacional del Cuzco
- Guillermo Rochabrún
Universidad Católica
- Cristina Rossel
Universidad de Lima
- Colaboradores
en el exterior:* Florencia E. Mallon
University of Wisconsin, EE.UU.
- Steve Stern
University of Wisconsin, EE.UU.

Suscripciones: la suscripción anual a ANALISIS (2 números) para el extranjero incluyendo franqueo postal, es de US \$ 12 para individuos y US \$ 20 para bibliotecas e instituciones. Cheques deben ser girados a nombre del director de la revista, Ernesto Yepes, y enviados a ANALISIS, Apartado 11093, Correo Santa Beatriz, Lima 14, Perú.

17006

CONTENIDO

ANALISIS 12, 1er. Semestre 1983



DONACION

Donc. de Mario Vázquez

KEYNES Y LA MACROECONOMIA: UNA POSIBLE INTERPRETACION Francisco Verdera	3
MARIATEGUI HOY. <i>En torno a algunas interpretaciones recientes</i> Francis Guibal	30
LA MINERIA, LAS CLASES SOCIALES Y LA INDEPENDENCIA DEL PERU José Deustua	50
LA CAIDA DE BILLINGHURST: CRONICA DIPLOMATICA DE UN GOLPE DE ESTADO María Cristina Rossel y Ernesto Yepes	63
PASADO Y PRESENTE EN LA CONCIENCIA POPULAR: LA MEMORIA COLECTIVA DEL CAMPESINADO IQUEÑO María Teresa Oré	72

DEBATE

A PROPOSITO DEL JOVEN LUKACS. <i>Crítica a José Ignacio López Soria</i> Luis Silva Santisteban	89
DEFENSA DE LUKACS. <i>Réplica a Luis Silva Santisteban</i> José Ignacio López Soria	91



CRONICAS

ACERCA DEL XI CONGRESO INTERNACIONAL DE CIENCIAS ANTROPOLOGICAS Y ETNOLOGICAS .. 94

EL DESARROLLO DE LAS CIENCIAS EN AMERICA LATINA. *A propósito del encuentro organizado por COLCIENCIAS del 2 al 4 de noviembre de 1983 en Bogotá* 96

OBRAS RECIBIDAS 99

KEYNES Y LA MACROECONOMIA: UNA POSIBLE INTERPRETACION



Francisco Verdera

“Para aquellos que sienten que las controversias —en la literatura— sobre la economía keynesiana han sido llevadas ad nauseam, este capítulo será de poco interés”.

(L. Klein: *La Revolución Keynesiana*, 1947, p. 91).

El 5 de junio pasado se cumplieron cien años del nacimiento de John Maynard Keynes, sin duda el economista más importante y discutido en lo que va del siglo¹. Con la publicación de la *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero* en 1936 (en adelante T. G.), Keynes sentó los fundamentos de la macroeconomía y cambió el curso del pensamiento y la política económica. El centenario nos ha parecido una ocasión propicia para presentar algunas ideas —que nos venían rondando tiempo atrás— sobre la controvertida relación entre Keynes y la macroeconomía.

La necesidad de volver a Keynes puede justificarse por múltiples razones. Proponemos dos. La primera se debe a que muchos economistas sostienen que la *economía keynesiana*, término con varios contenidos, se encuentra en una profunda crisis motivada por la incapacidad de la política económica aplicada para resolver la grave situación de la economía mundial iniciada en 1969. También se indicará que el modelo keynesiano es impotente para explicar la combinación de inflación con recesión que caracteriza —de un modo superficial— la actual situación.

La segunda consideración estriba en la necesidad de comenzar a corregir la grave distorsión de que ha sido objeto la economía de Keynes y con ella, la macroeconomía. Desde 1966, un grupo de economistas encabezados por Leijonhufvud y Clower (1969) sostienen que la “economía keynesiana” es radicalmente distinta de la economía de Keynes. No es dable, en consecuencia, identificar sus ideas con las de sus intérpretes².

En tal sentido, estas reflexiones pretenden fundamentar la necesidad de leer directamente a Keynes, insistiendo en que los estudiantes de macroeconomía tomen contacto con las fuentes y se alejen de los manuales. Encontramos en la gran mayoría de manuales de macroeconomía un saludo a Keynes como fundador de la disci-

* Terminado en Octubre de 1983, este artículo es una reelaboración de un borrador escrito en 1978. El autor agradece el estímulo, tenacidad y paciencia de Ernesto Yepes así como el apoyo y sugerencias de César Herrera.

plina con la T. G. en las primeras páginas, luego, en el resto del texto lo olvidan por completo y lo sustituyen por interpretaciones, especialmente por el modelo de determinación del ingreso y la tasa de interés, conocido como IS - LM, originado en un artículo de Hicks (1937) y popularizado posteriormente por Hansen (1949).

Nuestra idea central es que una de las causas de la dificultad de entender la teoría macroeconómica actual se encuentra en el propio Keynes y en los intérpretes dominantes. Keynes, al no distinguir entre economía clásica (de Smith a John Stuart Mill) y economía neoclásica (de Jevons a Marshall, siempre para Inglaterra), generó una grave confusión al inventar una suerte de "economía clásica" que expresaría una continuidad —para nosotros inexistente— entre ambos períodos, y en general, de todos los economistas anteriores a él, desde Adam Smith.

La discusión que planteamos no es de ningún modo original. Desde la publicación del artículo de Hicks (1937) se ha producido un importante e intenso debate conocido por el título de dicho escrito: "Keynes y los clásicos". Pretendemos añadir algunas anotaciones y sobre todo acercar la polémica a los economistas nacionales³.

El esquema de nuestra exposición es el siguiente. En primer término, presentamos el origen del problema en la T. G. de Keynes. En segundo lugar, ubicamos el origen del debate en el artículo de Hicks. A continuación damos cuenta de algunos rasgos en la evolución de la discusión en Klein, Patinkin, Clower y Leijonhufvud para volver a Hicks, pero esta vez, en 1974. Concluimos con una somera y preliminar evaluación. La tentación de abarcar temas colaterales, tales como la crítica a la economía y al capitalismo en Keynes, su revaluación de aspectos de los clásicos, sus concesiones a la economía neo-clásica, etc., es combatida con el recurso a notas de pie de página que esperamos no distraigan demasiado.

1. EL ORIGEN DEL PROBLEMA

Es un hecho aceptado que las dificultades en la comprensión de Keynes se encuentran en el contenido y forma en que expone sus nuevas ideas. El mismo lo entiende así⁴. Sin embargo, nosotros pensamos que una de las causas más importantes de la difícil comprensión de la macroeconomía actual, consiste en la dicotomía "clásica" y la economía de Keynes. Posteriormente, los intérpretes se encargarán de modificar esta dicotomía construyéndola como modelo clásico y modelo keynesiano. En esta parte nos ocuparemos del pecado original, luego seguiremos con los pecadores.

Desde el prefacio, en el breve capítulo I —especialmente en la célebre primera nota a pie de página— y, en general, a lo largo de la obra, Keynes arrastra la polarización entre sus planteamientos y los economistas anteriores a él, buscando remarcar su originalidad. Pero, las confesadas tribulaciones de redacción y su descuidado estilo lo traicionan: en diversos pasajes aflora la imposibilidad de englobar bajo la

denominación de “economistas clásicos” a los verdaderos economistas clásicos y a los neoclásicos, los maestros de Keynes y a quienes se estaba refiriendo en sus críticas⁵. Nos proponemos afrontar el problema de no distinguir entre clásicos y neoclásicos, presente en Keynes y en evaluar sus consecuencias.

La primera nota al pie de página de la T. G. evidencia que Keynes forzó una interpretación conscientemente pues confiesa: “‘Los economistas clásicos’ fue una denominación inventada por Marx para referirse a Ricardo, James Mill y sus **predecesores**, es decir, para los fundadores de la teoría que culminó en Ricardo. Me he acostumbrado quizá cometiendo un solecismo, a incluir en la ‘escuela clásica’ a los **continuadores** de Ricardo, es decir, aquellos que adoptaron y perfeccionaron la teoría económica ricardiana, incluyendo (por ejemplo) a J. S. Mill, Marshall, Edgeworth y el profesor Pigou” (T. G.: 15).

Simplemente, como puede leerse en cualquier libro de historia del pensamiento económico, o remitiéndose a los principales autores, no es cierto que los neoclásicos hayan adoptado y perfeccionado los planteamientos de Ricardo, por el contrario los rechazaron. No existe, por tanto, tal continuidad en la “teoría clásica” inventada por Keynes⁶.

Meek (1972: 271) interpreta esta manipulación como una genialidad lo que nos parece, por sus efectos posteriores, errado. Según él, Keynes: “...estigmatiza a sus predecesores y dirige la atención sobre lo que consideraba su aportación propia esencialmente nueva” y “acentuaba la continuidad de la ley de Say”. Sin embargo, Meek se apresura a indicar el reparo que nos parece central: “...el ‘solecismo’ de Keynes... era también oscurantista, porque ocultaba una discontinuidad importante que separa la economía ‘clásica’ en el sentido de Marx de los sistemas posteriores”. Nos inclinamos por la segunda interpretación. Keynes elaboró un recurso polémico que resultó finalmente un “boomerang” pues sus intérpretes, procediendo de igual forma, construyeron un nuevo “modelo clásico”, a su medida, diferente al de Keynes y distintos ambos de los clásicos originales. ¡Qué tal embrollo!

La necesidad de aclarar esta no distinción en Keynes resulta fundamental para poder identificar sus críticas a la economía neoclásica, para descifrar a qué se refieren los autores actuales al presentar un “modelo clásico” y, especialmente, para poner en evidencia cómo los economistas neoclásicos lograron reabsorber los planteamientos de Keynes desfigurándolo casi por completo.

En el capítulo 2 de la T. G. Keynes discute los postulados de su supuesta economía clásica. Lo que hace, esencialmente, es atacar a los economistas contemporáneos a él⁷. Efectivamente, las críticas se dirigen contra la visión del funcionamiento del mercado de trabajo, contra la negativa a aceptar la noción de desempleo involuntario y a la “ley de Say” (pp. 30-31). En la discusión de los dos primeros puntos se ubica en un horizonte de corto plazo y de análisis marginal, propios del pensamiento neoclásico. Observa que “... los tratados... se refieren a la distribución de un volumen **dado** de recursos...”(p. 16) lo que alude al período corto, ratificándolo

en otros pasajes (p. 27). Es conocido que los economistas clásicos se ocuparon del largo plazo y Keynes mismo lo reconoce al tratar —más adelante— la teoría del interés en Ricardo: “...tratándose de Ricardo, ha de interpretarse como una doctrina para períodos largos...” (p. 171).

Por otra parte, las críticas a la imaginaria “teoría clásica de la ocupación” se dirigen exclusivamente a la **Teoría de la desocupación** del profesor Pigou, contemporáneo de Keynes, obra que califica de “única descripción detallada que existe de la teoría clásica de la ocupación” (T. G.: 18-19). No cita a ningún otro autor y menos a un economista clásico.

El ataque a la “ley de Say” se inicia en la sección VI del mismo capítulo, con una vaga alusión a este autor y a Ricardo y J. S. Mill (p. 28)⁸. La interpretación de Keynes atribuyendo a estos últimos una adhesión sustancial a la ley de Say nos parece bastante débil: “...los economistas clásicos han enseñado que la oferta crea su propia demanda —**queriendo decir** con esto de manera señalada, **aunque no claramente definida**, que el total de costos de producción debe gastarse por completo...” (p. 28) (subrayados nuestros). El principal corolario de esta ley es que “... un acto de ahorro individual conduce inevitablemente a otro paralelo de inversión...” (pp. 28 y 30). De la “ley de Say” a la operación del mecanismo ahorro-inversión existe una gran distancia y en ella Keynes resbala. No es posible pensar en los clásicos analizando un acto de ahorro individual por la simple razón que su enfoque concentra la atención en las clases sociales y no en los individuos. Tampoco se ocupaban de las **decisiones** de ahorrar o invertir sino en el proceso de la acumulación de capital en su relación con la distribución del producto⁹.

La opinión de Meek se inclina por minimizar la importancia de la ley de Say en Ricardo: “...hay una diferencia crucial entre la función de la ‘ley de Say’ en el sistema de Ricardo y la que fue adquiriendo en los sistemas de sus sucesores... no parece ser ‘fundamental para la economía ricardiana’, como lo sostiene Keynes. En cualquier caso, y mientras se trate del sistema del mismo Ricardo, era más bien un elemento añadido a la estructura teórica básica, no un elemento esencial de esa estructura misma” (Meek, 1972: 275-276).

En síntesis, el pecado original de Keynes consiste en haber englobado en su “economía clásica” a los economistas neoclásicos y a los auténticos clásicos. El atribuir a estos últimos, e inclusive a los primeros, una adhesión decisiva a la ley de Say, a la manera de común denominador, además de resultar confusionista, no nos parece válido¹⁰.

2. EL ORIGEN DEL DEBATE

En el artículo —ya citado— de J. R. Hicks, “Keynes y los clásicos, una posible interpretación” (1937)¹¹ se encuentra la versión inicial de lo que se conoce y difunde como “economía keynesiana”, esto es, el modelo IS-LM. Queremos demostrar en esta sección que —en buena medida— Hicks hace con Keynes lo que Keynes hace

con los clásicos, es decir, la interpretación hicksiana de la T. G. resulta en una distorsión de los planteamientos de Keynes, comenzando por la denominación “economistas clásicos”. Este autor, al igual que sus seguidores, se sirve de la confusión creada por Keynes en la presentación de “su” teoría clásica. De este modo logra evadir sus duras críticas a los economistas neoclásicos y, al mismo tiempo, reabsorberlo dentro de las ideas pre-keynesianas. Esta es la tragedia de Keynes, al menos en el plano de la teoría económica.

Hicks empieza por poner en duda qué es lo que se entiende por economía clásica. En la medida: “... que el señor Keynes toma como ejemplo típico de ‘economía clásica’ los últimos escritos del profesor Pigou, en especial ‘Teoría de la desocupación’ ” (p. 143), y esta no es representativa, a su juicio, decide: “... intentar construir una teoría ‘clásica’ típica... (y disponer) de una base satisfactoria de comparación. Podríamos delimitar de forma más exacta las innovaciones del señor Keynes y descubrir cuáles son las verdaderas cuestiones en discusión” (p. 144). Después de este ofrecimiento, Hicks siembra una sombra de dudas respecto a la paternidad de “su construcción” al señalar expresamente: “... intentaré construir mi teoría clásica típica de forma similar a la adoptada por el señor Keynes en la exposición de su propia teoría” (p. 144) (subrayados nuestros). Con este nuevo recurso polémico, Hicks retroactivamente, funda la macroeconomía pre-keynesiana que pretende colocar objetivos y razonamientos de Keynes en labios de sus predecesores. Veamos cómo desarrolla Hicks su argumentación con la elaboración de tres modelos de ecuaciones simultáneas que atribuye sucesivamente a la teoría clásica, a Keynes y a una supuesta “teoría general” suya.

El primer sistema es el “clásico” (para Hicks); se compone de tres ecuaciones fundamentales:

$$\begin{aligned} (1) \quad M &= k I \\ (2) \quad I_X &= C(i) \\ (3) \quad I_X &= S(i, I) \end{aligned}$$

siendo las incógnitas I , I_X , i

y donde:

- I = ingreso
- I_X = inversión
- i = tasa de interés
- M = cantidad de dinero
- k = coeficiente de retención de dinero en manos del público o demanda de dinero
- S = ahorro

Hicks analiza: “... la inversión depende del tipo de interés... O sea, lo que en la obra de Keynes se convierte en la eficacia marginal del capital... Y el ahorro depende del tipo de interés y también, si así se quiere del ingreso (o renta)” (pp. 144-145). Aquí encontramos dos inexactitudes: decir que la inversión depende de la tasa de

interés no tiene por qué transfigurarse en la eficacia marginal del capital de Keynes¹² y tampoco puede añadirse que el ahorro puede, “si así se quiere”, depender también del ingreso. Keynes define la determinación de la inversión de manera distinta: “la tasa de inversión sería empujada hasta aquel punto de la curva de demanda de inversión en que la eficiencia marginal del capital en general sea igual a la tasa de interés del mercado” (T. G.: 126). No se trata por tanto de términos sinónimos como pretende Hicks, sino complementarios. Por otra parte, respecto a que el ahorro depende del tipo de interés, basta recordar la crítica de Keynes a la teoría del interés dominante. Fue precisamente que no tomaba en cuenta el monto del ingreso como variable independiente: “Las variables independientes de la teoría clásica del interés son la curva de demanda de capital y la influencia de la tasa sobre la cantidad ahorrada de un determinado ingreso. (...) Pero esta es una teoría absurda, porque el supuesto de que el ingreso es constante no es compatible con el de que estas dos curvas pueden desplazarse independientemente una de la otra. Si alguna de ellas se desvía, entonces el ingreso, en términos generales, cambiará, con el resultado de que todo el esquema basado en la hipótesis de un ingreso dado se derrumba” (T. G.: 162).

Lo que más se asemejaría, sin contar el funcionamiento automático del mercado de trabajo y el desempleo voluntario, que Hicks generosamente ignora en “su modelo clásico”, al pensamiento neoclásico se resume en dos ecuaciones que no guardan conexión entre sí:

$$\begin{aligned} (1) \quad M &= k I \\ (2) \quad I_x &= S(i) \end{aligned}$$

Ellas representan la “ecuación cuantitativa de Cambridge” para la determinación del ingreso y la determinación de la tasa de interés entre el ahorro y la inversión. Esto se conoce como la dicotomía entre el sector real (mercado de capitales que determina la tasa de interés) y el sector monetario, en el que la cantidad de dinero determina el ingreso monetario. En buena cuenta, pensamos que la construcción del “modelo clásico” de Hicks es un artificio confusionista para defender a los neoclásicos de las críticas de Keynes y para tratar de minimizar los aportes del mismo. Precisamente Keynes buscó romper la dicotomía integrando la teoría monetaria a la teoría del valor. En el prefacio lo indica con toda claridad: “...cuando empecé a escribir mi ‘Treatise on Money’ todavía seguía el cauce tradicional que consideraba la influencia del dinero como algo que debería tratarse separadamente de la teoría general de la oferta y la demanda (...). Veremos que una economía monetaria (en la T. G.) es, ante todo, aquella en que los cambios de opinión respecto al futuro son capaces de influir en el volumen de ocupación... nuestro método... depende de la acción recíproca de la oferta y la demanda, quedando de este modo ligada con nuestra teoría fundamental del valor” (p. 10).

Pese a la declaración de objetivos y de reiteradas síntesis de lo que Keynes se propone hacer y hace, Hicks lo convierte en un modelo de tres ecuaciones simultáneas, las mismas que, en verdad, se reducen a dos.

Habiendo sentado la base apropiada a sus fines de comparación, Hicks aborda a Keynes atribuyéndole un modelo *ad hoc*: “La T. G. sería entonces,

$$(1) M = L(I, i)$$

$$(2) I_x = C(i)$$

$$(3) I_x = S(I)''.$$

Y añade: “Estas ecuaciones difieren de las clásicas en dos sentidos. Por un lado la demanda de dinero depende del tipo de interés (preferencia por la liquidez). Por otro lado, se desdeña cualquier posible influencia del tipo de interés sobre la cuantía del ahorro. Aunque esto signifique que la tercera ecuación es la definidora del multiplicador, con todos sus extraños artificios, eso no quita que esta segunda corrección sólo aporta mayor simplificación y en último término es poco significativa. **Lo fundamental es la doctrina de la preferencia por la liquidez**” (p. 147).

En esta síntesis se deslizan nuevas inexactitudes y/o afirmaciones simplistas. Primero, en Keynes se encuentran “dos funciones de liquidez L_1 y L_2 . L_1 depende principalmente del nivel de ingresos, mientras que L_2 depende de la relación entre la tasa corriente de interés y el estado de las expectativas” (T. G.: 179); por tanto, no es exacto reducir la dependencia de la demanda de dinero solamente a la tasa de interés. Segundo, Keynes tampoco desdeña del todo la influencia del tipo de interés sobre el ahorro: “En un período largo, es probable que los cambios sustanciales en la tasa de interés tiendan a modificar los hábitos sociales considerablemente... ()... la influencia a corto plazo de la tasa de interés sobre los gastos individuales hechos con un determinado ingreso es secundaria..., excepto, quizá, cuando se presenten cambios excepcionalmente grandes” (T. G.: 90-91). Finalmente, lo fundamental de Keynes se encuentra reiteradamente indicado por él mismo, hallándose muy lejos de la reducción que Hicks pretende: “...en equilibrio, el volumen de ocupación depende de la función de oferta global, de la propensión a consumir y del volumen de inversión. **Esta es la esencia de la teoría general de la ocupación**” (T. G.: 36) (subrayado nuestro).

Hicks prosigue su tarea de tergiversar a Keynes. Donde este autor matiza y agudiza el razonamiento, Hicks interpone un mecanismo determinista y simple. Con riesgo de cansar al lector nos atrevemos a incluir dos pasajes más para demostrar nuestra aseveración. Hicks (p. 147) abrevia: “(en Keynes)... la cantidad de dinero no determina la renta, sino el tipo de interés”. En cambio, Keynes afirmó claramente que: “El efecto primario de un cambio en la cantidad de dinero sobre el volumen de la demanda efectiva se ejerce a través de su influencia sobre la tasa de interés” y añade a continuación que —no siendo la única reacción— este análisis presenta una “simplicidad engañosa” si se olvidan los elementos de complicación (T. G.: 265).

Una de las características básicas de este debate, como de casi cualquier otro —al menos si es bueno—, es la pretensión de Hicks de colocar a Keynes en los términos de su elaboración, a imagen y semejanza de lo que este último hizo con sus antecedentes. Así, Hicks presenta argumentos trastocados como el siguiente: “Este sistema

de ecuación —atribuido a Keynes— proporciona la sorprendente conclusión de que un incremento de incentivos a la inversión o de la propensión al consumo, no tiende a incrementar el tipo de interés, sino solamente el nivel de empleo” (p. 147). Desde el punto de vista de Keynes el razonamiento, o tal vez mejor expresado, la relación de causalidad, va de la tasa de interés a la inversión y de ella a la demanda efectiva y el empleo. (Véase T. G.: 217 y 218 donde Keynes separa las variables independientes de las dependientes). Sin embargo, la mayor modificación que afectó el sistema de Keynes, en base a esta —para Hicks— “sorprendente conclusión”, fue pasar del volumen de ocupación o nivel de ingreso de Keynes al nivel y estabilidad de la tasa de interés de Hicks como preocupación central. A esta última transfiguración se aboca —subrepticamente— Hicks con la candorosidad propia de muchos economistas matemáticos¹³.

“Hemos inventado un pequeño aparato (se refiere a las curvas IS-LL, F. V.) que nos permite aclarar la relación existente entre el Sr. Keynes y los ‘clásicos’, pero no parece que hayamos explotado todos los empleos posibles del mismo, de forma que vamos a girar algo en su torno dándole valor por sí mismo.

Contando con este aparato a nuestra disposición no estamos ya obligados a realizar algunas simplificaciones que Keynes utiliza en su exposición (sic). En la tercera ecuación podemos volver a incluir el perdido i , para dar cuenta de cualquier posible efecto del tipo de interés sobre el ahorro; podemos poner en cuestión también, y es mucho más importante, el hecho de que la inversión dependa sólo del tipo de interés tal como aparece de forma harto sospechosa en la segunda ecuación. Si la teoría ha de ser general de verdad, la elegancia matemática sugiere que I e i han de figurar en las ecuaciones. ¿Por qué no expresarlas así?:

$$\begin{aligned} M &= L(I, i), \\ I_x &= C(I, i), \\ I_x &= S(I, i) \dots () \dots \end{aligned}$$

Podemos establecer entonces la ‘teoría general generalizada’... ()... la renta y el interés quedan determinados en el punto de intersección de las curvas IS y LL...” (Hicks, pp. 150-151) (Subrayados nuestros).

El raciocinio hicksiano es el de la interdependencia formal y la estabilidad. ¿Por qué no hacer que todo dependa de la renta y la tasa de interés? ¿Por qué no determinar la tasa de interés simultáneamente a la renta si es más elegante?¹⁴.

La consideración de la tasa de interés como variable independiente por parte de Keynes escapa a la comprensión o a la aceptación de los economistas convencionales o neoclásicos. Para él: “Es evidente, pues, que la tasa de interés es un fenómeno altamente psicológico... (). Quizá fuera más exacto decir que la tasa de interés es un fenómeno muy convencional, más que muy psicológico; porque su valor real está

determinado en gran parte por la opinión que prevalezca acerca del valor que se espera irá a tener” (T. G.: 182). Este punto resulta, en nuestra opinión, fundamental pues en él se encuentra uno de los más duros ataques al capitalismo financiero —parasitario o especulativo— que los economistas buscan soslayar. Keynes no dice que la tasa de interés se encuentra en un nivel muy bajo de manera de generar una demanda de dinero especulativa con elasticidad-interés infinita como normalmente se le atribuye. Por el contrario, propone que se debe bajar la tasa de interés a fin de aumentar la demanda efectiva a través del incentivo a la inversión: “(la tasa de interés) puede fluctuar durante décadas alrededor de un nivel crónicamente demasiado alto para lograr la ocupación plena— particularmente si prevalece la opinión de que la tasa de interés se ajusta en forma automática, de manera que se crea que el nivel establecido por el convencionalismo se base en razones mucho más fuertes que este mismo” (T. G.: 183). Precisamente la autocalificada teoría general generalizada de Hicks apunta a hacer creer esto último: que la tasa de interés se ajusta en forma automática¹⁵. Veamos cómo.

Hicks, simplemente, vuelve a incluir el ajuste entre ahorro e inversión a través de la tasa de interés en su último tercer modelo, es decir, en la segunda ecuación $I_x = S(I, i)$, determinando el “tipo de interés de inversión” (p. 150). Luego, la IS (con este tipo de interés) se intersecta con la LL que muestra la relación entre la renta y el tipo de interés “monetario”. Entre ambas y en nítido resurgimiento de la dicotomía real-monetario que Keynes buscaba superar, Hicks sostiene que se determinan la renta y el interés: “el tipo de interés de inversión iguala al tipo de interés monetario” (p. 151). Ya no alcanzamos a comprender cuál es el tipo de interés resultante¹⁶. La interdependencia y la determinación simultánea oscurecen el raciocinio hasta el punto que ya no sabemos qué tenemos entre manos. Esta es la macroeconomía “keynesiana”.

Antes de acabar con Hicks de 1937 tenemos forzosamente que hacer mención de su primigenia elaboración del conocido “primer caso límite”, la denominada “trampa por la liquidez”, universalmente atribuido a Keynes¹⁷. Hicks se pregunta: “¿cómo consigue argumentar Keynes que un incremento de los incentivos para invertir no eleve el tipo de interés?”, “y se responde exagerando la importancia del punto: “esto nos conduce a lo que es, desde muchos puntos de vista, lo más importante del libro de Keynes... podemos afirmar proposiciones referentes a la forma (o pendiente) de la curva (LL). A su izquierda tenderá a ser casi horizontal y a su derecha casi vertical” (p. 148). En consecuencia, sólo es posible que ocurra el caso de Keynes —un aumento de la inversión sin aumentar el tipo de interés— cuando la LL es horizontal y la IS la intersecta en ese tramo. En ese caso, la forma “especial” de la teoría de Keynes será válida. Un aumento de la eficacia marginal del capital sólo hará aumentar el empleo sin que aumente la tasa de interés... (por tanto) la T. G. es el análisis económico de la depresión” (pp. 149-150). Al respecto, ya hemos efectuado referencias a la teoría del interés y a la inversión en Keynes. La relación de causalidad entre ambas es justamente al revés de lo que Hicks propone.

En resumen, Hicks elabora tres modelos atribuyéndolos a “los clásicos” (o sea, los neoclásicos anteriores a Keynes), a Keynes y a sí mismo, sucesivamente. No podemos negar, sino lamentar, la fascinación que causó y causa la brevedad y simplicidad del modelo IS-LL (hoy LM) por contraste con la complejidad de la T. G. y de la economía del mundo real. Los economistas optaron y desde entonces la macroeconomía se ha acostumbrado a presentar el modelo IS-LM como el modelo macroeconómico keynesiano de determinación del ingreso y la tasa de interés, y desde él, evaluar, el debate entre Keynes y los clásicos, un debate falsamente planteado.

3. EL DEBATE DEL PROBLEMA

Mientras los keynesianos —término que abarca varias corrientes— tuvieron éxito en materia de política económica, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, en el terreno de la teoría económica, los enunciados de Keynes no corrieron igual suerte. De una parte, el modelo IS-LM propuesto por Hicks logró gran difusión mediante lo que vino a ser el primer manual de macroeconomía, debido a Hansen¹⁸; de otro, los keynesianos norteamericanos, liderados por Samuelson y Klein, entre otros, establecieron otra manera de entender a Keynes, la misma que se fue añadiendo al mensaje hicksiano, a través del llamado modelo simple de determinación del ingreso¹⁹ y la especificación de las funciones macroeconómicas, tareas propias de los econométricos. El resultado, en nuestra opinión, ha sido que el avance teórico fundamental logrado por Keynes en la T. G. se ha ido distanciando cada vez más de las “posibles” interpretaciones de sus seguidores. En esta sección, nos ocuparemos, sucintamente de cuatro de los más destacados intérpretes de Keynes y la T.G.: L. Klein, D. Patinkin, R. Clower y A. Leijonhufvud.

En el contexto antes aludido, podemos ubicar al primero de los hitos importantes del debate, conocido como “Keynes y los clásicos”, en el libro “**The Keynesian Revolution**” de Lawrence Klein (1947). El calificativo de revolucionario atribuido a Keynes también ha hecho caer mucha tinta sobre el papel. Para Klein significa una doctrina revolucionaria “en el sentido que produce resultados teóricos totalmente diferentes del cuerpo del pensamiento económico existente en el período de su desarrollo” (p. vii).

Podemos resumir en tres las razones que llevan a este autor a tal conclusión. Para Klein: 1) “La contribución esencial de Keynes fue mostrar que el pleno empleo no está asegurado automáticamente” (p. 90); 2) Su contribución “fue solamente el desarrollo de la teoría de la demanda efectiva; es decir, una teoría de la determinación del nivel de producto como un todo” (p. 56); y finalmente que, 3) “La principal diferencia entre Keynes y los clásicos se centra en torno a sus teorías del ahorro y la inversión. La teoría del multiplicador, o la teoría de la demanda efectiva, es la teoría keynesiana del ahorro y la inversión” (p. 86)²⁰.

En base a estas tesis Klein se propone, principalmente, lograr un sustento teórico riguroso a la política keynesiana²¹, y al mismo tiempo, necesariamente, contestar las diversas interpretaciones sesgadas de que Keynes había sido víctima.

Klein dedica, conforme se ha hecho hábito, un apartado de su libro a la comparación de su interpretación de Keynes con los "clásicos". A diferencia de Hicks, centra el debate alrededor de la demanda efectiva y la determinación del empleo, y desde este punto de vista evalúa tres "posibles" interpretaciones de la diferencia entre Keynes y los "clásicos"²². Su principal discusión será contra la afirmación acerca de la responsabilidad del desempleo debida a la rigidez a la baja en los salarios, demostrando que aún existiendo flexibilidad perfecta a la baja subsistiría el desempleo involuntario. Klein extrema el típico argumento usado contra Keynes para refutarlo: una gran reducción del salario real frente a una curva ahorro-inversión con elasticidad-interés cero y/o una curva de preferencia por la liquidez con elasticidad-interés infinita (p. 88), no aumenta el ingreso (y el empleo), o si lo hace, es en un monto ínfimo.

Sin embargo, nos interesa resaltar una réplica implícita contra Hicks²³, tanto en las libertades que se toma para formular relaciones de dependencia inexistentes como a su método. Klein sostiene: "Debe hacerse mucho más que meramente contar ecuaciones y variables. Debemos considerar la forma de las funciones. La Revolución Keynesiana rechazó la teoría clásica del interés. El negó que la ecuación $S(i, Y) = I(i, Y)$ tuviese siempre una solución positiva para la tasa de interés i , cuando el ingreso está dado al nivel de pleno empleo". Por el contrario, Klein afirma que la función inversión es inelástica respecto al interés (pp. 84-85). En otras palabras, no tiene sentido la consideración hicksiana de especificar la función inversión como dependiente de la tasa de interés. Finalmente, de pasada, frente al señalamiento de la preferencia por la liquidez como distintivo del modelo de Keynes, propone que: "**La ecuación del dinero sirve meramente al propósito de determinar el nivel de salarios y precios, y no juega parte esencial en mostrar las diferencias entre la nueva y vieja economía**" (p. 86). (Subrayados nuestros).

No cabe duda que Klein representa una etapa importante del debate sobre Keynes. De una parte, lleva la discusión al llamado sector real de la economía al concentrarse —tal vez en exceso— en el mecanismo ahorro-inversión, subestimando el rol del dinero que tanto interesaba resaltar a Keynes. De otra, se convierte, al igual que Hicks, en un nuevo caso límite, aquel en el cual las funciones ahorro e inversión, por su forma o inelasticidad respecto al interés, no pueden encontrarse, explicando así la insuficiencia de demanda y el desempleo involuntario, aún con salarios a la baja (Klein, p. 85)²⁴. De esta forma ha pasado a los manuales de Macro y, en consecuencia, Keynes pasó de ser interpretado como restringido a una particularidad de la demanda de dinero a limitado a otra particularidad, pero esta vez, en la demanda de inversión. Los autores de manuales, sabiamente, suman los casos y "enriquecen" el análisis macroeconómico, a la vez que se alejan más de Keynes.

Don Patinkin en su importante libro *Dinero, interés y precios* (1956) tiene en mente un propósito más ambicioso que su antecesor Klein. El epígrafe de su libro se propone lograr "Una integración de la teoría del valor y la teoría monetaria". Esta es la veta teórica fundamental del propio Keynes tal como la formula en el prefacio a la T. G.: "Veremos que una economía monetaria... () ...depende de la acción recí-

proca de la oferta y la demanda, quedando de este modo ligada con nuestra teoría fundamental del valor” (T. G.: 10). Sin embargo, pensamos que el mismo título del libro de Patinkin, no sólo su epígrafe, ponen en evidencia su objetivo. Busca pasar de la “T. G. de la ocupación, el interés y el dinero” de Keynes a su “Dinero, interés y precios”, es decir, dejar de lado el énfasis en el empleo para otorgárselo a los precios, o mejor dicho, al mercado.

Patinkin, ubicado en una etapa de expansión del capitalismo, luego del período de preocupación por el futuro del sistema y del empleo, inmediatamente posterior a la Segunda Guerra — y que motivó a Klein—, no se preocupa de efectuar el análisis del desempleo sino como un caso, centrando su atención en el mecanismo y velocidad del ajuste, vía precios. La formalidad teórica se sobrepone a la discusión sobre política macroeconómica dada la poca urgencia de atender a las fluctuaciones del ciclo.

De esta manera, encontramos en Patinkin una crítica a las teorías neoclásica y keynesiana del dinero, aunque “ello no disminuye en modo alguno la validez que tiene la teoría keynesiana en la formulación de una política práctica de pleno empleo” (Patinkin, p. XXVII)²⁵.

Esta generosidad en el plano de la “política práctica” contrasta con la conclusión final de la “estructura puramente teórica de (su) libro”, la que en verdad se basa en una mera especulación: “Pero debe permitírsenos expresar nuestra opinión de que tal estudio (se refiere a si las causas de la modificación del tipo de interés a largo plazo se deben a motivos reales o monetarios) llegaría a conclusiones más favorables para los clásicos que para los keynesianos” (p. 276). Aquí Patinkin patina en varios sentidos: 1) Atribuye a Keynes una teoría del interés a largo plazo que no tiene; 2) Invierte la débil causalidad entre el interés y el ahorro, indicando —erróneamente— que el ahorro es quien contribuiría a determinar el interés; y, por último; 3) Vuelve a repetirse en términos de la célebre dicotomía neoclásica, que él mismo también intentó vencer: quiere saber si la tasa de interés se determina por factores reales (productividad marginal del capital y (?)) y deseo de ahorrar) o monetarios (cantidad de dinero y preferencia por la liquidez). Como podemos ver, Patinkin no se aleja tanto de Hicks pese a toda la formalidad walrasiana de que se rodea y el mayor respeto que muestra por Keynes.

Pero el libro de Patinkin es un trabajo importante y complejo. Para no extendernos demasiado, dado los alcances y finalidades del artículo entre manos, comentaremos tres aspectos: el método utilizado, la relación entre Keynes y los clásicos y la posición de Patinkin sobre los casos límites, en los cuales por cierto, es sumamente fiel a Keynes.

En cuanto al método, sin mucha sustentación, Patinkin opta por el equilibrio general, suponiendo “que las variaciones monetarias afectan todos los mercados, es posible apreciar sus efectos totales mediante un estudio simultáneo de los mismos” (p. XXVI). Patinkin se aleja del método de Keynes —o sea formular relaciones de

causalidad— para retomar la interdependencia entre mercados ya postulada por Hicks; pero, avanza más que este último, el centrar su atención en el ajuste precios y destacar el comportamiento del mercado de valores. Resulta sorprendente leer como Patinkin va presentando su argumentación en base al método y no en base a la realidad o a la especificación de supuestos realistas. Veamos como lo hace: 1) Según él resume: “la concepción misma del análisis del equilibrio general nos exige reconocer que cada mercado se ve influido por todos los precios del sistema y cada precio influye todos los mercados” (p. 272); 2) Fiel a Walras se pregunta ¿qué ecuación puede omitirse del análisis? ¿Del dinero, de los valores, o de las mercancías? ¿Cuál puede ser tal distinción si por la naturaleza misma de la ley de Walras le es indiferente la ecuación de que prescinde?” (p. 273). Patinkin no resiste citar la expresión de Lerner al respecto, ¿qué pasaría si se prescindiera de la ecuación de los cacahuates?²⁶; 3) Concluye asumiendo un efecto análogo, cualquiera sea la opción analítica por determinados mercados; siempre que se especifiquen correctamente los supuestos, “un análisis que se concentre sobre el mercado de valores debe llegar a conclusiones idénticas que uno que se concentre sobre el mercado de dinero” (p. 273-274). El esfuerzo de Keynes es reivindicar el peso del mercado de dinero y su interacción con la oferta y demanda global —a través de la tasa de interés y en un solo sentido— pasa a un segundo plano y se trata —ahora— de reubicar sus discusiones al interior de un esquema de interdependencia o equilibrio general.

Patinkin dedica gran parte de su trabajo a dilucidar la distinción entre Keynes y los economistas anteriores, “clásicos”. Sintetiza su visión de la economía keynesiana así: “... es la economía del desequilibrio sin pleno empleo. Sostiene (Keynes) que como consecuencia de la inelasticidad del interés, por una parte, y los efectos de la distribución y las expectativas, por otra... (no se llegará)... a una situación de equilibrio con pleno empleo”... (p. 242). Su principal objeción a Keynes radica en la insuficiencia del automatismo del sistema económico, que este último propondría (p. 243). En otras palabras, Patinkin lleva a Keynes a la discusión alrededor del mecanismo de ajuste, es decir, a los precios y, con ello, vuelve a los neo-clásicos, aunque en la veta de Walras y no de Marshall. Esto último se encuentra estrechamente vinculado con el nuevo caso o variante presente en los manuales para la interpretación de Keynes, esto es, el efecto liquidez real. Más exactamente, Patinkin contrapone su ajuste precios al ajuste —que él atribuye a Keynes— vía tasa de interés. Para no extendernos demasiado, ubiquemos las citas más saltantes. En Patinkin encontramos dos apreciaciones opuestas acerca del funcionamiento del ajuste debido al efecto liquidez real: “... es improbable que exista un límite... al efecto estimulante de un descenso de precios, ya que si este descenso continúa durante un período de tiempo suficientemente largo, la cantidad real de dinero en la economía puede hacerse tan grande como se desee... (y pasa de lo improbable a lo indudable: F. V.) ...es casi indudable que el efecto liquidez real en el mercado de bienes puede hacerse lo suficientemente fuerte como para elevar la demanda total hasta el nivel de pleno empleo” (p. 261). Lamentablemente, para él, Patinkin no presenta ninguna evidencia empírica al respecto, y más aún, en otra parte —en 1948— sostuvo lo contrario: “En general, el efecto liquidez real es positivo; esto quiere decir que... ocasiona un au-

mento en la demanda. Esto es en general, pero no tiene que suceder forzosamente... Pero en cuanto al grado en que variará la cantidad demandada, no se puede asegurar nada a priori, aunque se sepa que el efecto es positivo" (p. 18)^{27/28}.

Digamos, finalmente, que Patinkin hace justicia a Keynes cuando desbroza el camino de interpretaciones forzadas y/o erróneas. Se trata de los casos límites de la trampa por la liquidez y la rigidez a la baja de los salarios. Respecto al primero, indica que "El mismo Keynes no pareció conceder mucha importancia a esta posibilidad. Pero sus críticos posteriores —partidarios o no de él— la han convertido en un punto clave del razonamiento keynesiano" (p. 252). Explícitamente se refiere a Hicks y Hansen. En cuanto al segundo, afirma: "Es indudable que Keynes reconoció la importancia que tiene la rigidez de los salarios en el mundo real. Sin embargo... esta rigidez no constituye una parte necesariamente lógica de su teoría del paro". O, con más precisión: "... la rigidez de los salarios, no constituye un supuesto para el análisis, sino la conclusión política a que llega Keynes después de estudiar los resultados que cabría esperar de la flexibilidad de los salarios" (p. 493).

En síntesis, Patinkin significa reforzar, después de Hicks, la reabsorción de Keynes en un marco de interdependencia general y reintroducir la discusión sobre la flexibilidad de precios a través del efecto liquidez real o efecto Pigou, el mismo que es pieza destacada en las versiones actuales del llamado "modelo Keynesiano completo" (Bailey, Branson, etc.).

4. EL PROBLEMA DEL DEBATE

A estas alturas, una vez que los tantas veces descalificados "Manuales" de Macroeconomía hubieron inundado el mundo académico y las cabezas de los autores de la política económica con la "economía keynesiana", surge el cuestionamiento del debate en su conjunto, y principalmente, en sus orígenes. Ya no se trata de uno o más casos límite o de refutar a un autor. Más bien se trata de qué se estuvo discutiendo. ¿De quién se estuvo hablando, o mejor dicho, escribiendo?

En primer término, con anticipación a la crisis económica mundial de inicios de la década de 1970, aparece la "contrarrevolución keynesiana" de R. W. Clower (1965), desarrollada, largamente como "la economía de Keynes" por A. Leijonhufvud (1966) en los Estados Unidos de América. Posteriormente, en plena crisis, nuestro conocido J. Hicks recapacita y publica, en 1974, "La crisis de la economía keynesiana", en Inglaterra. Los dos primeros, como verdaderos cruzados en defensa de la santa ortodoxia, arremeten contra la economía keynesiana, iniciada por Hicks —como hemos narrado— distinguiéndola y contraponiéndola a la auténtica economía de Keynes. Hicks, en una veta distinta, se propone "reconstruir" la T. G. "en una considerable medida". En esta sección trataremos, suscitadamente, sus argumentos, conscientes que merecen —como todos los autores vistos— una mejor y más amplia consideración.

Clower se propone efectuar una evaluación teórica de la “contrarrevolución keynesiana”, empezada por Hicks en 1937 y que está siendo desarrollada con tanto vigor por Patinkin y otros teóricos del equilibrio general” (1965: 270)²⁹. El cuestionamiento del debate y la revalorización de Keynes iniciados por Clower sitúan, sin embargo, el debate en un terreno nuevo: la teoría del equilibrio general con énfasis en las situaciones de desequilibrio, o lo que es lo mismo, en el funcionamiento del sistema de precios. Clower busca hundir a los contrarrevolucionarios pero, al mismo tiempo, no duda en agradecerles “el haber avivado el interés en la teoría del equilibrio general” (p. 271). En sus propios términos: “Intentaré mostrar que los mismos presupuestos teóricos altamente especiales que condujeron al original ataque de Keynes a la ortodoxia económica continúan difundiendo por la teoría de los precios contemporánea y que la contrarrevolución keynesiana se hundiría sin ellos” (p. 271).

Para llevar a cabo su cometido, Clower elabora su interpretación de la diferencia entre Keynes y la “teoría tradicional”: sucede que ésta última no proporciona una teoría general de los estados de desequilibrio (p. 275). En palabras del autor que comentamos: “Primero, porque no produce información directa acerca de la magnitud de las transacciones realizadas distinguiéndolas de las planeadas bajo condiciones de desequilibrio; segundo, porque tácitamente asume que las fuerzas tendientes a cambiar, en cualquier instante, los precios de mercado prevalecientes son independientes de las transacciones realizadas en el mismo momento (esto incluye como un caso especial el supuesto..., que no ocurren transacciones en desequilibrio)” (pp. 275-276). Frente a estas serias limitaciones de la ortodoxia, Clower contrapone la siguiente cita de Keynes, la misma que de paso nos sirve para dejar de lado —una vez más— a los que atribuyen a Keynes la rigidez de los salarios a la baja, como principal rasgo distintivo: “Una teoría no puede pretender ser una teoría general, a menos que sea aplicable al caso donde (o al rango dentro del cual) los salarios nominales son fijos, tanto como a otro cualquier caso. Los políticos están autorizados a quejarse que los salarios nominales deberían ser flexibles; pero un teórico debe estar preparado a tratar indistintamente con cualquier estado de cosas (T. G.: 276)”.

Esta confrontación constituye, sin duda, un logro de Clower, como lo es también plantear la necesidad de volver a Keynes. Sin embargo, nos parece un exceso la conclusión a que llega inmediatamente después: “Como nosotros, Keynes no niega de ningún modo la generalidad del análisis ortodoxo del equilibrio; él solamente niega que la ortodoxia económica de cuenta adecuada del fenómeno del desequilibrio” (p. 276). El sublime esfuerzo de Clower por quedar bien con Dios y con el diablo al mismo tiempo, resulta encomiable. A nosotros no nos cabe la menor duda que Keynes arremetió contra “la generalidad del análisis ortodoxo del equilibrio”. Por el contrario, decir que niega lo que la ortodoxia jamás intentó efectuar, es decir, explicar el desequilibrio, no tiene sentido alguno.

Siguiendo el ritual, Clower se ocupa de dar su versión de cuál es la crítica de Keynes a la economía ortodoxa. Lo sorprendente, aquí, es que Clower atribuye a

Keynes un “tercer y final rubro en (su) ataque” que sería “la negación de la relevancia de la ley de Walras (T. G.: 18-21)” (Clower, p. 278). Este autor lee lo que quiere leer. Keynes cita a Walras una sola vez (sobre la tasa de interés), y no se refiere en absoluto a la ley de Walras sino, como es archiconocido a la ley de Say. El propio Clower dedica un apartado de su artículo en señalar la diferencia entre ambas leyes: “... el principio de Say... es esencialmente un postulado de planeación racional... A diferencia del principio de mercado conocido como ley de Walras, además, el principio de Say no depende del supuesto implícito que los valores son calculados en términos de precios de mercado corrientes, o en el supuesto implícito equivalente que los precios de mercado son independientes de las compras y ventas individuales” (p. 285). Una vez abierta la puerta a Walras y al equilibrio general “contemporáneo” no queda sino tratar de ubicar a Keynes —¿correctamente?— en ese marco conceptual. Leyendo a Clower, uno se queda con la duda de quién se está revalorando. ¿A Keynes o a Walras?

Pero Clower es bastante más denso. Junto a las loas a Walras y a la doctrina del equilibrio general (pp. 278 o 295), evalúa el dilema postkeynesiano, resume la literatura existente sobre sistemas de desequilibrio, formula la importante hipótesis de la decisión dual y reconsidera la distinción entre los clásicos y Keynes en términos del ajuste de cantidades. Nos permitiremos hacer un salto desde la presentación del dilema postkeynesiano hasta sus conclusiones acerca del debate que nos interesa, es decir, Keynes y la macroeconomía.

El dilema propuesto por Clower es el siguiente: “O la ley de Walras es incompatible con la economía keynesiana, o Keynes no tuvo nada fundamentalmente nuevo que añadir a la teoría económica ortodoxa” (p. 278). Inmediatamente le sobreviene la angustia: “Esto puede parecer una innecesariamente forma brutal de confrontar un autor sagrado con otro. Pero qué otra conclusión es posible” (p. 278). Como autor serio que es, Clower descarta los extremos: ni Keynes atacó a toda la teoría ortodoxa, salvo que sea vista como la teoría del comportamiento de las familias, ni la ley de Walras se postula válida sin reservas y compatible con la economía keynesiana. Si este último fuera el caso, “Keynes podría ser subsumido como un caso especial de la teoría del *tâtonnement* (tanteo) económico de Hicks-Lange-Patinkin, que difiere de la teoría ortodoxa solamente en ser más detallada y precisa” (p. 279). El breve suspenso creado por este “dilema” concluye cuando Clower encuentra la única otra conclusión posible; pidiendo disculpas por otra larga cita, transcribo:

“Si Keynes no añadió nada nuevo a la doctrina ortodoxa, ¿por qué veinticinco años de discusión han fallado en producir una versión integrada de la teoría de los precios y el análisis del ingreso? Si Keynes sí añadió algo nuevo, el problema de la integración se explica; pero entonces tenemos que abandonar la ley de Walras como un principio fundamental del análisis económico. Es precisamente en este punto, creo, que virtualmente todos los escritores han decidido separarse de Keynes. Yo propongo seguir un curso diferente. Yo argumentaré que la teoría establecida del comportamiento de las fami-

lias, es, en verdad, incompatible con la economía keynesiana, que Keynes mismo hizo uso implícito de una teoría más general, que esta teoría más general conduce a funciones de demanda en el mercado que incluyen tanto cantidades como precios como variables independientes y, excepto en condiciones de pleno empleo, las funciones de exceso de demanda así definidas no satisfacen la ley de Walras. En resumen, argumentaré que ha habido una equivocación fundamental en las bases formales de la revolución Keynesiana”(p. 279) (subrayado nuestro).

La ley de Walras solo opera en condiciones de pleno empleo; cuando no existen, es decir, en todos los casos menos uno, operan las funciones de exceso de demanda —o, tal vez sería mejor decir, de exceso de oferta o insuficiencia de demanda— que provienen del marco teórico walrasiano de equilibrio general. Este marco estará emparentado con una misteriosa teoría más general de la que Keynes —implícitamente— se servía. ¡Qué ingenioso! Así, Clower rescata a los dos sagrados autores, los vincula formalmente tratando de insertar proposiciones y supuestos de interdependencia en la mente de Keynes. Cuando Clower presenta su interesante hipótesis de decisión dual sostiene que Keynes tenía una hipótesis de decisión dual “en el fondo de su mente”, pues de lo contrario la mayor parte de la T. G. serían, teóricamente, tonterías (p. 290). Esta afirmación excesiva, sin embargo, va acompañada de la aceptación que: “... no puedo encontrar evidencia directa en cualquiera de sus escritos (de Keynes) para mostrar que alguna vez haya pensado explícitamente en esos términos” (p. 290). Nosotros pensamos que tal hipótesis añade un grado de racionalidad aún mayor al que la teoría neoclásica convencional atribuye a los agentes. Keynes, en cambio, estuvo lejos de simpatizar con los supuestos de tal comportamiento, más bien, como hemos visto, se expresa en términos de comportamiento y determinaciones psicológicas, o de situaciones involuntarias para los agentes.

Las conclusiones de Clower nos confirman en las sospechas que rodean su artículo. Primero, indica que: “... la economía keynesiana trae las transacciones corrientes a la teoría de los precios mientras que el análisis tradicional (se refiere al equilibrio parcial, F. V.) explícitamente las deja fuera” (p. 295). Y, en segundo lugar, sin rubor alguno, manifiesta: “La orientación de mi argumento sobre la contrarrevolución keynesiana es correspondientemente claro: las teorías contemporáneas del equilibrio general pueden mantenerse intactas sólo si somos capaces de cambiar a la ortodoxia por Keynes” (p. 295). Nuevamente, nos preguntamos ¿a quién busca revalorizar Clower? Nítidamente, su esfuerzo esta encaminado a subsumir a Keynes en el marco del equilibrio general. En ese sentido, Clower sigue la tradición de los intentos de reabsorber a Keynes.

Un autor que llama poderosamente la atención es Axel Leijonhufvud (en adelante, A. L.), quien escribe un importante libro titulado: *La economía Keynesiana y la economía de Keynes, un estudio sobre Teoría Monetaria* (1966). Tratarlo en extenso haría este escrito interminable, así es que, invitando a leerlo directamente, nos limitaremos a algunas anotaciones, tal vez insuficientes.

A. L., en parte en la misma veta de Clower, se ocupa de la relación entre Keynes y los Keynesianos, es decir, convierte el debate en un problema. Estos últimos son los que adoptan o asumen el modelo ingreso-gasto, o lo que es lo mismo, el aparato IS-LM. A. L., a diferencia de Clower, dedica gran parte de su esfuerzo a desmontar la "economía keynesiana". Veamos, esquemáticamente, cómo lo efectúa.

Los economistas keynesianos, en su opinión, pueden separarse en dos grandes grupos: los revolucionarios ortodoxos y los del Resurgimiento Neoclásico³¹. Ambas fracciones asumen el modelo ingreso-gasto, pero con diferentes especificaciones de elasticidades y velocidades de ajuste (p. 7). Los primeros abastecen el modelo de salarios rígidos, trampa por la liquidez y un mayor o menor pesimismo respecto a las elasticidades interés de las variables reales (los casos límite). Adicionalmente, prefieren la política fiscal a la monetaria. La posición de los neoclásicos se caracteriza por la negación de las posiciones ortodoxas. Acidamente, A. L. explica que las dos fracciones en pugna han alcanzado una tregua en base al acuerdo sobre dos amplias proposiciones: "1) El modelo, que Keynes tuvo el descaro de llamar 'teoría general', no es sino un caso especial de la teoría clásica, logrado por la imposición de ciertas restricciones a este último; y 2) el 'caso especial' keynesiano, aunque teóricamente trivial, no es menos importante porque sucede que es una mejor guía en el mundo real que la teoría (del equilibrio) general" (p. 7). Este compromiso les permite sacar fuera del debate los principales temas en Keynes: "... los roles de los valores relativos y del dinero (y, entre los dos, el rol de la tasa de interés) en el 'sistema keynesiano' " (p. 8). Reconociendo el papel innovador de Keynes en lo teórico, negándose a aceptar el resultado a que ha conducido el largo debate sobre "Keynes y los Clásicos", A. L. se propone en su estudio "reabrir el caso" (p. 8).

La tesis central de A. L. es que la teoría de Keynes es bastante diferente de la teoría "keynesiana" del ingreso-gasto. En consecuencia, busca describir un modelo cuya estructura sea más consistente con la evidencia textual de las dos principales obras de Keynes y con las teorías "clásicas" pre-keynesianas. Aquí encontramos una de las novedades en A. L.: reivindica al *Treatise on Money* de Keynes (1931) y afirma la continuidad —que todos los demás autores y el propio Keynes niegan— entre esta obra y la T. G.³²

La severa crítica al modelo estandar (IS-LM) de Hicks-Hansen no podía faltar. Su adopción —dirá— es el punto crucial de desviación de Keynes, pues en él se pretende interpretar y organizar sus ideas a la vez que dejar de lado las más importantes: "El modelo de ecuaciones simultáneas usual impone un marco de estática comparativa con mínimo contenido de valor teórico y desplaza la operación de los mercados financieros al final del cuadro" y "... el modelo estándar fue establecido como la representación formal del 'sistema keynesiano' " (p. 9).

Los tópicos en su exégesis de Keynes giran alrededor del rol del dinero, el rol de la tasa de interés, la relación entre el *Treatise* y la T. G., los precios relativos y la importancia del dinero y la revolución keynesiana. A. L. vuelve sobre la necesidad

de enfrentar el análisis de la interacción del fenómeno real y monetario “que se encuentra básicamente igual que hace 20 años” (p. 13). En general, el rol del dinero, la tasa de interés y los precios relativos ha sido subestimado, pues ellos juegan un papel más importante en el pensamiento de Keynes que el que se les ha otorgado (p. 15). Luego, es comprensible —sigue A. L.— que se haya exagerado la divergencia entre la T. G. y el *Treatise*, subestimando la continuidad del desarrollo intelectual de Keynes y dando excesivo énfasis a su independencia respecto a los otros teóricos monetarios de su generación, como de los anteriores a él (p. 17).

Según A. L., la mayor innovación intentada en la T. G. fue el esfuerzo por proveer de un análisis sistemático del comportamiento de un sistema que reacciona a las perturbaciones a través de ajuste vía cantidades, más que a través de ajustes del nivel de precios o de tasa salarial. Y prosigue: “La explicación de un sostenido y substancial desempleo, es, por supuesto, el principal tema de la Revolución Keynesiana... (y) ... será interpretada como un ataque a los fundamentos de la teoría de los mercados recibida... (p. 24). Pero, por otra parte, no hay que dejar de lado un negocio no concluido por Keynes en el *Treatise*, y que continúa en la T. G.: “... el ataque a la Teoría Monetaria recibida como una herramienta de análisis de los problemas del corto plazo” (p. 24). En base a esta interpretación, A. L. está firmemente en contra del olvido de la teoría de los mercados y la Teoría Monetaria por parte de la economía keynesiana. Ahora bien, parte de la responsabilidad de estos sesgos es asignada al propio Keynes, por la dificultad en comunicar sus ideas y por dramatizar su ruptura con la doctrina recibida. Esto es claro en dos principios en los que centró —en exceso— su crítica: 1) el ahorro y la inversión determinan el ingreso, y no la tasa de interés; y 2) la preferencia por la liquidez (y la oferta de dinero) determina la tasa de interés, y no el ingreso monetario (p. 29). Estas dos afirmaciones fueron trasladadas con simpleza como “las diferencias”, dejando de lado lo sustancial (p. 29). Observamos que la primera sentencia corresponde a la versión del modelo ingreso-gasto esbozada por Klein, y, que ambas forman parte de la versión que se origina en Hicks-Hansen.

Nos parece —modestamente— que la versada descripción de los economistas Keynesianos efectuada por A. L. es bastante acertada. Su trabajo de desmontaje es notable. Otro problema, vinculado al primero, resulta ser su alternativa, ubicada en la orientación de Clower y otros, los mismos que tienen una interpretación propia de Keynes. Todos ellos buscan reabsorber a Keynes en el marco Walrasiano³³. Como ya dijimos, esto nos parece infundado, al menos a partir de Keynes. El problema no es de detectar cuál es el marco teórico previo —más adecuado— en el cual subordinar a Keynes; lo necesario es, en cambio, enfrentar teórica y prácticamente los problemas fundamentales de un período, como lo hizo Keynes, en el mejor estilo de los grandes economistas³⁴.

El último hito de nuestro recorrido, de manera de cerrar el círculo, lo encontramos en J. Hicks, sindicado por muchos como uno de los principales responsables del desvío causado por la economía Keynesiana. Lo ocurrido con Hicks respecto a Keynes es patético y no logramos estar seguros si Hicks ha llegado a comprender bien

las repercusiones que tuvo su "posible interpretación" de Keynes en 1937. Dejemos que él nos dé las explicaciones en su libro, *La crisis de la economía Keynesiana* (1974), cuyo contenido son tres conferencias dadas en abril de 1973 en Helsinki.

A diferencia de los llamados "revalorizadores" de Keynes³⁵ que parten de una preocupación teórica, Hicks reflexiona a partir de los resultados prácticos insatisfactorios de la economía keynesiana, actualmente. Nos dice así: "No es de ningún modo sorprendente... que si las doctrinas de Keynes (sic) dan en un momento dado, o parecen dar, resultados menos satisfactorios, sean puestas en tela de juicio, así como sus bases intelectuales... No es necesario llegar al extremo de mantener que la doctrina establecida está equivocada: es más fácil sostener que ha sido equivocadamente interpretada. Pero una vez aceptado que es posible una interpretación errónea, queda abierto el camino para el descubrimiento de otras interpretaciones erróneas, y también para la competencia de diversos puntos de vista acerca de las interpretaciones correctas. De modo que el caso que parecía cerrado vuelve a abrirse. Y, en cierto modo, tenemos que comenzar de nuevo" (pp. 11-12). Estas últimas palabras nos suenan conocidas porque acabamos de citarlas de Leijonhufvud (p. 8).

Seguidamente Hicks hace memoria, remontándose a 1936. En primer lugar, a él le pidieron escribir una crítica a la T. G. cuando apareció: "... el resultado fue el trabajo titulado *El señor Keynes y los clásicos*, que incluía el diagrama IS-LI que ha pasado a tantos libros de texto, y que para muchos estudiantes, temo, es la teoría de Keynes. Yo no me proponía otra cosa que la representación de lo que parecía una parte central de la teoría de Keynes, y en ese sentido pienso que todavía es válido. Pero nunca me pareció completo por sí mismo." (pp. 13-14). En este difícil pasaje, Hicks expresa temores, propósitos, pareceres, y un sentimiento encontrado sobre si hizo bien o no. Por supuesto, no admite explícitamente que fue un solemne error. Pero, después de tanto tiempo transcurrido, ¿a quién no le cabe duda? El reconocimiento (¿implícito?) de parte de Hicks se manifiesta pocas líneas más adelante cuando dice: "Cuando escribí *Capital and Growth* (1965) empecé a comprender que, a consecuencia de lo que había ocurrido (?), **la misma T. G. debía ser reconstruida en una considerable medida**" (p. 14; subrayado es nuestro).³⁶

Lo que Hicks se propone efectuar en sus conferencias: "... es parte de esa reconstrucción... (buscando)... una teoría actualizada, que no olvide los problemas más apremiantes del presente..." (pp. 14-15). Para tal cometido toma como esquema de presentación las tres partes de la teoría de Keynes: La Teoría del Multiplicador, la Eficacia Marginal del Capital, y el Mercado Monetario, destacando el efecto sobre la tasa de interés (p. 15). ¡Qué contraste con su artículo de 1937!, donde "lo fundamental es la doctrina de la preferencia por la liquidez" y donde "la tercera ecuación es la definidora del multiplicador, con todos sus extraños artificios..., sólo aporta mayor simplificación y en último término es poco significativa" (p. 147).

Tal vez uno de los aspectos centrales de esta "reconstrucción" de Keynes, o más bien, rectificación de Hicks, se encuentra en el punto relativo a la tasa de inte-

rés. Hicks presenta otra opción —a su entender más reveladora— en relación al artículo de 1937, precisamente sobre el tópico que comentamos en el párrafo precedente. Citamos:

“En la teoría del multiplicador... Keynes se refiere al efecto de los cambios en la inversión sobre la renta (y por tanto sobre el empleo); luego examina la posibilidad de controlar la inversión por medios monetarios. Tanto la eficiencia marginal del capital como la teoría del dinero pertenecen a este segundo tema (*) Kale C.

(*) En mi *Mr. Keynes and the Classics* he reducido del mismo modo las tres relaciones de Keynes a dos, construyendo la curva IS (ahorro-inversión) con el multiplicador y la eficiencia marginal del capital. He llegado a pensar que la otra opción, que desarrollo aquí, es más reveladora.

Al tomar la eficiencia marginal del capital como un tema y la teoría del dinero como el otro, Keynes asume que el vínculo entre el dinero y la inversión es la tasa de interés. Estudia: 1) el efecto del interés sobre la inversión, la eficiencia marginal del capital, y, 2) el efecto de la oferta de dinero sobre el interés, la teoría de la preferencia por la liquidez del dinero. Y los trata separadamente porque da por sentado que el vínculo es el interés” (pp. 37-38).

Para desbrozar la cita dejemos de lado la elevación al rango de Teorías los componentes del esquema de Keynes. Lo esencial es que Hicks pasa de ubicar juntos el multiplicador y la eficiencia marginal del capital —que aún no define adecuadamente—, a considerar este último —en sus términos, la inversión— afectado por la tasa de interés, vínculo entre el mercado monetario, dónde se determina, la inversión. Ya no hay más dos tasas de interés: natural y monetaria, sino una sola. Luego, es posible, siguiendo a Keynes, estimular la inversión bajando la tasa de interés. Hicks no llega a decir que la tasa de interés es un fenómeno monetario, no existiendo nada parecido a una tasa natural como sostiene en su artículo. Su rectificación no llega hasta allí³⁷.

En resumen, el trabajo de Hicks evidencia la crisis de la economía hicksiana. Al parecer, su rectificación es limitada como es dudosa su autocrítica. ¿Tendría algún impacto, nos preguntamos, sobre el estado actual de la macroeconomía si la hubiera efectuado a fondo, como debería haberlo hecho?

5. VOLVER A EMPEZAR

¿Cuál será el futuro de la macroeconomía y de su relación con Keynes? El que la macroeconomía se convierta nuevamente en un instrumento útil de gestión del sistema económico capitalista, o de política económica, dependerá de la capacidad del propio sistema —y de sus economistas orgánicos— de tomar conciencia clara de

los principales mecanismos de funcionamiento de la economía actual y de su capacidad de actuar sobre ellos. Parece ser que cada día hay más confusión. A medida que la(s) crisis se acentúen —y mientras no se encuentren nuevas luces— los economistas seguirán volviendo sobre Keynes; algunos, más atrás, hasta Walras o hasta Marx.

Aunque el recorrido efectuado en este artículo es bastante preliminar, nos llena de temores y presenta nítidas ausencias, como O. Vange y S. Weintraub entre otros, nos permitimos sugerir las siguientes pistas de trabajo.

En primer término, puede resultar bastante fructífero volver a la vertiente Keynes-Kalecki³⁸, especialmente en lo que concierne a su método. Ellos nos enseñan que debemos iniciar el análisis a partir de los problemas fundamentales de un período histórico específico. En cambio, la discusión acerca de los esfuerzos por reubicar a Keynes en marcos teóricos pasados demuestra, en buena medida, su inutilidad. Keynes prosigue, indicando que los supuestos en que se basaba la teoría dominante no coincidían con la realidad: se trata de especificar los supuestos simplificadores de la misma correctamente. Finalmente, Keynes no se cansó de repetir que la dificultad radica en escapar de las viejas ideas. Resulta irónico que destacados economistas retomen esta máxima para interpretar a Keynes pero no la asuman y se refugien en exégesis del mismo o en marcos teóricos pre-keynesianos. El desarrollo teórico siempre huye de la apología y abraza la crítica. Eso es precisamente lo que hacen Ricardo, Keynes o Marx: una severa crítica a la teoría económica u ortodoxia de su época.

En segundo lugar, encontramos que importantes economistas, aunque aún pocos, vienen trabajando en esta vertiente. Buscan desarrollar una macroeconomía específica a una cierta estructura económica. E. Bacha en Brasil y L. Taylor en U.S.A., entre otros, están abriendo una veta a considerar³⁹.

Finalmente, una conclusión central de lo expuesto es que debemos estudiar buena parte de la macroeconomía como Historia del Pensamiento Económico. Resulta inadmisibles que se siga enseñando el modelo IS-LM en los cursos universitarios de Macroeconomía, es decir, que se continúe repitiendo los Manuales, plenos de falsedades⁴⁰.

Es necesario precisar que cuando decimos que el debate en macroeconomía debe formar parte de la Historia del Pensamiento Económico, no estamos con ello restándole importancia a la Historia de las ideas. Todo lo contrario: allí es dónde se deben interpretar con profundidad y extensión. Ocurre que en las discusiones —poco versadas— sobre autores controvertidos se filtran innumerables inexactitudes, se pierde contexto o, simplemente, no hay tiempo suficiente para detenerse en uno u otro aspecto. Así se van acumulando las falsas ideas, hasta que llegan a nosotros como la teoría establecida.

Si hubiese que proponer un esquema de trabajo para un curso de Macroeconomía, a nuestro entender, comprendería tres partes. Una, relativa a la discusión, es-

cuetamente reseñada en este artículo, sobre Keynes y los clásicos; la segunda parte, en proporción mayor, se abocaría a estudiar a Keynes y Kalecki, buscando rastrear su método y sus puntos de ruptura y desarrollo teórico. La tercera sería la más importante, y trataría de los avances de los modelos macro-estructuralistas o macro-sectoriales de E. Bacha y L. Taylor.

Sin embargo, debemos confesar que también es muy tentador seguir leyendo a Keynes en sus líneas de crítica a la teoría económica neoclásica y de, para nosotros, rehabilitación parcial de los verdaderos economistas clásicos⁴¹.

NOTAS

1. Es tentador señalar el año 1883 como aquel en que murió el "sepulturero" del capitalismo —Carlos Marx— y en el que nació Keynes, el llamado a salvarlo. El tiempo transcurrido y la crisis actual han puesto en evidencia que ninguno de los dos calificativos son ciertos.
2. Esta es una dificultad presente en todos los grandes autores. Véase, por ejemplo, la reflexión de Braun (1973: 12) comparando a Keynes con Ricardo.
3. Siempre nos sorprendió la naturalidad con la que los economistas nativos, con la excepción de José María Caballero, aceptaban la dicotomía entre "clásicos" y "keynesianos" pese al gran número de indicios, en el propio Keynes y en algunos intérpretes —no dominantes—, que cuestionan esta simplificación.
4. "La redacción de este libro, ha sido, para el autor, una prolongada lucha en la que trató de escapar a las formas habituales de expresión, y así debe ser su estudio para la mayor parte de los lectores, si el intento del autor tiene éxito, un forcejeo para huir de la tiranía de las formas de expresión y de pensamiento habituales" (T. G.: 11).
5. El breve capítulo I de la T. G. lo dice claramente: "He llamado a este libro... recalando el sufixo **general**, con objeto (de)... contrastar mis argumentos y conclusiones con los de la teoría clásica, en que me eduqué y que domina el pensamiento económico... de esta generación igual que lo ha dominado durante los últimos cien años" (T. G.: 15) (subrayados nuestros salvo general y clásica de JMK). La referencia no puede ser sino a la economía neoclásica dominante en Cambridge, es decir, a la tradición Jevons-Marshall. En cuanto al supuesto dominio de cien años, Keynes comete un error de interpretación: el período de entre la declinación de la escuela de Ricardo (1830) y la revolución marginalista (1870) fue dominado por J. S. Mill. En su contra y de los verdaderos clásicos arremetió Jevons. Ver el Prólogo a su "Theory of Political Economy" de 1871. Véase también el artículo de Meek, R. "La decadencia de la economía ricardiana en Inglaterra" en *Economía e Ideología* y otros ensayos, 1972 (pp. 81-116).
6. Podría resultar interesante ensayar una relectura de la T. G. analizando las causas que obligan a Keynes a distinguir, después de este solecismo, las dos etapas. Así reconoce la existencia de "la versión moderna de la tradición clásica" (p. 29), "la economía clásica moderna" (p. 158) o la "teoría clásica moderna" (p. 334). Por oposición, también existe en él "la teoría económica tradicional" (p. 40). Finalmente, distingue la escuela clásica de la neoclásica al tratar el punto crucial de la relación entre la teoría del valor y la teoría monetaria (p. 164)
7. Véase en Garegnani, P. (1978:336) una amplia argumentación de cómo el soporte de las tesis tradicionales, léase "economía clásica" de Keynes, se encuentra solamente en las teorías marginalistas. Este autor también propone que Keynes se refería a éstos últimos.

8. Famoso por su crítica a la "ley de Say" Keynes no cita ni una sola vez a este economista francés.
9. Iguñiz, J. (1978: 125-126).
10. "...la definición keynesiana de la economía 'clásica' al acentuar la continuidad de la 'ley de Say' y pasar por alto varias diferencias decisivas entre el pensamiento clásico y el postkeynesiano, es sumamente confusoria (sic), porque aparta la atención de ciertos factores que pueden ser muy importantes para determinar el lugar del mismo Keynes en la historia del pensamiento económico". R. Meek (1972: 275).
11. En Mueller (1971).
12. Más adelante Hicks se contradice: "...(el tipo de interés) junto a la eficacia marginal del capital, determina el valor de la inversión..." (p. 147).
13. Dejamos para otra ocasión un comentario sobre el "gusto" que se adjudica Hicks al llamar **teoría especial** a la T. G. de Keynes y al calificarla de ortodoxa (Hicks: 147).
14. Resulta interesante confrontar los procedimientos **non sanctos** de Hicks con una observación metodológica de Keynes (T. G.: 264): "Una falla importante de los métodos pseudomatemáticos simbólicos de dar forma a un sistema de análisis económico, es el hecho de suponer de manera expresa una independencia estricta de los factores que entran en juego, y que dichos métodos pierden toda su fuerza lógica y su autoridad si se rechaza esta hipótesis; mientras que, en el razonamiento ordinario, donde no se manipula a ciegas, sino que se sabe en todo momento lo que se está haciendo y lo que las palabras significan, podemos conservar 'en el fondo de nuestra mente' las necesarias reservas y limitaciones y las correcciones que tendremos que hacer después, de un modo en el que no podemos retener diferenciales parciales complicadas 'al reverso' de algunas páginas de álgebra, que suponen el desvanecimiento de todas ellas. Una parte demasiado grande de la economía 'matemática' reciente es una simple mixtura, tan imprecisa como los supuestos originales que la sustentan, que permite al autor perder de vista las complejidades e interdependencias del mundo real en un laberinto de símbolos pretenciosos e inútiles".
15. Keynes no sólo propone bajar la tasa de interés sino también que es preferible "dejar que los salarios suban poco a poco..." (T. G.: 239).
16. "El hábito de desdeñar la relación de la tasa de interés con el atesoramiento puede explicar en parte por qué el interés ha sido generalmente considerado como la recompensa por no gastar, cuando en realidad es la recompensa por no atesorar" (T. G.: 157). Hicks, requerido de elegancia matemática, "opta" por ambos.
17. Véase por ejemplo, Bailey (1972: 41-44); Branson (1978: 185).
18. "Monetary Theory and Fiscal Policy" (1949), especialmente en el capítulo 5. Allí indica: "The analysis given in this chapter is based on Keynes's **General Theory**; but heavy reliance is placed upon the brilliant work of J. R. Hicks in this "Mr. Keynes and..." (p.71). Esta amalgama se ha hecho costumbre en todos los manuales en curso forzoso.
19. Samuelson, P. A. (1948). También en Klein (1947: 75-77 y 110-117).
20. En otra parte, reitera que: "...la verdadera contribución de Keynes fue mostrar que si los ahorros no son compensados por los gastos de inversión, seguirá una incapacidad para alcanzar un alto nivel de empleo. Aún si la curva de oferta de trabajo keynesiana es reemplazada por la curva de oferta clásica (neoclásica, F. V.) en términos de salarios reales, permanece el problema de convertir los ahorros en inversión (p. 81).
21. "...no existe nada más trágico que un economista zozobrando en el campo de la política económica porque su teoría es confusa" (p. 191). Véase también la página 31.
22. Estas son: reemplazo de la teoría cuantitativa por la preferencia por la liquidez (Hicks), cambio de la curva de oferta de trabajo de función del salario real a función del salario nominal

- (Pigou) y alteración de la ecuación ahorro-inversión. Klein se inclina por esta última (p. 82).
23. Klein, y en general los keynesianos fueron muy respetuosos de Hicks utilizando el esquema IS-LM cuando lo necesitaron en sus demostraciones. Este es un reconocimiento a “un ejemplo de nokeynesiano que da a la T. G. una reseña más favorable, aunque fue incapaz de señalar el desarrollo esencial de Keynes” (Klein, p. 99).
 24. Véase una versión actualizada en Bailey (1972: 44-45).
 25. Reiterado casi al finalizar la obra: “... debe tenerse en cuenta que la crítica anterior a la preferencia de liquidez de Keynes no afecta en modo alguno la validez básica de su teoría del paro” (p. 272).
 26. También citado antes por Klein p. 118. En esta discusión Patinkin repite a Klein sin citarlo.
 27. La evolución de la macroeconomía y el “facilismo” en la misma han jugado una mala pasada a Patinkin. Se hizo conocido y así pasó a los Manuales, por un artículo anterior a su libro, “Flexibilidad de precios y empleo” (1948). Allí denominó “efecto Pigou” a lo que después denomina “efecto liquidez real”. De nada le sirvió lamentar después que: “Aquello fue una mala elección de terminología” pues el efecto ha pasado al debate como efecto Pigou en base a su popular artículo (p. 18).
 28. En el mismo artículo de 1948 Patinkin afirma: “Puede ser interesante saber que en la fase de recesión del ciclo existe un nivel de precios lo bastante bajo que podría proporcionar el pleno empleo si se esperase su duración indefinida. Interesante saberlo lo es; pero es poco significativo a efectos políticos. Debido a malas expectativas de precios y a la dinámica de la espiral deflacionista es imposible llegar a esa posición...” (p. 251).
 29. Para no prestar el título del artículo a confusiones, Clower pudo llamarlo: la contrarrevolución “Hicksiana”.
 30. Resulta sumamente sugerente leer al respecto que: “... el otro lado del desempleo involuntario parecería ser el subconsumo involuntario...” (p. 289. Sintéticamente, esta hipótesis quiere decir que cuando un agente desea adquirir más bienes debe ofrecer más de sus servicios a fin de obtener el ingreso necesario. Hay, pues, dos decisiones simultáneas.
 31. Término que toma —explícitamente— de R. Eisner. Por su parte, J. Robinson prefería llamar a la “economía Keynesiana”, la versión neoclásica de Keynes.
 32. Pueden verse las diferencias y hasta la autocritica de Keynes respecto al *Treatise* en la T. G.: pp. 10, 157 y 215, especialmente.
 33. Nótese, por ejemplo, la simplicidad de la siguiente afirmación de A. L. en otra parte: “Para hacer la transición del mundo de Walras al mundo de Keynes es entonces suficiente proveerlo con la asunción de un mecanismo de tanteo” (1967: 301).
 34. No deja de sorprendernos, añadamos, que los planteamientos de Clower y Leijonhufvud están tardando en llegar a los Manuales de Macroeconomía. Tan sólo hemos encontrado en la segunda edición de Branson (1979) la incorporación, como una prótesis, de un capítulo titulado: “Macroeconomía cuando los mercados no son claros”, producto de la adaptación de un artículo de Muellbauer y Portes (1978). El resto del texto es prácticamente idéntico: la IS-LM sigue imperando después de más de 15 años de la “Contrarrevolución Keynesiana” y la “Economía de Keynes”. Esto nos recuerda la reflexión de Marx acerca del fetichismo de la mercancía: no basta poner algo en evidencia para que desaparezca. Para disminuir el desánimo que pueda haber causado semejante desfase —o acaso prolongada ignorancia que puede continuar—, mencionemos que un programa del curso de Análisis Macroeconómico II de la Universidad Católica, dictada por el profesor J. Valderrama, incluye un punto (¡sobre ocho!) referido a Modelos de desequilibrio con la literatura de la también llamada “revalorización de Keynes”.
 35. El término “revalorización” adjudicado a Clower y Leijonhufvud proviene de A. G. Hines, *La Revalorización de la economía Keynesiana* (1971). Su propósito es resumir, o más

- bien, dar su propia interpretación de la obra de esos autores (p. 13). Sin embargo, pensamos que es preferible evitar los atajos.
36. El artículo pionero —que tratamos— de Clower data de 1965. En 1967 Hicks publica *Ensayos críticos en Teoría Monetaria* en los que, además de reeditar “Keynes y los Clásicos” de 1937, incluye otro artículo en que revisa la Teoría Monetaria en los verdaderos clásicos. Un avance, inspirado si nos atenemos a los agradecimientos, en Ashton y Sayers, dos muy importantes historiadores de la economía.
 37. “... el interés ha sido generalmente considerado como la recompensa por no gastar, cuando en realidad es la recompensa por no atesorar” (T. G.: p. 157); “... si lo que estas dos cantidades (ahorro e inversión) determinan no es la tasa de interés, sino el monto global de la ocupación, entonces nuestra visión del mecanismo del sistema económico cambiará sustancialmente” (T. G.: 166).
 38. Kalecki, como es sabido, llegó a las mismas conclusiones de Keynes, por un camino distinto. Ambos, pensamos, se complementan.
 39. El artículo inédito de C. Herrera “Política cambiaria y nivel de actividad económica: una evaluación de la experiencia peruana reciente” 1983 constituye un aporte en esta dirección. Uno de sus logros consiste en especificar lo más posible el modelo macroeconómico para dar cuenta de los rasgos estructurales de la economía peruana.
 40. Lo que es peor, existen economistas nacionales que no contentos con ello, escriben Manuales repitiendo —ingeniosamente— a los importados.
 41. Repárese —como último esfuerzo— en la siguiente reflexión: “Por eso simpatizo con la doctrina preclásica de que todo es **producido** por el **trabajo**, ayudado por lo que se acostumbraba llamar arte y ahora se llama técnica, por los recursos naturales libres o que cuesten una renta, según su escasez o abundancia, y por los resultados del trabajo pasado, incorporado en los bienes, que también tienen un precio de acuerdo con su escasez o con su abundancia. Es preferible considerar al trabajo, incluyendo, por supuesto, los servicios personales del empresario y sus colaboradores, como el único factor de producción... Esto explica, en parte, por qué hemos podido tomar la unidad de trabajo como la única unidad física que necesitamos en nuestro sistema económico, aparte de las de dinero y tiempo” (T. G. pp. 190-191).

REFERENCIAS

- Bailey, M. J. *Renta Nacional y nivel de precios*. Alianza Editorial, Madrid, 1972.
- Branson, W. H. *Teoría y Política macroeconómica*. F.C.E., México, 1978.
- Braun, O. (Comp.) *Teoría del capital y la distribución*. Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1973.
- Clower, R. W. “The Keynesian Counter-Revolution: A Theoretical Appraisal” en: Clower, R. W. (Comp.) *Monetary Theory*, Penguin, G. B. 1969.

Garegnani, P. “Notes on consumption, investment and effective demand: I & II” en: *Cambridge Journal of Economics* 1978, 2, 335-353 & 1979, 3, 63-82, Academic Press, Londres.

Hansen, A. H. *Monetary Theory and Fiscal Policy*. McGraw-Hill-Kogakusha, Tokyo, 1949.

Hicks, J. "Keynes y los clásicos: una posible interpretación" (1937) en: Mueller, M. G. (Comp.) *Lecturas en Macroeconomía*, Ed. CECSA, México, 1971.

Hicks, J. *La crisis de la economía Keynesiana*. Ed. Labor, Barcelona, 1976.

Hines, A. G. *La revalorización de la economía Keynesiana*. Siglo XXI, Buenos Aires, 1974.

Iguíñiz, J. "Marxismo y Teoría económica contemporánea: confrontación de puntos de vista" en: *Revista de la Universidad Católica: Nueva Serie*, No. 4, diciembre 1978, Lima.

Keynes, J. M. *Teoría General de la Ocupación, el interés y el dinero*. Editorial F.C.E., México, 1970.

Klein, L. R. *The Keynesian Revolution*. MacMillan, N. Y. 1961.

Leijonhufvud, A. *On Keynesian Economics and the Economics of Keynes*. Oxford U. Press, N. Y., 1968.

Leijonhufvud, A. "Keynes and the Keynesians. A suggested interpretation" en: Clower, R. W. (Comp.), *Op. Cit.*

Meek, R. L. "El lugar de Keynes en la historia del pensamiento económico" y "La decadencia de la economía Ricardiana en Inglaterra" en: *Economía e Ideología*, Editorial Ariel, Barcelona, 1972.

Patinkin, D. "Flexibilidad de precios y pleno empleo" en: Mueller, M. G. (Comp.), *Op. Cit.*

Patinkin, D. *Dinero, interés y precios*. Editorial Aguilar, Madrid, 1963.

Samuelson, P. A. "La matemática elemental de la determinación de la renta" en: Mueller, M. G. (Comp.), *Op. Cit.*



MARIATEGUI HOY

En torno a algunas interpretaciones recientes

Francis Guibal

“Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones”.

José Carlos Mariátegui

Más de medio siglo después de su muerte, José Carlos Mariátegui sigue estando vivo y presente dentro de los debates y de las luchas del movimiento popular y revolucionario que contribuyó a organizar y orientar hacia el socialismo. Florecen y se multiplican entonces los intentos de interpretación y actualización, pero también de utilización y de recuperación. Hay que alegrarse, por supuesto, que esta figura pionera vuelva así al primer plano para ayudarnos a “elaborar nuestras actuales condiciones objetivas de existencia desde la perspectiva de las necesidades concretas del movimiento revolucionario”¹. Pero hay una riqueza que puede ser superficial y engañosa; la constante referencia al “Amauta” puede hasta resultar desorientadora y peligrosa por encubrir las posiciones más diversas. De ahí el propósito de este artículo que quisiera ayudar a ordenar un poco la discusión razonable; nos referiremos, pues, a algunos grandes ejes de la interpretación actual, tratando de subrayar cómo nos invita a comprender mejor el pasado para actuar más lúcidamente en el presente.

LINEAS DE INTERPRETACION

Sabido es que, históricamente, la herencia del Amauta fue reclamada simultáneamente y de manera contradictoria por el APRA y el Partido Comunista. Hoy en día, estos dos polos de interpretación siguen constituyendo marcos indispensables de referencia, pero dan lugar a un cuestionamiento que busca poner de relieve y subrayar la **originalidad** específica de la obra y del pensamiento de Mariátegui. Aún dentro de esta línea común, el abanico queda ampliamente abierto: desde los partidarios de un reformismo humanista hasta las neo-ortodoxias revolucionarias, maoístas y trotskistas, cada uno trata de presentar y defender la imagen que más le conviene.

Sin embargo, a pesar de esta producción numerosa, pocas son, a mi parecer, las obras que destacan por su calidad y su importancia. Asumiendo el riesgo de cierta arbitrariedad, a fin de cuentas irreductible, nos hemos limitado a **cuatro** autores que representan **dos** líneas fundamentales de interpretación, centradas respectiva-

mente en las perspectivas del movimiento "nacional-popular" (Aricó, Flores Galindo) y de la revolución socialista (Quijano, Germaná).

De José Aricó, nos referiremos a dos trabajos sustanciales. El primero es el prólogo que encabeza su recopilación de artículos en torno a **Mariátegui** y los orígenes del marxismo latinoamericano (**Cuadernos de Pasado y Presente** No. 60, Siglo XXI, 1978; citaré **Orígenes**): aborda los temas del marxismo creador y del leninismo muy peculiar de Mariátegui, señalando su incompreensión por parte tanto del APRA como de la Tercera Internacional e insistiendo en su búsqueda de una vía revolucionaria específica. El segundo es su ponencia al coloquio de Sinaloa (México), titulada "Mariátegui y la formación del Partido Socialista" (citaré **Partido**) y publicada en el denso número especial (No. 11) que **Socialismo y Participación** ha consagrado a Mariátegui en homenaje al 50° aniversario de su muerte: esboza el clima cultural de la época, analiza las coincidencias iniciales y la ruptura final con el APRA, se centra sobre todo en el tipo de organización anhelado antes de señalar los enfrentamientos (con la Internacional) a los que condujeron estos planteamientos originales.

La agonía de Mariátegui (citaré: **Agonía**) es el hermoso título del ensayo que Alberto Flores Galindo, siguiendo en parte las huellas de Aricó, ha dedicado a los dos últimos años de Mariátegui (Desco, 1980). Historiador conocido, el autor se empeña en desmontar el mito-Mariátegui, que sirve a menudo de cobertura al dogmatismo teórico y práctico, para hacernos descubrir una figura humana, y una subjetividad irreductible y "agónica". Para ello, analiza esencialmente la polémica con la Comintern: en sus inicios (cap. 1) y su culminación (cap. 5), poniendo de relieve los temas principales que la motivaron, o sea la cuestión indígena (cap. 2), el sentido y el desarrollo de la lucha cultural (cap. 3) y finalmente, el problema de la organización partidaria (cap. 4).

Aníbal Quijano nos entrega, bajo el título de: **Reencuentro y debate** (citaré: **Reencuentro**) una sugerente **introducción a Mariátegui** (Mosca Azul, 1981). Después de recordar el contexto socio-histórico y las principales etapas de la vida de Mariátegui, polemiza contra lo que llama "las cuatro caras de un mito": las recuperaciones "humanistas", "apristas" y "stalinistas" del pensamiento histórico y revolucionario del Amauta, pero también las utilizaciones dogmáticas o el rechazo incomprensivo por parte de corrientes maoístas o trotskistas. Habiendo así despejado el terreno, Quijano subraya lo que es para él lo esencial en la obra mariateguiana: el análisis de la formación social peruana en su especificidad y, acorde a ello, la búsqueda de una vía revolucionaria al socialismo que no respeta modelos. Estos dos puntos (¿qué caracterización de la sociedad? ¿qué tipo de revolución?) son igualmente los que destaca César Germaná en su folleto sobre "**La Polémica Haya de la Torre - Mariátegui. Reforma o Revolución en el Perú**" (**Cuadernos de Sociedad y Política** No. 2, segunda edición, 1978; citaré **Polémica**.) que intenta mostrar que "el mérito de Haya de la Torre y de Mariátegui consiste en haber traducido con fidelidad los intereses" (p. 7) y sistematizado los planteamientos de la pequeña burguesía y del proletariado, respectivamente.

Como esta primera aproximación lo deja percibir ya, si bien son varios y distintos los enfoques, estos trabajos comparten por lo menos una convicción: la de querer establecer la originalidad de Mariátegui respecto tanto del APRA como de la Tercera Internacional y hacerlo —cada uno a su manera— tocando una serie de problemas comunes: entre otros el marxismo de Mariátegui, su interpretación de la realidad peruana, su proyecto propiamente político, los actores sociales, y el tipo de organización que les correspondía. De ahí el plan que seguimos: en vez de exponer en detalle cada uno de esos estudios, lo que llevaría a repeticiones innecesarias, los confrontaremos sobre estos puntos decisivos para tratar de poner de relieve las cuestiones que están en juego en este tipo de debate.

UN MARXISMO PECULIAR

Nadie puede negar la inserción decidida y activa de José Carlos Mariátegui dentro de la tradición marxista y leninista, y hasta su adhesión relativa al movimiento de la Tercera Internacional stalinista que representaba para él la dimensión universal de la revolución. Sin embargo, varias son las menciones dentro de esta tradición y creo que J. Aricó acierta cuando subraya que “lo realmente importante” metodológicamente “para reconstruir ‘su’ marxismo, es señalar lo que lo **distinguía** y hasta distanciaba de la Comintern” (**Orígenes**, XXI); pues no se trató nunca de una aceptación pasiva o de una simple identificación, sino de una ubicación responsable y de una lucha por mantener allí el derecho a un proyecto autónomo.

En esos años, en efecto, la burocratización política del stalinismo había llevado ya a una evidente catequización de la doctrina reducida a “la repetición de citas, aburridamente ortodoxa, incapaz de cualquier creatividad” (**Agonía**, 86). Ahora bien, Mariátegui no pudo nunca encerrarse en este “modelo” estéril, pues, para él, “el marxismo no era una biblia, sino un instrumento de análisis, una manera de interrogar la realidad más que un conjunto de definiciones y preceptos” (**Agonía**, 27). En otros términos, optaba por la herramienta **metodológica** del marxismo, guía tanto para la investigación socio-histórica como para la acción política.

Pero hay que precisar más todavía, pues también respecto al “método” puede producirse cierta fetichización, considerándolo como un conjunto de reglas o hasta de recetas que bastaría con “aplicar” mecánicamente o, a lo mejor, con adaptar pragmáticamente. Es este esquema mismo de “aplicación” que hay que cuestionar sustituyéndolo por el de una verdadera **re-creación** de la teoría al contacto siempre vivo y nuevo de la realidad socio-histórica concreta: “la universalidad del marxismo no reside en su capacidad de ser aplicado a cualquier circunstancia, sino en la posibilidad que tiene de recrearse en las circunstancias determinadas” (Aricó, entrevista en **Que hacer** No. 7, p. 116). El método no es ni anterior ni exterior a su puesta en práctica, sirve únicamente en la medida en que permite “investigar, conocer, explicar, interpretar y cambiar una realidad histórica concreta, desde dentro de ella misma” (**Reencuentro**, p. 63. Comparar también con p. 117).

Con eso se pasa al segundo rasgo específico del marxismo de Mariátegui, o sea su carácter **nacional**. Se da allí una tensión dialéctica y fecunda entre la validez tendencialmente universal de la herramienta “científica” del marxismo y la necesidad de verificar concretamente el acierto de sus planteamientos a partir de realidades socio-históricas determinadas, nacionales. Y en eso también chocó en gran parte el Amauta con el esquematismo abstracto de la Tercera Internacional stalinista, caracterizado por un asombroso “desprecio por el reconocimiento del campo nacional” (**Partido**, p. 162). Para Mariátegui, las singularidades específicas —continentales, nacionales y regionales— era lo que importaba y debía ser esclarecido, y constituían la **piedra de toque** para comprobar la fecundidad o la esterilidad de los enfoques metodológicos. Eso implicaba el rechazo a la sistematicidad dogmática engañosa, falsamente segura de su “línea correcta”, y la aceptación de los riesgos inherentes a la investigación específica; de ahí el estilo “ensayista” de Mariátegui, su estilo de “ **Versuch**”, como hubiera dicho Nietzsche, sin miedo a “cierto tanteo” ni al “carácter provisional en las afirmaciones” (**Agonía**, p. 28). Y, en esta atención resuelta a la relatividad concreta y propia, había más cercanía de principio con los planteamientos apristas iniciales que con los dogmas oficiales y absolutos de la Comintern.

Metodológico, creador, nacional, el marxismo de Mariátegui debe igualmente ser calificado, pese al rechazo que produce espontáneamente este término en algunos, de “abierto”. José Aricó habla al respecto de su “asombrosa capacidad de vincular el marxismo a las más diversas corrientes culturales de la época” (**Partido**, p. 143). De hecho, ¿quién podría negar la presencia significativa y el peso singular dentro del mundo mariáteguiano de pensadores claramente **ajenos** al marxismo? Croce y Gobetti, Bergson y Sorel, Freud, Nietzsche y Unamuno, he aquí sólo los nombres más característicos que muestran hasta la evidencia que Mariátegui “sigue reivindicando hasta el final la excepcional importancia de filones ideológicos absolutamente exteriores —y antipódicos— a la tradición de la Tercera Internacional” (**Partido**, p. 160). ¿Qué significa esta reivindicación insistente?

En primer lugar, ciertamente, que la autonomía conceptual del marxismo no había de concebirse como cerrada y dogmática, sino como **crítica** y práctica, abierta a lo universal en cuanto podía tener de significativo y nuevo. El marxismo no podía ser “vivo” sino re-creándose constantemente al contacto con las nuevas problemáticas históricas y culturales. Lo cual explica, en segundo lugar, la referencia decisiva tanto al historicismo italiano como al vitalismo francés; en ambos casos se trataba de posiciones afines porque permitían luchar eficazmente —en nombre de la **creación** vital e histórica— contra las tesis fatalistas de cierto positivismo científicista, todavía muy arraigado en el marxismo oficial.

En fin, **last but not least**, las referencias a Sorel, Nietzsche, Unamuno, etc., señalan en el Amauta la dimensión jamás abandonada de una **pasión** de tipo religioso y místico; pues la movilización revolucionaria, individual y colectiva, necesita de esta intensidad mística que, si bien “mueve a los hombres sin promesas ultraterrenas”, sigue solicitando de ellos “una tremenda e incondicional entrega” (Mariátegui, citado en **Agonía**, p. 88). Ahí es donde puede surgir cierto debate de fondo, en cuanto

al significado de esta dimensión “última” en Mariátegui. A. Flores, por ejemplo, lo ve de manera positiva, pero se conforma en señalar que la esperanza “agónica” del luchador social “mantiene un parentesco con el Cristianismo de su adolescencia, transformado más que perdido en el mito socialista del adulto” (Agonía, p. 115). A. Quijano admite igualmente que no se perdieron nunca en Mariátegui sus inclinaciones estético-místicas de joven; y reconoce incluso que “toda esa ideología que, en Mariátegui, enmarcaba el marxismo..., estaba en la capa más honda de la tensión emocional del hombre” y constituía un “piso emocional y ético para mover el ánimo y la conducta propia y ajena hacia la revolución socialista” (Reencuentro, p. 78). Sin embargo, esos planteamientos suenan para él á eclecticismo pragmático y a misticismo irracionalista; “la angustia mariáteguiana, su necesidad de una concepción heroica de la existencia y de fundamentos metafísicos para su voluntad de acción revolucionaria” (Reencuentro, p. 77) le parecen realidades psicológicas no sólo ambiguas, sino inconsistentes teóricamente. Se explicarían únicamente por la falta en Mariátegui de una concepción integral del marxismo, por su ignorancia de los fundamentos epistemológicos del método y de la praxis marxista; con lo que Quijano, en este punto, se acerca mucho, a pesar suyo, a juicios muy “ortodoxos”...

LA FORMACION SOCIAL PERUANA

Mariátegui no constituyó un fenómeno absolutamente singular y aparte. Era producto, más bien, de todo un movimiento cultural que reaccionaba contra la imagen —y la realidad— oficial de un país dominado por la oligarquía tradicional: toda una generación de intelectuales nuevos que salía en busca del Perú “profundo” y “posible”, e iba descubriendo, junto con una historia de dominación y marginación, la realidad cuestionante de clases explotadas y masas olvidadas. Había que romper con esta falsa identidad del Perú oficial para “peruanizar el Perú”; se trataba de “un verdadero redescubrimiento de América, (de) un acuciante proceso de búsqueda de la identidad nacional y continental a partir del reconocimiento, de la comprensión y de la adhesión a las luchas de las clases populares” (Orígenes, p. XLIII; formulación idéntica en Partido, p. 144). La investigación socio-histórica de Mariátegui debe ser ubicada dentro de este movimiento de “revolución intelectual y moral” que veía, por primera vez en la historia peruana, “el encuentro del movimiento popular con una inteligencia en franca ruptura con el orden existente” (Partido, p. 144), en proceso de radicalización y que se iba acercando más o menos orgánicamente a la realidad popular y nacional.

Dentro de estas perspectivas, lo que Mariátegui descubre, gracias en particular a sus contactos con el movimiento “indigenista” (Valcárcel y otros), es la importancia decisiva del mundo andino y de la población indígena dentro de la realidad peruana; ahí se debía buscar la raíz social del Perú nuevo por crear. La importancia innegable del movimiento indigenista consistía en que representaba una “tendencia objetiva de izquierda, que, colocada en las perspectivas de las masas indígenas, mantuvo una actitud comprensiva frente a la emergencia de las luchas obreras” (Partido, 162). Y, si hacía falta entonces buscar —o crear— un proceso de “confluencia” entre el “indigenismo” campesino tradicional y el “socialismo” (Partido, 162) obrero moderno,

esta tarea invitaba a rescatar todos los valores propios de la tradición que podían aparecer como gérmenes o anticipos de una sociedad nueva, a rescatar en particular “los elementos colectivistas que estuvieran presentes en la experiencia incaica y confundirse en este empeño, con la tradición histórica indígena negada desde la conquista” (Burga-Flores Galindo, *Apogeo y Crisis de la República Aristocrática*, Rikchay Perú, p. 192). Todo un nuevo enfoque de la historia se hacía posible y necesario, una historia vista desde abajo, con la mirada de “los vencidos”, una historia atenta a la trayectoria propia y a las organizaciones autónomas de las masas indígenas y populares, una historia por fin capaz de poner de relieve los antiguos valores comunitarios indígenas sobre los que había de descansar y de construirse el futuro socialista.

Todo ello no es absolutamente propio de Mariátegui. Mucho más decisivo es su enfoque de la sociedad peruana moderna y de su “peculiar estructura agraria, donde al lado de las formas feudales que persistían especialmente en la hacienda andina tradicional, comenzaban a emerger las primeras y embrionarias formas de capitalismo” (*Agonía*, p. 29). En este punto, Mariátegui iba a diferenciarse sustancialmente tanto de los planteos simplistas de la Internacional, que reducía la realidad peruana a una simple sociedad colonial y feudal, como de la mera descripción de Haya que se conformaba con señalar la coexistencia de hecho de sectores atrasados-tradicionales-feudales junto a otros desarrollados-modernos-capitalistas. Para Mariátegui, se trataba de una unidad desigual, estructural y *diálectica*, en la que el capital (imperialista) subordinaba al pre-capital (feudal), aprovechándolo. Ahí está, según Quijano, “el hallazgo básico de la investigación mariáteguiana”, o sea la caracterización acertada de la formación económico-social peruana en su especificidad como “compleja y contradictoria articulación entre capital y pre-capital, bajo la hegemonía del primero” (*Reencuentro*, p. 83). Entre el “bloque agrario gamonalista” (*Partido*, 162) con sus latifundios feudales y la penetración progresista del capitalismo monopólico, había una complicidad secreta y profunda que generaba un sistema distorsionado y dependiente, fundamentalmente antinacional. La “semi-feudalidad” servía para designar este tipo extraño de feudalidad “articulada al capital y bajo su dominio” (*Reencuentro*, p. 86), “hasta convertirse el feudalismo en un momento de la reproducción capitalista” (M. Burga, en *7 Ensayos: 50 años en la historia*, ed. Amauta, p. 52). De ahí, de este sistema que surtía efectos no sólo económicos, sino también políticos y culturales, había que partir para tratar de formular con realismo un proyecto revolucionario liberador.

EL PROYECTO REVOLUCIONARIO

La percepción de la realidad nacional en sus rasgos socio-históricos específicos obligaba a Mariátegui a desconfiar de los modelos o esquemas universales preestablecidos y listos para aplicar o adaptar; había que inventar y crear caminos nuevos e inéditos para crear un socialismo indígena y **original** que fuera la “expresión propia y originaria de las clases subalternas en la lucha por conquistar su autonomía histórica” (*Partido*, 163). Sin pasar en absoluto por alto las exigencias revolucionarias y

socialistas ni la ubicación del Perú (nuevo) dentro de un mundo nuevo en proceso de transformación universal, había que tomar en serio la problemática popular y nacional, este “vía crucis” (Aricó, **Que hacer**, p. 114) del marxismo clásico cuya importancia había sido reivindicada en los planteamientos apristas iniciales.

Mariátegui percibía también claramente que “sólo desde la ‘autonomía’ del campo nacional podía pensarse el problema de la revolución social en términos concretos” (Aricó, **Marx y América Latina**, CEDEP, p. 92). Pero, en realidad, su proyecto, preocupado por evitar o superar el desencuentro trágico (que había de producirse ulteriormente con el divorcio y la oposición tajante APRA/PC) “entre reforma y revolución” (Aricó, **Que hacer**, p. 107) como entre pueblo y proletariado o nación y socialismo, se diferenciaba tanto del nacionalismo reformista del APRA como del modelo “revolucionario” ortodoxo de la Tercera Internacional, pues “a diferencia de los apristas o comunistas ortodoxos, el problema no era cómo desarrollar el capitalismo (y por lo tanto repetir la historia de Europa en América Latina) sino cómo seguir” o, más bien, crear “una vía autónoma” (Agonía, p. 50).

Esta búsqueda de un camino específico, nacional y popular, ajeno a los modelos exteriores, especialmente europeos, acercaba en un principio a Mariátegui y Haya; y, de hecho, sólo el sectarismo fanático y ciego puede negar la ubicación y hasta la militancia provisional de Mariátegui dentro del APRA como movimiento popular de frente. Sin embargo, a partir del año 1928, las rupturas iban a hacerse claras, y no sólo por cuestiones de organización, sino por la misma manera de enfocar y concebir el proceso revolucionario.

En primer lugar, el pretendido “intelectual” europeizante” (según las calificaciones apristas corrientes) iba a mostrarse mucho más latinoamericano y hasta heterodoxo que Haya en lo que se refiere al desarrollo capitalista. Haya, en efecto, “no admitía saltos y reordenamientos en las etapas históricas; el paso al socialismo exigía previamente el desarrollo y el agotamiento del capitalismo” (Burga-Flores Galindo, **Apogeo y Crisis**, p. 188); no veía salvación posible fuera de la industrialización aportada por el capitalismo. A esta perspectiva etapista y desarrollista, Mariátegui debía oponer un análisis más sutil y dialéctico que subrayaba la diferencia entre el desarrollo capitalista en Europa y su necesaria frustración en los países dependientes del sistema imperialista: “Los países latinoamericanos han llegado con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos están asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es el de simples colonias” (**Ideología y Política**, p. 82).

Y es que la percepción aprista del imperialismo como “primera” y no “última” etapa del capitalismo en Latinoamérica era de un simplismo extremadamente peligroso: la dominación imperialista no era mala por capitalista, sino sólo por extranjera; bastaba entonces controlarla por medio de un Estado nacional fuerte para aprovechar y desarrollar su “buen lado”, o sea, la introducción y la implantación de relaciones “modernas” —capitalistas— de producción. La lucha anti-imperialista era meramente nacionalista y podía prescindir provisionalmente de los enfrentamientos

sociales o de clases. A este “ambiguo nacionalismo democrático” (**Reencuentro**, p. 117) del APRA, reformista, desarrollista y modernizador, Mariátegui oponía la necesidad de un enfoque decididamente **socialista** de la revolución, única forma de atacar la esencia capitalista del imperialismo. Siendo el capital el eje ordenador del sistema nacional imperante, sólo rompiendo con su dominación y su lógica se podía resolver el problema nacional y oponer “al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera” (**Ideología y Política**, p. 91).

Dentro de estas perspectivas, aparecían con mayor nitidez las ilusiones ingenuas del aprismo en torno de las **capas medias** y de su posible liderazgo en la lucha anti-imperialista; de hecho, la experiencia —china o mejicana, por ejemplo— mostraba la “inviabilidad de una burguesía con sentido nacional y progresista” (**Reencuentro**, p. 97), enseñaba que la burguesía nativa no podía desarrollar “ni una lucha anti-imperialista, por estar enfeudada a la burguesía internacional, ni una lucha anti-feudal, por estar orgánicamente ligada con la clase feudal” (**Polémica**, p. 31). En cuanto a la pequeña burguesía, su misma posición estructural y situación histórica la condenaba a ser vacilante e inconsecuente, demagoga y confusionista. Podía a lo sumo participar, pero en absoluto liderar una revolución auténtica.

Así, el proyecto mariáteguiano de contribuir a la “creación heroica” de un socialismo latinoamericano y peruano se diferenciaba claramente del “**etapismo**”, mucho más “ortodoxo” a fin de cuentas, de Haya; no hacía falta pasar previamente por una revolución burguesa, capitalista, democrática y nacional, para poder afrontar después las tareas de una revolución proletaria y socialista. No, las condiciones concretas del sistema imperialista vigente caduco este esquema precisamente por el tipo de burguesía y de capitalismo que generaba en los países dependientes. De ahí que, para Mariátegui, en la actualidad latinoamericana, no podía haber revolución auténtica que no fuera socialista, a condición de que se entendiera por ello no un sistema definido, sino un **proceso** global “de contenido tendencialmente socialista en el largo plazo y ya parcialmente socialista en el corto” (**Reencuentro**, p. 111). Vale decir que desde un comienzo y en todos sus aspectos, la ruptura revolucionaria había de caracterizarse por su orientación claramente socialista y anti-capitalista, pero asumiendo simultáneamente como “parte indisoluble de ella” (**Reforma**, p. 4) las tareas democrático-nacionales frustradas por la debilidad de las burguesías dependientes: “al mismo tiempo que están llevándose a cabo las tareas democrático-burguesas, están ya en curso las tareas específicamente socialistas, dentro de un mismo y único proceso, durante el cual ese proceso va **depurándose** en su contenido de clase” (**Reencuentro**, p. 103). Ahora bien, esta orientación nítida hacia el socialismo, que supone la dirección hegemónica del proletariado, no puede realizarse de manera mágica y automática, sino que ha de pasar por la labor austera y larga de construcción de un nuevo “**bloque histórico**” para convertir al conjunto diversificado y disgregado de las clases populares en un sujeto consciente, protagonista activo de una revolución automática y sin modelos. Y en eso el “**choque**” había de darse más con las perspectivas rígidas y sectarias de la Tercera Internacional stalinista.

UN SUJETO SOCIO-HISTORICO POR CREAR.

De hecho, el ajuste de cuentas con el reformismo nacionalista y pequeño-burgués del APRA iba a ser seguido por una lucha igualmente difícil con “el dogmatismo oportunista de la dirección stalinista de la Tercera Internacional” (**Reencuentro**, p. 117). Esta representaba sin duda una dimensión internacional y mundial capital para las perspectivas revolucionarias, pero de una manera tan autoritaria y esquemática que obligaba a zanjarse posiciones y a expresar claramente discrepancias de fondo.

En primer lugar, la Internacional stalinista se caracterizaba por un **verticalismo** burocrático que pretendía imponer desde arriba y desde lejos una “línea correcta” universal; se creía capacitada para “dar recetas de tipo preceptivo a partir de una teoría o una ideología de la cuestión nacional, y no a partir de la realidad de cada país” (A. Melis, en **Marka** 4-12-80, p. 16) analizada en su especificidad. Y, en los años '29, este estilo dogmático llevaba a una serie de diagnósticos (el derrumbe inminente del capitalismo, considerar la social-democracia como social-fascismo, etc.) y consignas (clase contra clase, por ejemplo) literalmente catastróficas. Este tipo de “clasismo” se convertía de hecho en un “**obrerismo**” sectario y cerrado incapaz de plantear perspectivas nacionales por su desdén sistemático al campesinado “atrasado” y a los intelectuales “traidores”. La sobrevaloración del movimiento obrero corría pareja con la sub-valoración de las fuerzas indígenas y del papel ideológico-cultural de los intelectuales: todo intento de conformar, cohesionar y unificar un bloque de los sectores populares era visto inmediatamente como una desviación populista y nacionalista. Y así iba a ser calificado Mariátegui; claro está que, en este caso, su “heterodoxia” constituía precisamente “una virtud y no una limitación” (**Partido**, p. 161).

De lo que se trataba para Mariátegui era de contribuir a “hacer del proletariado o de la fuerza social que representa su perspectiva la fuerza ideológica y política **hegemónica** de la sociedad” (**Partido**, p. 158). Pero, debido a las condiciones concretas y a la debilidad de hecho de una clase obrera todavía “apenas en formación” (**Partido**, p. 161), esta tarea exigía una fusión o un “proceso de confluencia del movimiento obrero moderno” con las masas campesinas indígenas” (**Orígenes**, p. XLVI; cf. **Partido**, p. 161) que representaban las grandes mayorías de la población peruana. Debían entonces crearse y respetarse las “organizaciones autónomas e independientes de las masas indígenas” (**Partido**, p. 162) como elementos básicos de un socialismo autóctono; entre proletariado “moderno” y campesinado indígena “tradicional” no debía haber jerarquía ni subordinación impuesta autoritariamente, sino **convergencia** y confluencia entre pares, pues “ambas clases eran revolucionarias, lucharían por el socialismo, harían el Perú nuevo” (**Agonía**, p. 31).

A su vez, este bloque obrero-campesino, o sea de las masas populares, había de ser **cimentado** orgánicamente gracias a perspectivas no solamente socio-políticas sino también ideológico-culturales. Y a esta formación de una nueva conciencia nacional y popular debían contribuir los **intelectuales** radicalizados, empeñados en impulsar una “regeneración nacional y social” (**Partido**, 146), “material y moral” (**Par-**

tido, p. 152) de los pueblos latinoamericanos. Aún si la polémica y el distanciamiento con el aprismo llevaba a Mariátegui a partir de 1929 a algunos cambios algo exagerados como “cierto menosprecio por los intelectuales, desdén por las capas medias, identificación entre aprismo y fascismo” (Agonía, p. 84), parece difícil negar en sus perspectivas la importancia política de los intelectuales en tanto portadores potenciales de una revolución cultural auténtica.

Y es que la política, para Mariátegui, no se reducía, ni de lejos, a perspectivas pragmáticas inmediatas; y no compartió tampoco por eso el catastrofismo apocalíptico de la Tercera Internacional que pensaba en un asalto violento y definitivo del poder. Si bien se ha podido sostener que estaba convencido “que el poder tendría que ser asaltado, tomado por las armas” (Agonía, p. 78), eso en todo caso no pasaba en él de un horizonte todavía lejano; de ahí que Aricó prefiera hablar de cierta “ausencia en Mariátegui de la temática del poder” (Partido, p. 164), lo cual resulta comprensible porque “no estaba en el horizonte político de las masas trabajadoras peruanas, ni existía un movimiento político de masas en condiciones de plantearlo como una tarea realizable” (Partido, p. 166).

Tal vez resulte exagerada, por demasiado tajante, la opinión de Basadre de que la obra de Mariátegui “no rozaba los intereses inmediatos y era de tipo estrictamente intelectual” (Perú: Problema y Posibilidad, citado en Partido, p. 165). Pero lo cierto es que no podía haber para él política seria y auténtica sin la labor lenta y cotidiana de la formación cultural, tarea colectiva e integral para “crear un nuevo ambiente, un espacio ideológico diferente” (Agonía, p. 61). Entre Amauta y el Partido, la cultura y la política, los intelectuales y las masas, la ligazón era imprescindible: la cultura tenía sentido político igual como la política se hacía con perspectivas culturales.

De ahí el aspecto dramático y trágico de la “agonía” final, cuando los golpes sufridos en la doble y desigual polémica con el APRA y la Internacional lo ponen en una situación de minoría y de aislamiento relativo, agudizada por sus problemas de salud. El viaje proyectado a Buenos Aires, si bien estaba planeado desde antes, muy comprensiblemente podía representar en estas circunstancias cierto deseo de respirar más libremente, dejando en parte de lado la estrechez de las luchas políticas partidarias para dedicarse más intensamente a la labor ideológico-cultural. Como dice Basadre, en un juicio que Aricó califica de “totalmente acertado” (Partido, 160), “lo que no está claro es si, con su viaje proyectado a Buenos Aires, quiso acentuar sus actividades de escritor sobre las de organizador político y social. Al intentar pasar de aquellas a éstas, había sido rudamente golpeado por las consignas internacionales de entonces, por los intereses, los planes y los esfuerzos de otros hombres más poderosos que él” (Historia de la República del Perú, t. XIII, p. 354). Ahora ¿qué podía significar eso a nivel propiamente político? Tal vez ¿el esfuerzo por mantener “desde la soledad” de una postura intelectual crítica “un proyecto colectivo” y revolucionario que no fuera acaparado ni recuperado por el burocratismo de las dirigencias partidarias tradicionales (cf. Agonía, p. 109)? La verdad es que “ignoramos cuál pudo haber sido la respuesta de Mariátegui” (Agonía, p. 110). Pero pode-

mos sospechar que no se trataba de un abandono o de una des-politización, sino del intento “agónico” por concebir y practicar de un modo **distinto** la tarea a la que había entregado toda su vida, o sea “la lucha por el socialismo y por la organización del proletariado” (carta del 22-11-1929, a César Miró).

LA CUESTION DE LA ORGANIZACION.

Aricó no vacila en sostener que la cuestión del Partido representa el “punto de condensación de todas sus diferencias con la Comintern y el aprismo” (**Partido**, p. 143). Y es que dos “modelos” se contraponían en eso tanto teórica como prácticamente: uno vertical, jacobino y burocrático, que hacía de la organización la condición **previa** de la lucha social y política y que constituía el denominador común de la Internacional y de Haya; para Mariátegui, al contrario, el partido era el “**resultado** y no el **supuesto** de las luchas de las masas” (**Orígenes**, p. LIII y **Partido**, pp. 163-166), de tal suerte que “iniciativa y subjetividad” se veían “colocadas en una dirección decididamente anti-jacobina” (**Partido**, p. 142).

De lo que se trataba entonces era de partir de la realidad social misma, o sea del movimiento popular de masas, de esta red organizativa de instituciones sociales autónomas, tejidas de manera espontánea a partir de la experiencia práctica. La construcción de la organización política debía efectuarse **al compás** de esta auto-organización incipiente de los trabajadores, respetando “el tiempo propio del proceso político y social peruano en que el elemento determinante resultaba ser el nivel de organicidad alcanzado por el movimiento social” (**Partido**, p. 142). La paciencia socio-histórica debía anteponerse al apresuramiento personalista y caudillista; y se sabe que fue precisamente debido a la decisión intempestiva de Haya de convertir el APRA en partido que Mariátegui se vió prácticamente obligado, casi “en contra de sus deseos” (**Orígenes**, p. LIII), a formar lo que era en un comienzo más un núcleo, un germen y/o un proyecto de partido que una organización burocráticamente constituida.

Esta organización, “socialista, popular y autónoma” (**Orígenes**, p. LIV; cf. **Partido**, p. 167) que debía irse “construyendo pacientemente, en la teoría y en la práctica, pero siempre al interior del movimiento de masas” (**Agonía**, p. 33; cf. pp. 76 y 85-6), dando más importancia a las masas que a los cuadros selectos y a la formación democrática que a la disciplina autoritaria, nació “como un proceso dentro de la estructura de la sociedad y con arraigo en las clases fundamentales de la sociedad” (A. Melis, en **Marka**, 6-12-80, p. 15). Si bien se distinguía claramente del pluriclassismo populista de Haya por la hegemonía proletaria orientada al socialismo, se diferenciaba igualmente del obrerismo cerrado de la Tercera Internacional por su carácter popular abierto a los campesinos, artesanos e intelectuales; su base social la constituían “las masas obreras y campesinas organizadas” (**Partido**, 149) dentro de un mismo proyecto revolucionario.

Tal concepción del partido chocaba igualmente con las posiciones de Haya y de la Tercera Internacional: se oponía a la transformación del APRA en partido, por

motivos personales que hacían degenerar y abortar la grandeza de este movimiento “en una vulgarísima agitación electoral” (citado en **Partido**, p. 148); pero era también ajena a la “concepción sectaria del partido” (**Partido**, p. 155) proletario que contradecía teóricamente y obstaculizaba prácticamente toda política coherente de frente único anti-capitalista y anti-imperialista. Pues, dentro de la orientación revolucionaria clasista, dirigida por el proletariado rumbo al socialismo, se podía y se debía retomar la perspectiva de participar en un frente amplio de masas que no podía dejar de “abarcar distintas tendencias” (Melis, *Marka* 4-12-80, p. 15). Le correspondía precisamente al partido “de clase” la tarea de “recomponer sobre la base de nuevas definiciones ideológicas y políticas el campo social ahora fragmentado” (**Partido**, p. 146): era necesario para ello “un tipo nuevo de organización, no populista, pero sí popular, que colocada en la perspectiva ideal y política de la clase obrera, fuera capaz de aglutinar a su alrededor a un vasto movimiento de masas, movilizad o política y nacionalmente en torno a un definido propósito de transformación revolucionaria” (**Partido**, p. 150).

Para una organización de este tipo, el problema político fundamental no consistía primero en construir un aparato burocrático previo o en definir *a priori* esquemas tácticos rígidos o modelos estratégicos pre-establecidos a los que adecuarse lo más disciplinadamente posible. En vez de elaborar mensajes y de difundir consignas desde arriba, había que analizar y contribuir a crear “las condiciones para que pueda formarse y desarrollarse una voluntad colectiva nacional-popular” (Orígenes, pp. L-LI; cf. **Partido**, p. 161) en las masas mismas. La construcción del partido se **subordinaba** así conscientemente a la “irrupción en la vida nacional de un movimiento social autónomo, homogeneizado por un mito de regeneración de la nación peruana, capaz de constituirse en una voluntad colectiva y de devenir Estado” (**Partido**, p. 142). De ahí, desde dentro y desde abajo, podía y debía surgir una organización política partidaria, para canalizar y unificar, estimular y orientar este movimiento de masas en su proceso de estructuración y organización autónoma e independiente, respetándolo en su espontaneidad heterogénea y múltiple; “estimulando (el partido) el desarrollo de ese movimiento, combatiendo sus momentos corporativos, elevando los niveles de conciencia de las vinculaciones entre la lucha local y el movimiento general” (**Partido**, pp. 166-167) es cómo podía actuar sin manipulación vertical. Y se comprende entonces, en estas perspectivas, el famoso “optimismo de la acción” para el que “la confianza en el futuro no reposa en las leyes de la dialéctica, ni en los condicionamientos de la economía”, ni siquiera en una pretendida “línea correcta” partidaria, “sino en las voluntades colectivas” (*Agonía*, p. 14). La actitud revolucionaria se queda hasta el final militante y “agónica”, “tremenda y dolorosa batalla por crear un orden nuevo” (citado en *Agonía*, p. 88), un orden socialista. Ahora bien este orden nuevo, que no puede ser sino el de la autonomía y del reconocimiento entre los individuos socializados, empieza a forjarse desde ahora y dentro de la misma lucha, en la medida en que las masas se vuelven sujeto y protagonista de su historia, empezando a “comprender que su suerte está en su lucha, en su capacidad de organización y de decisión” (Aricó, *Que hacer*, p. 109).

UNA IMAGEN NUEVA

Hasta aquí una lectura personal, analítica y ordenada, de algunas interpretaciones recientes e importantes en torno a Mariátegui. Mi hipótesis —patente ya en el modo mismo de la exposición— es que hay en esos trabajos suficientes elementos de **convergencia** como para constituir un piso común que permita una comprensión renovada de la obra y del pensamiento de Mariátegui. Vale la pena, por lo tanto, reunir y explicitar brevemente los “resultados” logrados para poner de relieve esta nueva imagen del Amauta que empieza a dibujarse.

A nivel de la **metodología**, dos puntos me parecen particularmente significativos: 1) el esfuerzo por comprender la figura y la personalidad del hombre Mariátegui dentro de las condiciones objetivas en las que se desarrolló, o sea dentro de su contexto histórico propio, tanto nacional como internacional; 2) el intento de ligar siempre, sin confusión pero igualmente sin separación, el estudio historiográfico del pasado y la preocupación por aclarar y orientar el presente, o sea la historia por hacer.

En cuanto al marxismo, hay cierto consenso en poner el acento —con razón, a mi juicio— sobre el carácter original que reviste en Mariátegui: metodológico, dialéctico y práctico, histórico y creador, nacional y popular, opuesto a toda petrificación dogmática, cientificista y/o burocrática. Eso, sin duda, no es absolutamente propio de Mariátegui: hay suficientes figuras dentro del marxismo europeo —una Rosa Luxemburg o un Gramsci, un Lukács o un Korsch— que han comprendido y vivido el marxismo de una manera semejante, alternativa a la burocratización y a la catequización oficial. Pero lo singular de Mariátegui es haber iniciado esta “creación heróica” en el contexto de América Latina y enfrentándose con los problemas específicos de este continente.

Tratando, en efecto, de producir un marxismo teórico-práctico “cuya vocación era el enraizamiento en la realidad nacional” (R. Paris, “Mariátegui y Gramsci”, ponencia de Sinaloa, trad. O. Terán, p. 5), Mariátegui fue llevado, respecto de la **realidad peruana**, a inaugurar una investigación propiamente dialéctica, atenta en particular a la articulación específica, compleja y desigual, de elementos heterogéneos dentro de una misma formación económico-social. Habría que desconfiar de los esquemas y de las explicaciones demasiado generales que intentaban proyectar o deducir la vida nacional-popular a partir de una razón universal. A este camino dogmático y especulativo habría que preferir el camino histórico que parte de la particularidad propia para elevarse paulatinamente hacia la universalidad concreta; la tarea consistía entonces en explorar, a todos sus niveles efectivos, nacionales y regionales, la complejidad socio-histórica de una realidad latinoamericana problemática y por crear.

De ahí una **estrategia revolucionaria** con carácter propio, ajena a todos los modelos pre-fabricados, distinguiéndose en particular de la rigidez “etapista” ortodoxa:

no había que pensar primero en una fase de revolución democrático-burguesa previa a la revolución socialista, bastaba con abocarse a la tarea de mostrar teórica y prácticamente la actualidad de un proyecto socialista auténtico, capaz de abarcar y de resolver el conjunto de los problemas nacionales. Esta opción decididamente socialista no soñaba con acciones golpistas o insurreccionalistas inmediatas. Tampoco invitaba a buscar una transición larga necesariamente legal y pacífica hacia el socialismo; se conformaba con indicar que la única alternativa fundamental de la época pasaba entre el orden capitalista e imperialista por un lado y la creación socialista por el otro. Sin entrar en precisiones “proféticas” al respecto, Mariátegui advertía solamente, en la teoría y en la práctica, el carácter necesariamente integral y radical de un verdadero proceso socialista revolucionario: no bastaba con tomar el poder, asaltando y conquistando las instituciones del aparato estatal; había también y simultáneamente que modificar desde la raíz las relaciones sociales, sustituyendo el predominio de la vieja oligarquía y de la moderna burguesía por la creación de una alternativa hegemónica global del pueblo, a la vez política y cultural.

Y, para tal tarea, era necesaria e imprescindible una **organización partidaria**. Pero no en la forma clásica de una pretendida “vanguardia” iluminada dirigiendo —o manipulando— vertical y burocráticamente a la clase que dice “representar”; a este modelo heterónomo que actúa desde afuera y desde arriba debía oponerse la **autoorganización** democrática de las masas populares. Se ha notado al respecto, y con cierta razón, que “un partido político es, por fuerza, a la vez resultado y punto de partida del movimiento de masas” (C. Lévano, *Marka* No. 154, p. 23), o sea que se debe simultáneamente politizar a las masas y masificar el partido. Pero, si no puede dejar de ser dialéctica la relación entre espontaneidad popular y conciencia organización partidaria, hay en ella una **primacía** que, para Mariátegui, la tenía claramente el movimiento de masas. Lejos de ser concebido como un fin-en-sí o como una realidad absolutizada y fetichizada, el partido aparece en esas perspectivas como una fracción interna a la clase, un medio o una herramienta que permite a los trabajadores levantarse conscientemente como sujeto político, como protagonista activo de la historia nacional: sobre la base de la espontaneidad popular respetada en su autonomía múltiple, a partir de la red compleja y pluridimensional de sus instancias e instituciones organizativas, le toca al partido emprender un proceso paciente de canalización y articulación, de coordinación y orientación, para dar forma de proyecto político y nacional a las aspiraciones populares. Pero, en tal perspectiva, lo decisivo no es ya tanto “cómo se constituye el partido”, sino más profundamente “cómo se unifica el movimiento de masas” (Aricó, *Que hacer*, p. 109) en su búsqueda y en su forja de una alternativa revolucionaria socialista.

En todos esos aspectos, lo que tiende a aparecer es en todo caso una figura **singular** y específica que escapa a los esquemas y modelos **a priori**, que se muestra irreductible, en particular, a los intentos de recuperación tanto por parte del APRA como por parte de la Tercera Internacional stalinista; pues es verdad, que, en su pugna por reivindicarlo y asimilárselo, “ni apristas ni comunistas hicieron esfuerzo alguno por reconstruir la originalidad de su pensamiento” (Orfígenes, XXII).

Vemos así, en primer término, que “emerge desde el interior y como una escisión del mismo movimiento del que habrá de surgir poco después el Partido Aprista” (**Partido**, p. 143). Y de este **movimiento aprista** sabe recoger los mejores valores: el reconocimiento del campo específico de la realidad latinoamericana y peruana y la aspiración a su regeneración integral, material y moral, social y nacional, mediante la conformación de un bloque nacional-popular integrado por las masas indígenas y cimentado por los intelectuales. Pero sabe también romper tajantemente con él, cuando el frente de masas tiende a convertirse en partido pluri-clasista liderado por las capas medias (1928), y no vacila entonces en denunciar el carácter eminentemente ambiguo de este reformismo típicamente pequeño-burgués, a lo mejor nacionalista y populista, pero incapaz de alzarse a perspectivas claramente socialistas y revolucionarias.

Del otro lado, es cierto que se declara abiertamente marxista-leninista, que insiste en afiliarse al Partido Socialista que funda a la Tercera Internacional, y que sigue ubicándose en ella hasta el final, por representar ella en ese entonces la dimensión mundial imprescindible del proyecto revolucionario. Pero “si bien la revolución era un fenómeno mundial, no había un centro desde el cual tuviese que desarrollarse en el mundo... al que hubiera que subordinarse y del que hubiese que esperar las teorías y las consignas” (Flores Galindo, en **El Caballo Rojo** del 18-04-82, p. 13); la universalidad no era un punto de partida, sino de llegada, que implicaba una creación plural y múltiple a partir de las especificidades nacionales, del mundo indígena y de la cultura andina en el caso del Perú. Empeñado en este esfuerzo por “imponer el respeto hacia la peculiaridad de cada situación nacional sin ninguna confianza en las recetas pre-constituídas” (A. Melis, en **Mariátegui y la Literatura**, Amauta, p. 132) no llegó a romper con la Internacional stalinista, pero mantuvo dentro de ella una postura difícil discrepando con las orientaciones oficiales en puntos sustanciales que, si bien no deben ser exagerados, tampoco han de ser minimizados o atenuados sistemáticamente. Y es que no se trataba solamente de problemas sueltos (clase contra clase, cuestión nacional, etc.), sino más profundamente de **estilo** y de **línea**: la búsqueda de una herramienta metodológica y concreta (Mariátegui) se hacía más difícil a medida que la Internacional se volvía más monolítica y no podía dejar de chocar con un marxismo devenido en teoría dogmática, cabalgando sobre una realidad que pretendía dominar, y que como tal habría perdido “la posibilidad de fecundar activamente a la praxis porque él mismo ya no era expresión consciente de esa praxis” (J. I. López Soria, “La teoría en el movimiento revolucionario peruano”, en: **Sociedad y Política** No. 11, p. 38). Esta última batalla, interrumpida por la muerte, contra la creciente tendencia del comunismo ortodoxo a una dogmatización burocrática y oportunista, nos deja frente a una incógnita: pues no podemos adivinar cómo Mariátegui hubiera tratado de seguir concretando en la lucha esta heterodoxia dentro de la tradición o esta herejía dentro del dogma que le gustaba sostener paradójicamente.

De todas formas, intelectual europeizante, deformado y malogrado por el comunismo internacional para unos (apristas), o marxista heterodoxo, indigenista y/o po-

pulista o aprista de izquierda para otros (comunistas), José Carlos Mariátegui se nos aparece más bien como un revolucionario entero y creador que supo dar gérmenes de auto-conciencia revolucionaria, teórica y práctica, al movimiento popular peruano todavía en proceso de constitución. Ahora bien, ¿quiere decir eso que esta nueva figura logre un consenso unánime? No, por supuesto. Y es que, además de ser una imagen entre otras —y que seguirá siendo combatida por los incondicionales de cualquier bando—, ella no deja de suscitar a su vez, entre los intérpretes aludidos, ciertas discrepancias que abren nuevas interrogantes.

UN DEBATE ABIERTO

Un primer punto de discusión podría darse en torno al problema clásico de la relación entre el individuo y su medio. La tendencia de Quijano y Germaná (igualmente de J. I. López Soria en el artículo citado anteriormente) va a privilegiar las condiciones **objetivas** y su dinámica propia, de tal suerte que los individuos (por ejemplo, Mariátegui o Haya) son solamente el producto y la expresión de movimientos sociales; de este modo la grandeza de Mariátegui consistiría en haber traducido teóricamente los avances y las aspiraciones del movimiento popular revolucionario, mientras que Haya habría hecho lo mismo para las capas medias reformistas. Aricó y Flores Galindo, sin negar el peso de la ubicación socio-histórica, me parece que subrayan más —con razón, creo yo— el aporte a la vez crítico y creador de la **subjetividad** individual cuya responsabilidad ineluctable es tomar distancia respecto de lo vivido, para poder juzgarlo e influir activamente sobre su orientación. Entre el reflejo pasivo y la creación arbitraria, se busca un enfoque dialéctico del papel del sujeto humano —individual y social— dentro de la realidad histórica.

En cuanto al marxismo mismo, lo que está en juego es el tipo de relación que se da en Mariátegui entre una **metodología** marxista de interpretación-acción socio-histórica y una **“concepción del mundo”** que remite explícitamente a fuentes no marxistas y a inspiraciones metafísicas y hasta religiosas. Para algunos (Quijano), esta dualidad se debe a cierta ignorancia y ausencia en el Amauta de las dimensiones filosóficas del marxismo y hace falta entonces “dejar bien en claro que los componentes metafísicos del pensamiento de Mariátegui son contradictorios con el marxismo” (J. I. López Soria, en **Análisis** 10, p. 109), ya que saben peligrosamente a un irracionalismo del que se han nutrido sobre todo tendencias fascistas. Me parece evidente al respecto que Mariátegui, por ejemplo, no tenía una formación filosófica comparable digamos, a la de Gramsci y que le hubiera tal vez permitido sospechar que no hay contradicción, dentro de un marxismo vivo, entre su reivindicación de una integralidad independiente y su carácter abierto. Pero, aun así, hace falta preguntarse, creo yo, si no será precisamente la **carencia** al respecto del marxismo establecido (aun con sus fundamentos epistemológicos) la que explica y legitima en gran parte la apertura cultural y la búsqueda “metafísico-mística”, por cierto heterodoxa, de Mariátegui. Y considero que el mostrar así, de hecho, que existe un conjunto de problemas (artísticos, ideológicos, etc.) para los que el marxismo oficial no tiene —y, de repente, no tiene por qué tener— respuestas directas no va en contra de la necesaria coherencia marxista: indica solamente que su autonomía teórico-

práctica, que remite a una ubicación social consciente, es resueltamente abierta a la búsqueda de una razón más integral, creadora y movilizadora. Dejar a corrientes y a pensamientos no-marxistas el privilegio de esta apertura creadora me parece que sería una verdadera lástima.

Sobre la realidad peruana, la necesidad de pasar por investigaciones concretas y dialécticas conduce a su vez a una interrogante central: este tipo de investigación, que ha de explorar la articulación compleja y específica de la totalidad (en última instancia mundial) y de la particularidad (social, regional y nacional), ¿se debe hacer principalmente en función del sistema **estructural** imperante, con el riesgo de que "los procesos históricos asuman un carácter automático que pareciera ocurrir sin actores" (G. Rochabrún, **La Revista** No. 5, p. 19)? Frente a este peligro de cierta obnubilación por el juego de los mecanismo estructurales, parece conveniente prestar más atención a las luchas concretas de las **clases** sociales como protagonistas históricos que dan al campo nacional su fisonomía propia y original.

Pero las cuestiones más fundamentales, más actuales y más difíciles a la vez, son las que nos remiten a la estrategia revolucionaria, a sus actores y a su organización, a la relación que se da dentro de ella entre el problema **clasista** y el problema **nacional**. A costa de cierta simplificación, se podría decir que es el problema de la articulación o de la contraposición entre reforma y revolución el que se va perfilando allí, según se ponga énfasis (Aricó, Flores Galindo) en la necesidad de forjar pacientemente una voluntad colectiva nacional-popular capaz de plasmarse en un (contra) bloque revolucionario potencialmente hegemónico y alternativo, o según se insista (Quijano, Germaná) en la actualidad de la ruptura revolucionaria que exige de la clase proletaria una orientación claramente socialista y rebelde a todo compromiso con el nacionalismo populista de los sectores pequeño-burgueses. Pero antes de precisar un poco más esta oposición, su alcance y su significado, valé la pena, creo, señalar que ella nos lleva otra vez a la interpretación que se da de las relaciones entre Mariátegui, el APRA y la Tercera Internacional.

Entre las dos líneas de interpretación a las que aludimos, hay acuerdo para reconocer que el socialismo marxista de José Carlos Mariátegui se diferencia claramente tanto del reformismo nacionalista del APRA como del burocratismo dogmático de la Comintern stalinista. Sin embargo, podemos notar ya que el **acento** es distinto: me parece que Quijano y Germaná centran su interpretación en la matriz **socialista** anti-aprista del pensamiento mariáteguiano, mientras que Aricó y Flores subrayan más fuertemente su orientación **nacional-popular** opuesta al sectarismo obrerista del comunismo ortodoxo. Pero hay también otra diferencia, y tal vez más fundamental, que remite al método y al estilo. En un caso (Quijano, y más Germaná) se tiene la impresión de una diferenciación casi meramente **lógica** que opone, por razones de principio, los intereses revolucionarios del proletariado a las aspiraciones reformistas de la pequeña burguesía (APRA) y a la práctica oportunista de la burocracia stalinista; tomando así el carácter de una disyuntiva tajante, la ruptura del pasado remite a una opción presente que se esfuerza en distinguir pura y nítidamente la radicalidad del socialismo revolucionario respecto de las ambigüedades y vacilacio-

nes de tipo populista y revisionista. En Aricó y Flores, me parece que se respeta más la complejidad del proceso **histórico** concreto; se recuerda así que “la polémica entre Haya y Mariátegui, entre el aprismo y el socialismo, entre la reforma y la revolución, es una polémica que transcurre al interior del campo popular” (Flores-Burga, **Apogeo**, p. 195) y no todavía en la forma antagónica que iba a asumir posteriormente. La ruptura de hecho entre reforma y revolución, o entre nación y clase, se ve más como un “desencuentro trágico” que como una depuración saludable; de ahí que da lugar a la búsqueda por la actualidad de caminos de superación dialéctica. Con lo que queda finalmente bien claro que, en ambos casos, la referencia a la historia pasada sirve para tratar de orientar mejor la historia presente.

Se puede tal vez reducir a tres puntos fundamentales los aportes básicos elaborados y subrayados por el equipo de **Sociedad y Política** (Quijano, Germaná, etc.) en la línea de Mariátegui: 1) mostrar que el proceso de industrialización creciente, impulsado por las nuevas necesidades del capitalismo imperialista, lleva a cierta depuración clasista de la problemática social, tocándole cada vez más al **proletariado** y a su(s) organización(es) mostrarse como “el sujeto colectivo revolucionario por excelencia” (J. I. López Soria, **Análisis** 10, p. 110) colocándose en el primer plano de las luchas populares y “conquistando la dirección de las masas explotadas” (**Reencuentro**, p. 117); 2) desmitificar, como Mariátegui lo había hecho frente a Haya, las ilusiones populistas y reformistas que, por miedo a la radicalidad revolucionaria y socialista, mantienen el viejo “sueño de contar con una burguesía nacionalista en cuyo carro sumarse” (Quijano, **Sociedad y Política** No. 11, p. 91) y destacar positivamente, en esta misma línea, que la lucha nacional y anti-imperialista no puede ser conducida y orientada consecuentemente sino desde perspectivas clasistas claramente **anti-capitalistas**, las únicas que pueden atacar el mal (dependencia) a partir de su raíz (capitalista): “para los trabajadores y los revolucionarios socialistas, los problemas nacionales no pueden ser enfocados sino desde la perspectiva de los intereses de clase y en modo alguno a la inversa. Sólo desde esa posición puede tratarse los problemas nacionales despojándolos de su envoltura misticada por la ideología burguesa” (Quijano, **Sociedad y Política** No. 11, p. 11); 3) recalcar, al nivel de la meta de las luchas revolucionarias, que no se trata de buscar cambios o modificaciones dentro del orden y de la legalidad burguesa, sino de oponerle una **alternativa** revolucionaria global y radical que destruya el aparato estatal existente y lo sustituya por el poder autónomo de los trabajadores asociados. Ahora bien, esta legítima y saludable insistencia sobre la autonomía clasista y la orientación socialista del movimiento revolucionario, si tiene la ventaja de desenmascarar la ambigüedad constitutiva de los proyectos vagamente nacionalistas, populistas y desarrollistas, me parece que se queda un poco corta para indicar **cómo** el proletariado puede construir esta alternativa revolucionaria, que ha necesariamente de tener una figura y un alcance popular y nacional. Y en esta línea considero más sugerentes las pistas señaladas por Aricó y Flores Galindo.

Para estos últimos, en efecto, es una alternativa falsa y una disyuntiva peligrosa la que consiste en oponer como contradictorios el radicalismo puro del socialismo

revolucionario y el realismo pretendidamente “reformista” de un bloque nacional popular por construir; lo cual se puede mostrar tanto a nivel social como a nivel político. 1) A nivel **social**, se debe desconfiar del mito de “la” clase obrera o “del” proletariado industrial como realidad monolítica y “único soporte de las transformaciones sociales en un sentido socialista” (Aricó, **Marx y América Latina**, CEDEP, p. 75); pues el sujeto revolucionario real no puede ser una clase sola, sino el **pueblo** concreto, o sea el conjunto, en gran parte heterogéneo y múltiple, de las clases subalternas y de las masas proletarizadas. Lo que es fundamental no es una especie de purismo obrerista, sino la **dirección** hegemónica del proletariado que ha de probarse en su capacidad de articular un proyecto socio-histórico que pueda aglutinar y movilizar en perspectivas revolucionarias y socialistas este conjunto del pueblo-nación, partiendo de sus formas organizativas autónomas para ir convirtiéndolo en sujeto político. 2) A nivel **político**, se comprende entonces que la revolución no puede darse sino como un proceso singular e irreplicable dentro del campo **nacional** y popular específico; y eso no significa en absoluto capitular frente a las manipulaciones nacionalistas y populistas, sino oponerles precisamente un proyecto socialista alternativo que sepa reivindicar “lo democrático, lo nacional y popular” (Portantiero, **Que hacer**, No. 14, p. 60), que sepa retomar, asumir y superar, desde la autonomía de las clases subalternas, lo que estas manipulaciones encubren y desfiguran, o sea la exigencia de formar un pueblo organizado, consciente de su tradición histórica propia y abierto a una solidaridad universal con los pueblos hermanos del mundo igualmente encaminados hacia un socialismo genuino. En breve, de lo que se trata es de superar, dialectizándolas, las **falsas disyuntivas**: del socialismo y de la democracia (popular), del socialismo y de la nación, del radicalismo revolucionario y del realismo “reformista”. Entre los extremos unilaterales de una oposición “reformista” que aspira solamente a cambiar de gobierno, mas no de sistema, y de un “revolucionarismo” que sueña con una ruptura simple y definitiva, la actitud realmente revolucionaria es la que sabe trabajar paciente y cotidianamente en construir una hegemonía nueva, en la perspectiva de una alternativa a la vez global y radical, simultáneamente socialista y nacional.

* * *

Mariátegui hoy, así reza el título de este intento de balance; pero, como se ha precisado, se trata solamente de algunas interpretaciones actuales de Mariátegui. Y ahí está la paradoja con la que quisiera terminar: que, precisamente para actualizar verdaderamente el legado del Amauta, más allá de la simple erudición objetiva, debemos también respetar la **distancia** que nos separa de él y que nos impide hablar en su nombre. El mundo ha cambiado, el Perú ha cambiado, la revolución está por pensarse y por hacerse en condiciones distintas. Que podamos hallar en la vida, la obra y el pensamiento de Mariátegui una fuente no agotada de inspiración creadora, ¿quién podría negarlo? Como se ha indicado, “el reavivamiento del interés por Gramsci, por la política y la cultura, por José Carlos Mariátegui y el problema nacional, deberían construir una plataforma renovada para comprender al país y ga-

narlo a una posibilidad revolucionaria en vez de sacrificarlo a ella" (G. Rochabrún, *La Revista* No. 5, p. 20). Pero eso se podrá hacer sólo a condición de renunciar a utilizar a Mariátegui como una figura sagrada e intocable. Hemos de restituirlo lo más honradamente posible a su tiempo y a sus conflictos, a su dimensión humana e histórica, a su búsqueda agónica, solidaria y solitaria a la vez, de un mundo nuevo, para poder enfrentar nosotros también, con la responsabilidad autónoma y **arriesgada** que implica toda creación, las tareas que nos competen para seguir forjando un movimiento popular revolucionario; y para estas tareas, teóricas y prácticas, no existe ni puede existir ningún modelo absoluto y tampoco ninguna garantía exterior y objetiva, sea religiosa o histórica, política o científica.

NOTAS

1. José Ignacio López Soria: "La vuelta a Mariátegui". En *Análisis* No. 10, p. 110. El trabajo que aquí presento estaba ya prácticamente terminado cuando pude leer esa interesante reseña consagrada a los libros de Flores-Galindo y Quijano. El lector podrá apreciar las coincidencias y las discrepancias; de todas formas, no creo inútil insistir en un tema de importancia y actualidad, para tratar de avanzar y profundizar en el debate abierto.

LA MINERÍA, LAS CLASES SOCIALES Y LA INDEPENDENCIA DEL PERU *

José Deustua

Existe un cierto consenso entre los científicos sociales latinoamericanos en considerar los procesos de Independencia nacional como fenómenos parciales, limitados. Es decir, que si bien lograron romper las ataduras políticas de sometimiento colonial con las metrópolis ibéricas, no significaron procesos de liberación y transformación nacional que hubieran cambiado la estructura social interna de las nacientes repúblicas, ni su pesada herencia colonial¹. Es más: esta permanencia colonial se sintió en algunas regiones y países con mayor intensidad que en otros²; en los Andes por ejemplo, a diferencia de los países y regiones litorales (recuérdese que el siglo XIX es el siglo de las economías-puerto).

En este sentido es lógico suponer que el proceso de Independencia no produjo la formación de Estados nacionales que representasen y hegemonizasen al conjunto de la nación (cabría preguntarse si ésta existía), o mejor, al conjunto de los habitantes y clases sociales componentes del espacio recién delimitado de las nuevas repúblicas latinoamericanas. Antes bien existió un amplio proceso de integración subregional, impuesto desde arriba y propugnado por un Estado dictatorial, que llegó más o menos hasta 1828 teniendo como ejes de realización el Congreso de Panamá, la formación de la Federación de los Andes, las Provincias Unidas del Río de la Plata y las Provincias Unidas de América Central; y luego, una aguda fragmentación del espacio territorial y el orden social de América Latina que produjo la descomposición del Estado como poder moral y coercitivo que organizaba a la población y el territorio. Desde ahí hasta mitades del siglo XIX, según los casos, el poder estuvo regional y personalmente dividido en muchas cúpulas burocráticas, sociales y militares, que dieron origen a la imposibilidad de organización y autoridad estatal. Este fenómeno es concurrente con una debilidad económica y una tremenda diferenciación entre las clases sociales, que es la que explica la incapacidad de articular proyectos socia-

* El presente artículo fue una ponencia enviada al XIV Congreso Latinoamericano de Sociología, convocado por la Asociación Latinoamericana de Sociología y realizado en Puerto Rico en octubre de 1981.

les en una sola voluntad colectiva, nacional y popular. A la incapacidad de plasmarse un poder nacional sucedió concomitantemente un proceso de desintegración espacial, social, económico y político que sancionó concluyentemente la no formación de la nación y, consecuentemente, de un Estado nacional.

En el caso peruano esta incapacidad se muestra con una particular agudeza por varios motivos. a) En primer lugar por el hecho de que los ejércitos que combatieron por la Independencia nacional fueron ejércitos foráneos; b) Porque Lima al haber sido centro de la dominación colonial en América del Sur por más de dos siglos, teniendo muchos beneficios y prerrogativas por ello, había engendrado una aristocracia colonial renuente a la Independencia y obsecuente defensora del orden establecido; c) Este hecho implicó la no existencia de caudillos nacionales; los pocos patriotas que insurgieron y conspiraron contra la dominación colonial (Riva Agüero, Torre Tagle) no tardaron en claudicar, aliándose con el Virrey español a condición de mantener el control del poder. Así, se traiciona la nacionalidad por el hecho de mantener y consolidar la nueva estatalidad que se origina; d) No existió un nuevo sector económico emergente, junto con una clase social que como clase hegemónica fuera producto del mismo y que, al querer continuar en el disfrute de sus beneficios en las nuevas condiciones de intercambio comercial libre propugnado por Inglaterra en el orden internacional y por el desarrollo de la revolución industrial y el mercado mundial capitalista en tránsito del proteccionismo al liberalismo, sustentara una nueva forma de ordenamiento económico nacional³.

Sin embargo existió una excepción en el Perú, y ésta fue la zona central andina, la sierra central donde desde 1770 tuvo lugar un proceso de crecimiento económico ligado al desarrollo de la minería, por el cual se fue consolidando una fracción social, una emergente "burguesía" minera que progresó con el avance de esta actividad económica. Pero esta "burguesía" minera tuvo serias limitaciones para su desarrollo debido a las restricciones que le impuso el Estado colonial, de ahí que estuviera totalmente subordinada en las instituciones creadas para impulsar la minería, durante y luego de la implementación de las **Nuevas Ordenanzas**. Sufrió también la sujeción de financistas y comerciantes quienes le facilitaban los créditos o insumos y compraban sus productos, como lo ha señalado John Fisher⁴.

Empero, el proceso de Independencia, que como se conoce se decidió en las batallas de Junín y Ayacucho en 1824 luego de que el Ejército Libertador se sostuvo en la sierra central, liberó a este sector social de las imposiciones coloniales y le permitió una apertura económica. Sobre todo por el decaimiento de las fracciones tradicionalmente dominantes; por ejemplo los comerciantes y financistas limeños ligados al aparato estatal, tales como los representados en el Tribunal del Consulado, quienes se vieron amenazados por la competencia que le impusieron las nuevas casas comerciales (inglesas y francesas) que se instalaron en Lima⁵. Este hecho fue

acompañado por la apropiación de tierras y minas que dejaron los exilados españoles, la que aún no está suficientemente demostrada⁶, y por la generosa participación de este sector social en las campañas finales de la lucha por la Independencia⁷, lo que le supuso recompensas político-militares. Desaparecidas las barreras que la oficialidad colonial imponía al desarrollo minero de la zona, se dejaba entrever el “despegue” de este sector económico. Sin embargo, nuevas y viejas limitaciones demuestran que el entrampe económico era propio de sus particulares condiciones sociales de producción, antes que de medidas gubernamentales. Además los estragos de la guerra dejaron un hábito de destrucción y abandono en la zona. Así, la discusión de por qué la emergente “burguesía” minera de la sierra central no logró hegemonizar al conjunto de la nación peruana y consolidarse como eje aglutinador del nuevo orden económico, social y político, implica discutir el papel de la minería como sector de la producción articulado a un mercado y al desarrollo nacional a partir de la sierra central, durante y luego de la Independencia nacional.

1. EL ESTADO DE LA CUESTION Y LA IMPORTANCIA DE LA MINERIA EN EL NACIMIENTO DE LA REPUBLICA.

Dentro de los conocimientos que se tienen de la historia económica y social del Perú, la minería en el período inmediatamente posterior a la Independencia es un tema totalmente olvidado. No existe ningún trabajo que se refiera directamente a él, ni tampoco existen menciones consistentes en los diversos estudios que se han realizado sobre la historia nacional del siglo XIX. Sólo se conocen trabajos generales sobre la minería republicana, que enfatizan sobre todo en el siglo XX, y trabajos también generales de historia económica y social. Cito, por ejemplo, el caso de los cuatro tomos de la obra del ingeniero Mario Samamé Boggio *El Perú Minero*, un estudio de carácter general. De los cuatro libros, sólo el primero se refiere a la **Historia**, y de éste, escasas 45 páginas versan sobre la minería peruana en el período 1821-1883, abarcando rubros como el salitre, el guano y los ferrocarriles luego de 1840, que escaparían al tema de la producción de metales entre 1820 y 1835 que es el que nos interesa⁸. Esta obra, sin embargo, es la más calificada sobre el tópico referido.

En el caso de los que han escrito sobre la historia económica y social del siglo XIX, son dignos de destacar los trabajos de Heraclio Bonilla (*Guano y Burguesía en el Perú*, IEP, Lima 1974; *Gran Bretaña y el Perú, los mecanismos de un control económico*, IEP, Lima 1977; *Un siglo a la deriva; ensayos sobre el Perú, Bolivia y la guerra*, IEP, Lima 1980), Pablo Macera (sobre todo sus *Trabajos de Historia*; INC, Lima, 1977), Shane Hunt (*Price and Quantum Estimates of Peruvian Exports, 1830-1962*. Woodrow Wilson Center, Princeton, 1973) y Ernesto Yepes del Castillo (*Perú 1820-1920: un siglo de desarrollo capitalista*, IEP, Lima, 1972). Tanto en los estudios de Bonilla como en los de Macera las referencias a la historia minera del XIX

son casi inexistentes, menos aún hay una preocupación por ella en el período anterior a 1840. En el primero de los nombrados se debe a que su interés central ha sido el desentrañar ese momento de mucha actividad económica que fue la época del guano, como en explicar los mecanismos del comercio exterior que vincularon al Perú con el mercado internacional. En el caso de Macera, sus estudios republicanos centralmente han versado sobre la agricultura nacional, ya sea la azucarera o la algodonera.

Los estudios de Shane Hunt y Ernesto Yepes sí consignan referencias a la minería peruana, pero éstas no son las esenciales para sus respectivos trabajos. Hunt quiere mostrar la evolución económica general del siglo XIX peruano, utilizando índices de los más diversos productos, uno de los cuales es el de la plata. Además comienza su análisis en 1830, sin mencionar la crisis de la Independencia. Por otro lado sus fuentes no consisten en documentos manuscritos de primera mano, sino en memorias e informes oficiales, así como libros de la época (un uso similar de esas fuentes lo han realizado Thorp y Bertram para su estudio de la economía peruana, incluida la minera, en el siglo XX; y Elizabeth Dore para su estudio de la minería peruana en la época contemporánea⁹). Finalmente el estudio de Ernesto Yepes también tiene referencias a la minería peruana en el siglo XIX, pero de igual manera indirectas y tomando como fuentes los **Anales de la Hacienda Pública** de Emilio Dancuart, y la tardía **Estadística** de 1878.

Es paradójico que frente al desconocimiento que se tiene del tema, la magnitud de su importancia le sea inversamente proporcional. Es decir, es un aspecto central de la economía y sociedad peruana en el nacimiento de la República. Según cita Luis Benjamín Cisneros en un libro publicado en 1866, la composición de las exportaciones en 1820 se dividía de la siguiente forma:

Minería	3'254,000	pesos
Agricultura y Ganadería	3'000,000	pesos ¹⁰

· De igual modo, de las estadísticas de Shane Hunt se puede colegir que entre 1830 y 1836 el índice de exportación de plata superaba el 50% del índice total de exportaciones peruanas¹¹.

Algunas muestras más nos confirman esta trascendental importancia que tenía la minería para la economía nacional en el período inmediatamente posterior a la Independencia. Los Ingresos de la Tesorería General del Perú entre julio y diciembre de 1822 fueron los siguientes:

1. Quintos de barras de plata labrada y oro, incluidas las fundiciones del Banco de Rescate	76,700	pesos
2. Estanco de Nieve	3,750	pesos
3. Composición de pulperías	4,500	pesos
4. Cajones de Palacio	1,737	pesos
5. Tomas de razón	1,000	pesos
6. Sellos de pasaportes y títulos	2,600	pesos
7. Productos de bulas	4,000	pesos
8. Derecho de anclaje y tonelaje	9,000	pesos
Total	103,287	pesos

Fuente: Archivo General de la Nación, Sección Histórica Ministerio de Hacienda, Tesorería General, OL 40, caja No. 6, f. 133.

Es decir, como podemos ver, la minería producía el 74% de los ingresos de la Tesorería General de la República en el año inmediatamente posterior a la jura de la Independencia, cuando la crisis económica y militar aún no estaba resuelta y Cerro de Pasco, el principal centro minero del país entonces, era lugar de refriegas bélicas. Aunque debemos remarcar que fruto del proceso de la Independencia, el otro rubro importante de los ingresos fiscales, la contribución de indígenas, había sido suprimido. Lo que explica la supremacía tan abrumadora del rubro “Quintos de plata y oro” en el cuadro precedente.

Con respecto a las Contribuciones Generales de la República —según mención que Ernesto Yepes realiza de los **Anales** de Emilio Dancuart— en los primeros años de la República la Casa de Moneda, principal receptora de la producción minera del país, aportaba 1'230,000 pesos al Fisco, constituyendo el rubro más alto de los ingresos fiscales. Muy por encima de la Contribución Indígena (el segundo rubro en importancia) que alcanzaba 1'033,402 pesos¹². En resumen, la minería jugó un rol esencial dentro de las exportaciones nacionales y el ingreso fiscal, en términos generales, dentro de la estructura económica y social peruana entre 1820 y 1840. Se constituyó en uno de los ejes básicos del funcionamiento de la sociedad y Estado peruanos, en un momento en que la crisis del sistema colonial configuraba la posibilidad de un nuevo orden social; y sin embargo, el desconocimiento que se tiene de ella es casi total.

Es pertinente mencionar sin embargo, que sí existen una serie de estudios sobre la minería colonial, los que constituirían la base precedente para nuestras preocupaciones¹³. Los trabajos son numerosos en relación directa a la importancia que esta actividad económica tuvo para el funcionamiento y desarrollo de la sociedad colo-

nial. Pero en ésta el centro minero de Potosí ocupó el lugar principal, siendo el eje de la acumulación económica así como el ordenador de una serie de espacios económicos diversos en función de su abastecimiento. Este predominio no sólo se quiebra con la crisis minera desde mitades del siglo XVII, sino más aún con la separación de Potosí del territorio que comprendía el virreynato peruano, producto de las reformas borbónicas de Carlos III y la creación del virreynato del Río de la Plata.

Un reciente libro, el de John Fisher, ha mostrado que desde mitades del siglo XVIII la minería peruana descansaba sobre todo en el potencial del cerro de Yauricocha en Cerro de Pasco. Esta es la base sobre la que se va a asentar la minería republicana en la post-independencia. Sin embargo el estudio de Fisher transcurre entre los años 1776 y 1824, es decir, termina en el borde del tema que a nosotros nos interesa tratar. Además, él esboza la hipótesis de la crisis minera republicana, basándose en sus datos que alcanzan sólo hasta el año de la batalla de Ayacucho (1824). De ahí concluye la tremenda paralización minera luego de los sucesivos enfrentamientos bélicos ocurridos en Cerro de Pasco. Para nosotros esta formulación es parcial; los datos de Mariano de Rivero, Director de Minería en las décadas de 1820 y 1830, y los ya mencionados de Shane Hunt, conllevan a pensar en sólo una crisis coyuntural entre 1821 y 1825, y una posterior recuperación que alcanzaría su punto más alto en 1842 cuando el país llegaría a producir 514, 588 marcos de plata, algo así como el 70% de los promedios de producción de Potosí durante la época colonial. En todo caso la discusión de si hubo o no crisis minera en la época republicana posterior a la Independencia, sería uno de los principales problemas a resolver.

La preocupación por la minería, durante y luego de la Independencia nacional, nos obliga a preguntarnos por las clases sociales que sustentaron y disfrutaron de los beneficios de esta actividad económica, y el tipo de Estado que se generó al amparo de la misma. No es que pretendamos negar el enorme peso económico y social de las formas de producción agrícolas como sostén de la sociedad y el Estado peruano, sino que queremos destacar esta otra área olvidada por la historiografía nacional, cuyas características dinámicas y mercantiles, ligadas a la circulación del capital-dinero le otorgan una peculiar importancia.

Una tesis reciente, ha sustentado además, que fue una emergente burguesía agrario-minera, cuyas bases materiales se encontraban en la zona central del país (Cerro de Pasco, Yauli, Huarochirí, Yauyos, etc.), la que combatió decididamente en el proceso de Independencia con el fin de "romper el sistema de los monopolios coloniales"¹⁴. El que desde Lima se controlara el proceso de producción en sentido amplio, de la minería de la sierra central, tanto por los comerciantes y financistas como por las instituciones oficiales del Estado colonial, generó una tensión social que tuvo agudas consecuencias, aunque con algunos atenuantes: la gran masa indígena, trabajadores independientes y dependientes, de minas, haciendas y comunidades, no optó por ninguna de las dos fuerzas en pugna. "Aunque ellos (los emergentes nuevos propietarios mineros y agrarios) estuvieron profundamente insatisfechos con el sistema colonial, en términos de clase los insurgentes tenían más en común con la élite colonial que con los campesinos"¹⁵.

Entonces, como hemos mencionado, el análisis de la actividad minera entre 1820 y 1835 lleva directamente a la discusión sobre las clases sociales que participaron en el proceso de Independencia nacional, las que no lo hicieron y las que se le opusieron; de la misma manera que al tipo de Estado que se generó como resultado de esta encontrada dinámica social¹⁶.

2. LA HIPOTESIS PRINCIPAL: CONTINUIDAD ANTES QUE CAMBIO

Nuestra hipótesis central parte de una pregunta básica. ¿El proceso de Independencia nacional ocurrido entre 1820 y 1824, produjo cambios trascendentales en la estructura de la actividad minera peruana, en la conformación de clases sociales y en la naturaleza del Estado nacional? ¿El relativo auge minero, luego de 1825, permitió la consolidación de una nueva clase social basada en la riqueza que provenía de esta actividad económica, la que impuso su hegemonía al resto de las clases sociales y a nivel del Estado nacional? Es decir, la pregunta inquiriere sobre la profundidad de las transformaciones que el proceso de Independencia provocó en la sociedad peruana desde un punto de observación determinado, la minería.

Respondemos a esta interrogante, con la afirmación —todavía al nivel de las hipótesis— de que en el caso de la minería los cambios no fueron trascendentales, manteniéndose las mismas características productivas que en el período anterior. Sin embargo, esta afirmación supone negar dos problemas verdaderamente delicados; primeramente, si hubo o no transferencia en la propiedad de las minas con la salida de los españoles y, segundo, preguntarse sobre la dimensión del impacto de la abolición de la mita en el aprovisionamiento de mano de obra para las minas.

En el estado actual de nuestros conocimientos, nos parece que sí existió transferencia de propiedad, pero que no fue tan importante como supone Florencia Mallon. Además, la transferencia de la propiedad de las minas no implicó el cambio en la calidad de éstas, es decir, de la pequeña a la gran minería o viceversa, ni en el nivel de la producción social, sino solamente en la nacionalidad de las mismas. Desde 1820, y aún antes, los nuevos propietarios serían criollos nativos y luego ingleses, sin que esto conllevarse transformaciones en las condiciones de producción. El crecimiento que se constata en la producción minera entre 1825 y 1842 sostuvo a una nueva clase social emergente, pero que tuvo serios límites para consolidarse y reproducirse cada vez en mejores condiciones. Tenemos la impresión de que no hubo revolución económico-tecnológica, simplemente una nueva coyuntura en el mismo modo de producción.

Esta afirmación se relaciona con la segunda cuestión. La mita servía para abastecer de mano de obra indígena sobre todo a Potosí y Huancavelica y, en menor medida, a Huarochirí, por ejemplo. Como bien se conoce, Potosí desde 1776 pasó a pertenecer al virreynato del Río de la Plata. Sólo transitoriamente, como consecuencia de la Independencia de Buenos Aires, volvió a estar bajo la jurisdicción del

virreynato peruano, para finalmente terminar dentro de los límites de la nueva República de Bolivia. La desaparición de la mita en Potosí, que se sucede simultáneamente con estos cambios políticos, tiene que ver, por lo tanto, más con las transformaciones de la economía y sociedad boliviana, que con la peruana¹⁷.

En el caso de Huancavelica, la crisis que le sobreviene desde 1786, luego del derrumbe que se produce ese año fruto de la explotación intensiva y la excavación de los soportes de la famosa mina de Santa Bárbara, acabó por relegarla a un segundo plano sin que logre recuperar en la República sus niveles de producción coloniales¹⁸. De esta manera la mita pierde sentido y su abolición solo es un elemento más entre los varios que le acontecen durante su decadencia. Finalmente, un mayor impacto ha debido sentirse en la producción minera de Huarochirí, cuya relativa importancia económica decrece durante el tránsito de la Colonia a la República. Sin embargo, el hecho de que la importancia numérica y económica de la mita minera sea mucho menor que en los sitios anteriormente mencionados, disminuye su trascendencia.

Es necesario destacar, como complemento, que ya entonces la mano de obra libre o “de los mingados” era un importante componente de la fuerza de trabajo minera. No todas las minas de Potosí, ni las de Huancavelica, hacían uso de la mano de obra mitaya; habían muchas que dependían exclusivamente de los “mingados”. Enrique Tandeter menciona que fue la renta mitaya la que les permitió un margen de excedente mayor a los mineros con mita en Potosí, mientras que los otros sufrían esta desigual competencia. La abolición de la mita, entonces, simplemente supuso la desaparición de este privilegio, situándose la competencia económica minera dentro de nuevos términos¹⁹.

En el caso del Cerro de Pasco, la fuerza de trabajo que posibilitó el auge minero ocurrido a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, no fue la mano de obra mitaya. Cerro de Pasco sólo dispuso de este tipo de mano de obra para la construcción del socavón de Yanacancha. Este hecho nos lleva a plantearnos el problema del tipo de relaciones de trabajo existentes en la minería peruana y su transformación o permanencia, producto del proceso de Independencia nacional.

Suponemos que con el establecimiento de la República se continúa esa especial forma de trabajo compulsiva, semejante y antecesora del “enganche” de finales del siglo XIX, que existió en Cerro de Pasco y otros lugares sobre todo desde mitades del siglo XVIII. Esta forma consiste en la captación de mano de obra por la vía de la imposición tributaria. El adelantamiento de numerario o el pago de salarios monetarios era el mejor medio para atraer la mano de obra, la que, una vez en el centro minero, se veía inmersa en una red de mecanismos que impedían su salida. Son reiterativas, sin embargo, las referencias que dan los mineros sobre “la escasez de mano de obra”, tal como lo hace la Junta de Mineros de Puno en 1827²⁰. También hemos encontrado menciones a una forma de renta en producto que vendría a ser la labor del “caccheo”, es decir que el trabajador divide su jornada semanal en dos partes, una primera que le corresponde al propietario de la mina y la otra que constituye su

remuneración. Esta forma tiene un parecido con el método de producción existente en Potosí antes de la adopción del proceso de la amalgama²¹. Y es posible imaginar, finalmente, que si el minero era, a su vez, propietario de haciendas, no le resultaba difícil establecer formas de permutar el trabajo servil agrícola por el trabajo minero. En este último caso, el problema laboral nos llevaría a preguntarnos por la relación existente entre la propiedad minera y la propiedad agraria y la complementación que podían tener ambos procesos productivos.

Tenemos algunas evidencias de que ambos procesos productivos se daban interrelacionados, es decir, que casi se convertían en un solo proceso de producción y trabajo. En 1827 Agustín Zambrano era propietario y laboraba las minas y haciendas de Chinche y Pomanparos contando para ello con 36 trabajadores entre operarios y arrieros. Igual ocurría con José de la Colera, quien aparte de disponer de 63 trabajadores era dueño de la Mina del Cerro, la de Urcos y las haciendas Uchuco y Santa Rosa²². Estando el Cerro de Pasco ubicado en el extremo norte de lo que hemos denominado la sierra central, en la confluencia de los macizos andinos que da lugar al nudo de Pasco, se puede pensar que estamos frente a una situación particular. Situado sobre los 4,300 metros de altura sobre el nivel del mar, obviamente el medio ambiente resulta inhóspito para la vida del hombre y el desarrollo de la agricultura. De esta manera los mineros del Cerro de Pasco llevaban a moler sus minerales y poseían haciendas en las quebradas que cortan el lugar, Quiulacocha, Tullurauca y Pucayacu²³. De ahí que los hombres de la época inventaran un significativo término para llamar a este tipo de propiedades, la "hacienda mineral".

Sin embargo, en los casos de Morococha y Casapalca, en el ramal occidental de los Andes centrales, la situación era similar. En la estepa de Morococha también sobre los 4,000 metros de altura sobre el nivel del mar, la propiedad de la hacienda de pastos Tuctu o Morococha daba lugar al aprovechamiento de las minas que estaban ubicadas dentro de sus linderos. Así, entre 1760 y 1860, es decir a través del siglo, los propietarios Martín de Bidegaray, Pedro Ignacio Iriarte y Carlos R. Pflucker fueron dueños de "los pastos de Tuctu" y por ende de las minas de Morococha. Igual ocurrió con las haciendas Casapalca y Bellavista, "con sus pastos de Carancongá y Roldan y sus minas"²⁴.

Empero es cierto, como las referencias lo dejan entrever, que la complementación predomina en el sentido de unificar a las minas y a las estancias ganaderas, antes que a minas y haciendas agrícolas, sobre todo en las zonas geográficas de puna como es el caso de Cerro de Pasco, Morococha y en parte Casapalca. Esto es debido, además, a que el ganado, en especial los camélidos, constituía un medio indispensable de transporte para la actividad minera andina, claro que no mejor que las mulas provenientes sobre todo del noroeste argentino. De esta forma la demanda minera de animales o bienes-salario se satisfacía con la producción ganadera y agraria y, a su vez, la producción de metales, sobre todo plata, servía como fuente para los gastos monetarios de las estancias y haciendas. Esta disponibilidad de plata, o si se quiere, de mercancía-dinero, además, es la que explica las sucesivas transferencias de

propiedad en la sierra central y ese grado de mercantilización de las relaciones sociales en que pronto se vieron inmersas las comunidades campesino-indígenas. Mercantilización que diferenciaba a la sierra central, como región y como mercado regional en formación, de las otras zonas andinas del país, mucho más atrasadas y estacionarias en su desarrollo económico-social.

Todo este esbozo de la situación económico-social de la sierra central, observado desde el punto de vista de la minería, supone que la producción de la plata se llevaba a cabo en pequeñas unidades productivas de tipo familiar que, como dijimos, no posibilitaban cambios en las condiciones sociales de producción que hubiesen significado una evolución hacia la gran propiedad minera, la producción en gran escala y, por consecuencia, un proceso de acumulación originaria en tránsito al surgimiento del capital productivo. La pequeña empresa minera, familiar y poco productiva en el sentido de maximizar beneficios con inversiones monetarias, fluctuaba entre aquella que apenas disponía de 4 operarios y aquellas otras, las más grandes, que podían contar con 143, 195 y 302 trabajadores, como fueron los casos únicos de Cesareo Sánchez, Miguel de Otero y José Apotino Fuster en 1827. Sin embargo el promedio se encontraba entre los 20 y los 40 operarios²⁵. Debo añadir, además, que esta incapacidad de transformación cualitativa de los niveles de producción se debía no tanto a la falta de capital monetario como a la inexistencia de una infraestructura física y social indispensable para la producción y reproducción del capital productivo exclusivamente minero. Infraestructura que debía estar compuesta de una red de vías y medios de transporte y comunicación, efectivos, rápidos y cuantiosos, que sirviera para la introducción así como para la expulsión de mercancías; una tecnología adecuada y prontamente generalizable; una masa de fuerza de trabajo suficiente, desligada de sus tradicionales medios de producción y vida y dispuesta a la asalarización en la producción minera; y la abundancia de insumos necesarios que tendrían que haberse abaratado y generalizado en su uso, tales como los recursos energéticos y el mercurio. Para lograr estas precondiciones el esfuerzo material hubiese sido de tal magnitud que los beneficios recién podrían haberse manifestado mucho más tarde, al punto que ante esta rentabilidad marginal del capital negativa era preferible mantenerse en el mismo nivel de producción y beneficios rentísticos, con algunas leves mejoras. De esta forma, las transformaciones no se sucedieron porque históricamente no podían ser.

3. COMO CONCLUSION, ALGUNAS SUGERENCIAS

En el estado actual de nuestros conocimientos aún no podemos dar un juicio concluyente sobre la interacción en términos sociales, económicos y políticos entre el desarrollo de la minería entre 1820 y 1835 y el surgimiento del Estado independiente en el Perú. Pero sí podemos hacer algunas sugerencias que parten de la evaluación anteriormente realizada.

Nuestra primera conclusión sería un interrogante, antes que una afirmación terminante —que para ser justos le pertenece a Antonio Gramsci— de respuesta cierta-

mente negativa, ¿podía haber existido una reforma política sin un cambio en las condiciones materiales de producción? Esto no nos debe llevar a negar la especificidad y el peso de la acción político-militar, como acción creadora; pero sin una nueva base material ¿qué se podía esperar del nuevo orden? Un nuevo Estado, el Estado nacional, no podía surgir donde no hubiesen las bases materiales para ello. La minería peruana, con sus características particulares y su relativo auge entre 1825 y 1842, no las creó por las múltiples limitaciones que tuvo. ¿Un sector económico de raigambre regional y basado en la renta podía dar origen a un mercado nacional, a una base económica nacional que integrara el país y creara el Estado nacional? Obviamente no. El Estado nacional no surgió porque no existían las precondiciones necesarias para ello. Habría que esperar una nueva coyuntura económica, social y política, que se originaría con las masivas exportaciones de guano, desde 1840, para intentar una segunda prueba.

Sin embargo se dieron los primeros pasos para la conformación de un eje regional de acumulación económica que tenía como centro al polo minero²⁶. Eje regional que al serlo impidió su generalización y extensión nacional. El Perú para entonces era más un entrecruzamiento de espacios económico-sociales diversos e inconexos que una sola configuración nacional. El Estado, por tanto, era expresión de este "mélange" de regiones socio-económicas y fracciones de clase (en ascenso y descenso social) antes que de una voluntad nacional colectiva.

La gesta militar fue, por esto también, una expresión más regional que nacional. Cuando el Ejército Libertador, al mando de José de San Martín, se trasladó a finales de 1820 y comienzos de 1821 de Pisco a Huaura, el norte costero, azucarero y de antigua pujanza económica, apoyó decididamente la Independencia. Las ciudades de Trujillo, Lambayeque, etc. juraron la Independencia y permitieron que el hasta entonces aislado Ejército Libertador gane un enorme espacio político a su favor. La incursión de Alvarez de Arenales, en el lapso de estos sucesos, a la sierra central tuvo también una feliz conclusión, luego de derrotar a las tropas realistas en Cerro de Pasco y sembrar de guerrillas toda la zona. El norte costero y la sierra central pasaron, entonces, a ser ejes de la lucha por la independencia, mientras el sur andino, desde Ayacucho hasta Puno, servía de refugio al Virrey español que había abandonado Lima. En consecuencia, el futuro estudio del surgimiento de este nuevo Estado independiente, con una fuerte carga regional y no nacional, debe partir de las regiones mismas antes que de una ilusoria nación pre-existente.

NOTAS

1. Al respecto puede verse: Stanley J. y Barbara H. Stein: **La herencia colonial de América Latina**. Siglo XXI, México, 1970. Tulio Halperin: **Historia Contemporánea de América Latina**. Alianza editorial, Madrid, 1975. Bonilla, Chaunu, Halperin, Hobsbawm, Spalding y Vilar: **La independencia en el Perú**. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1981, segunda edición.
2. Cfr. por ejemplo John Lynch: **Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826**. Editorial Ariel, Barcelona, 1976; y Brian R. Hamnett: **Revolución y contrarrevolución en México y el Perú**. Fondo de Cultura Económica, México, 1978.
3. Algunas de estas ideas provienen del artículo de Heraclio Bonilla y Karen Spalding: "La Independencia del Perú: Las palabras y los hechos" en Bonilla et al., *ob. cit.*, 1981, pp. 70-114.
4. John Fisher: **Minas y mineros en el Perú colonial 1776-1824**. IEP, Lima, 1977.
5. Algunos casos para 1826 pueden ser la Casa de Nixon Macall y Compañía, la Casa de Cochran y Robertson, etc., véase Archivo General de la Nación (AGN) Sección Republicana del Ministerio de Hacienda (SRMH) PL 6; 8, 30 y 80.
6. Florencia Mallon y Nelson Manrique destacan el ejemplo de Francisco de Paula Otero, jefe militar patriota de la zona y próspero comerciante, minero y terrateniente. Sin embargo he encontrado algunas evidencias de continuidad en la propiedad de tierras y minas que deberían ser contrapuestas a las anteriores. Cito en los casos de las familias Yjurma e Ingunza, cuyas posesiones mineras se remontan al siglo XVIII y llegan al siglo XX. Véase Florencia Mallon: **The poverty of progress, the peasants of Yanamarca and the development of capitalism in Peru's central highlands, 1860-1940**. Yale University, 1980. Nelson Manrique: **El desarrollo del mercado interior en la sierra central, 1830-1910**. Taller de Estudios Andinos. Universidad Nacional Agraria. Lima, 1979. Para las familias citadas véase AGN, SRMH, PLG, 284B y AGN, SRMH, Impresos, Padrón General de Minas 1900.
7. La participación no sólo fue física, sino también económica. En noviembre de 1824 el Prefecto del Departamento de Huánuco, Pardo de Zela, le comunicaba al Ministro de Hacienda que su provincia había contribuido con 13,600 pesos aparte de que Huaylas lo había hecho con 3,600, Conchucos con 2,600, Huarí con 2,600, Cajatambo con 1,200, Huamalíes con 1,100 y Tarma con 3,600. Véase Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores (AMRE), 1824, Prefecturas de Departamento, Z-O-E.
8. Mario Samamé Boggio: **El Perú Minero**. Instituto Científico y Tecnológico Minero. Lima, 1979.
9. Rosemary Thorp y Geoffrey Bertram: **Perú 1890-1977. Growth and policy in an open economy**. Columbia University Press, Nueva York, 1978. Elizabeth Dore: **Accumulation and crisis in the peruvian mining: 1900-1977**. Columbia University, 1980. Otros trabajos sobre la minería del siglo XX serían el de Alberto Flores Galindo: **Los mineros de la Cerro de Pasco, 1900-1930**. Universidad Católica del Perú, Lima, 1974; Heraclio Bonilla: **El minero de los Andes**. IEP, Lima, 1974; y André Dewind: **Peasants become miners, the evolution of industrial mining systems in Peru**. Columbia University, 1977.
10. Luis Benjamín Cisneros: **Ensayo sobre varias cuestiones económicas del Perú**, Havre, 1866, p. 22.
11. Shane Hunt, *ob. cit.*, pp. 64-66, table 24.
12. Ernesto Yepes, *ob. cit.*, p. 43.
13. Mencionamos los de Guillermo Lohmann Villena "La minería en el marco del virreynato peruano"; Alvaro Jara "Tres ensayos sobre economía minera hispanoamericana", Santiago

- 1966; Manuel Moreyra y Paz Soldán "En torno a dos valiosos documentos sobre Potosí", Lima 1953; Alberto Crespo "La mita de Potosí", Lima 1955-56; Carlos Deustua "La minería peruana en el siglo XVIII", Lima 1969; y últimamente John Fisher: "Minas y mineros en el Perú colonial, 1776-1824", Lima 1977.
14. Florencia E. Mallon: "The poverty of progress. The peasants of Yanamarca and the development of capitalism in Peru's central highlands. 1860-1940". Yale University, 1980, p. 29.
 15. *Ibid*, p. 30.
 16. Al respecto es importante mencionar el rol que jugaron los arrieros, en especial los transportistas de mineral, que formaron parte de las partidas de montoneros durante la coyuntura de guerra. En algún momento llegaron a alcanzar un papel político de enorme relevancia, sobre todo frente a las repetidas crisis que se produjeron entre el Congreso Constituyente y los sucesivos Jefes de Gobierno, San Martín, Riva Agüero, Torre Tagle y Bolívar. Cfr. Raúl Rivera Serna: **Los guerrilleros del centro en la emancipación Peruana**. Talleres O.L. Villanueva, Lima, 1958; Ezequiel Beltrán Gallardo: **Las guerrillas de Yauyos en la emancipación peruana, 1820-1824**. s.p.d.i., Lima, 1977; Virgilio Roel: **Los Libertadores**. Editorial Gráfica Labor, Lima, 1971.
 17. Sobre el particular puede verse la tesis de Enrique Tandeter: **La rente comme rapport de production et comme rapport de distribution, le cas de l'industrie minière de Potosí, 1750-1826**. Ecole Pratique des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París, 1980.
 18. Sobre este tema puede verse, John Fisher *ob. cit.* pp. 156-160. Para la importancia y función del centro minero de Huancavelica en el período colonial, Carlos Contreras: **El Azogue en el Perú Colonial (1570-1650)**. Tesis, Universidad Católica del Perú, 1981.
 19. Cfr. Tandeter, *ob. cit.*
 20. Archivo General de la Nación, Serie Minería, legajo 72. Debo esta referencia a Alfonso Quiroz.
 21. Véase el artículo de Carlos Sempat Assadourian: "La producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial" en **Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina**. E. Florescano (editor), México, 1979, pp. 223-292.
 22. "Lista o matrícula de los Operarios de Minas y Haciendas según las razones que han presentado los mineros del Cerro de Yauricocha en esta Junta de Minas como aparece del Libro de su referencia". Cerro, setiembre 3 de 1827, AGN, Serie Minería.
 23. Mariano Eduardo de Rivero y Ustáriz: "Memoria sobre el rico mineral de Pasco (1828)" en **Colección de Memorias Científicas, Agrícolas e Industriales**. Tomo I, pp. 182-227. Imprenta de H. Goemaere. Bruselas, 1857.
 24. Archivo Legal Centromin (ALCM). Títulos de Propiedad (Haciendas). Morococha 1.5. Inscripción del dominio de la Sociedad Carlos M. Pflucker y Hermanos, 9/10/1899; y Casapalca y Bellavista 1.2. División y partición otorgada por doña Baltazar Castro viuda de García con doña Amalia García de Solís, 16/3/1891, folio 2. Obviamente ambos documentos hacen referencia a la historia de sus propiedades.
 25. "Lista o matrícula de los Operarios...". AGN, Serie Minería.
 26. La idea de un polo minero que sensibiliza las regiones económicas de su entorno lejano o cercano proviene de Carlos Sempat Assadourian: **El sistema de la economía colonial. Mercado interior, regiones y espacio económico**. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1982. Véase también Assadourian, Bonilla, Mitre, Platt: **Minería y espacio económico en los Andes, siglos XVI-XX**. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1980.

LA CAIDA DE BILLINGHURST: CRONICA DIPLOMATICA DE UN GOLPE DE ESTADO

María Cristina Rossel

Ernesto Yepes

BILLINGHURST Y LA REPUBLICA OLIGARQUICA CIVILISTA

Entre fines de 1913 y los primeros meses de 1914, Lima y algunas regiones del Perú conocieron una dinámica político-social de inusitada intensidad. Gobernaba el país en aquellos momentos Guillermo Billinghurst, una de las figuras más controvertidas del Perú moderno. Alabado, apoyado y seguido por unos, era, al mismo tiempo, odiado y atacado por otros contemporáneos suyos. La procedencia social de ambos bandos, sin embargo, marca una clara distinción; en el primer caso se trataba sobre todo de gente extraída de los sectores más populares de la población urbana que por aquel entonces presionaba de algún modo sobre el aparato político de las ciudades; en el segundo caso, sus detractores mayores provenían de los grupos propietarios más importantes del país, fundamentalmente de los vinculados al aparato mercantil-exportador capitalino, que tenían una de sus expresiones políticas más importantes en el Partido Civil.

Billinghurst asumió el poder en setiembre de 1912. De allí en adelante, conforme el tiempo fue transcurriendo, el conflicto entre los grupos propietarios liderados por el civilismo y el Presidente en ejercicio, se fue haciendo más y más agudo, principalmente en el Congreso, donde los primeros tenían una clara preponderancia. El rumor entonces comenzó a anteceder en cierto modo a lo que en el trasfondo se iba tejiendo: que un golpe militar estaba en marcha para derrocar al gobierno, que el gobierno consideraba la posibilidad de clausurar el Congreso, etc...

Del lado de Billinghurst, destacamentos populares apreciables —si los situamos en la época— no vacilaron en salir a las calles, voceando estentóneos su lealtad al Presidente. El 7 de enero de 1914, los representantes de la Confederación de Artesanos Unión Universal ofrecían a Billinghurst su incondicional apoyo frente a cualquier complot de parte de los grupos poderosos del país, sobre todo de los civilistas. Fuera de Lima, no tardaron en recibirse mensajes similares de Arequipa, Trujillo, Cuzco. El fervor popular era alto. En esta última ciudad, la muchedumbre llegó a alcanzar las diez mil almas.

Billinghurst no era revolucionario. No por lo menos de los que podríamos considerar como tales en los tiempos modernos. Era un hombre de los que se dice "de dinero". Hábil en los negocios, poseía un olfato político que no se avenía con el cerrado mundo de la oligarquía civilista. A primera vista podía parecer que se trataba simplemente de un conflicto entre él y la clase oligárquica capitalina. Un examen más cuidadoso mostrará, en cambio, los primeros atisbos de una dinámica nueva en el seno de un edificio social que se había complejizado más, tanto en la cúpula como en la base.

Fruto de ello era esta escisión en las clases dominantes y particularmente dentro del grupo propietario capitalino, así como la presión de sectores populares que si bien no cuestionaban aún la orientación de la economía mercantil exportadora ni el sustento de ésta en una estructura feudal-campesina, comenzaban a reclamar sí, un espacio político más amplio y algunas reivindicaciones laborales básicas.

Este era un fenómeno que aparentemente no podía tener cabida en las angostas fronteras que había trazado sobre el país el civilismo oligárquico. Y contra esos límites arreció una multitud urbana no sólo muy descontenta sino también muy desorganizada.

Que las masas apoyaban a Billinghurst, no cabe duda. El 3 de febrero de 1914, una movilización popular sin precedentes conmovió Lima. Se llegó incluso a distribuir un número seguramente no muy grande de armas en el local central de la Confederación de Artesanos. Para terror de muchos, ese día en las calles de la capital se escucharon disparos de fusil de manos no militares que saludaban con vigor el nombre de Billinghurst y demostraban con energía su sostén al gobierno. Cualquiera, incluido quizá el mismo Billinghurst, debió pensar que el Presidente podía dormir tranquilo... por lo menos mientras el soporte popular se mantuviera en esos niveles.

Pero la nuestra es, como siempre, una tierra impredecible. No se habían aquietado probablemente los últimos rumores de la agitada jornada del día 3, cuando con el apoyo de la noche, la guarnición de Lima marchó a Palacio. Apenas una débil resistencia de la guardia presidencial se ofreció a los amotinados. Al amanecer del día 4 de febrero de 1914, Billinghurst había sido ya depuesto, el ejército ocupaba Palacio... y prácticamente ninguna resistencia o respuesta popular se gestaba en las ciudades.

Del aparentemente vigoroso y bullicioso fervor popular no había la menor huella. Ninguna resistencia, ninguna contraofensiva, ningún plan de acción de mayor o menor envergadura contra el golpe. Quizá hasta los golpistas quedaron sorprendidos de la facilidad no sólo con que lo dieron sino cómo se mantuvieron luego en el poder.

Esto es más o menos un grueso resumen de lo que tradicionalmente se conoce de este fluido período político. Naturalmente, saltan a relucir una serie de preguntas claves: ¿qué pasó con las masas? ¿qué papel jugaron en la orquestación del golpe los distintos grupos propietarios? ¿qué intereses personificaba Billinghurst y por qué asumió una estrategia que lo llevaría al fracaso? Estas son apenas algunas de las interrogantes que en lo fundamental quedan aún por responder.

Las páginas que siguen están lejos de abordar siquiera una de esas temáticas básicas que esperan ser trabajadas. Modestamente, buscan echar algunas luces en relación a un punto muy específico: la perspectiva de algunos capitales extranjeros en Perú y de funcionarios de los gobiernos de Estados Unidos y de Gran Bretaña respecto a los acontecimientos y a los hombres del Perú de esa coyuntura histórica. Las fuentes utilizadas son materiales tomados de los **National Archives** de los Estados Unidos y del **Public Record Office** inglés. Naturalmente, los textos que se ofrecen no son sino una pequeña selección de los disponibles, pero —creemos— ofrecen una buena representación del conjunto en relación a la temática que nos preocupa en este caso.

* * *

CRONICA DIPLOMATICA DE UN MOVIMIENTO POPULAR

El que Billinghurst surgiera apoyado por los sectores populares urbanos no era un fenómeno nuevo en la historia política peruana. Un par de décadas antes, en una gran movilización popular, Nicolás de Piérola, había logrado derrotar después de una dura lucha armada nada menos que al héroe de la Guerra del Pacífico, al Mariscal Andrés A. Cáceres.

Pero esta vez se trataba de un contexto socio-económico muy distinto. Como hemos señalado en otro trabajo¹, la nueva dinámica mercantil iniciada a fines del siglo XIX había empezado a transformar no sólo parte del paisaje agrario —principalmente el costero— sino también la fisonomía de la urbe capitalina.

Billinghurst, con habilidad, había conseguido también el apoyo significativo de núcleos urbanos afectados por el desarrollo mercantil. Sectores que pedían mejores condiciones de trabajo, que demandaban disminuir jornadas de labor que pasaban las 12 o 15 horas diarias habitualmente. Para la oligarquía civilista —empapada de una visión señorial de las relaciones sociales— así como para el capitalismo extranjero —acostumbrado ya al uso de una mano de obra sometida a extensas jornadas de trabajo en condiciones deplorables— tal movilización resultaba sospechosa y preo-

cupante. De allí nació una actitud mezcla de temor y desprecio. Temor graficado más o menos explícitamente en estas palabras de un funcionario del Departamento de Estado: “La presente revolución (se refiere al golpe de Estado contra Billinghurst) parece haber sido apoyada por todos los mejores elementos de la República y que las masas tuvieron poco que ver con ella. Cuando Ud. toma en consideración que en un país de más de cuatro millones de habitantes, hay sólo cerca de cincuenta mil blancos o gente que puede siquiera leer y escribir, las masas han de ser muy temidas. Ellas son mayormente indios o cholos (una mezcla de negro, indio, chino, etc.) y son de lo más peligrosas cuando se sublevan. Para el nuevo gobierno, la falta de apoyo por parte de los Estados Unidos y de los países extranjeros, podría provocar una situación similar a la que existe en Méjico. Las clases más bajas del Perú están en un estado de ánimo peligroso y darles cualquier oportunidad sería propiciar una situación que pondría en peligro la civilización de la República.”². Esta visión, que encontramos incluida en una comunicación del Jefe de la División de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado, era compartida por buena parte de los altos oficiales de ese cuerpo. H. Clay Howard, desde la embajada norteamericana en Lima, escribía al Secretario de Estado en agosto de 1913: “Se informa que el Presidente —Billinghurst— tiene bajo su mando una turba compuesta de las clases criminales más bajas, penetradas de una mezcla de deslealtad española e india. Todos los americanos deben alegrarse de que nosotros no tengamos tal población.”³.

Billinghurst había conseguido el apoyo popular ofreciendo reivindicaciones que luego, ya instalado en el poder, fue presionado a llevar adelante. De modo entonces, que al asumir Billinghurst la presidencia, las expectativas populares se habían tornado aún más intensas. Muy pronto arreciaron las demandas, acompañadas de huelgas y paros.

El nuevo presidente, en tal contexto, empezó a actuar encontrándose —como era de esperar— con la oposición solapada o abierta del bloque civilista. Planteó así varias reformas a la legislación laboral vigente, disminuyó la jornada de trabajo para ciertos núcleos de trabajadores —histórico antecedente que benefició principalmente a los obreros portuarios—, incrementó las remuneraciones en ciertos casos y quiso — ¡tamaño sacrilegio!— modificar el amañado sistema electoral que manipulaba el civilismo.

Para el cerrado mundo mercantil de entonces la gestión de Billinghurst empezó a generar cada vez más encendido recelo y desconfianza. “Toda la clase trabajadora está ahora en estado de insatisfacción” señalaba el representante en el Perú de la Peruvian Corporation, para terminar advirtiendo premonitoriamente que ello podría ser sólo el preludio de una situación más peligrosa.

Para los hombres del Departamento de Estado era evidente que el compromiso de Billinghurst “con la causa de las masas en sus demandas por jornadas más cortas y más pago” era un asunto inaceptable para el mundo de los negocios. “El capital extranjero se quejaba que, desde un punto de vista económico, no era posible que el peruano trabajando ocho horas (pudiera) competir con el resto del mundo por

cuanto un europeo haría en ocho horas lo que un peruano haría en doce. Bajo Billinghurst, la clase trabajadora envalentonada por su apoyo, devino muy atrevida y absurda en sus demandas, amenazando la existencia misma de muchas empresas”⁴.

Estos conflictos de Billinghurst con el capital extranjero iban más allá de desacuerdos en relación a la fuerza de trabajo. Al parecer se dieron también oposiciones significativas en torno a intereses económicos específicos y a la forma de articulación de éstos con el Estado. “Estoy convencido” —escribía Albert Bryan, funcionario del Departamento de Estado, el día en que la oligarquía civilista y el ejército derrocaron finalmente a Billinghurst— “que un factor en su caída fue su política anti-americana y su negativa a echar a andar contratos hechos con americanos y otros intereses extranjeros. Durand, Senador por Huánuco, departamento por el cual pasará el Ferrocarril del Ucayali, planeó la revolución. El actual gabinete es decididamente pro-americano y estoy convencido de que nuestra demora en el reconocimiento ofenderá a este nuevo gobierno, pondrá en peligro seriamente las grandes empresas de negocios proyectadas por americanos en el Perú, tales como el Ferrocarril del Ucayali, los proyectos de irrigación de Rohrer y Bates, el préstamo considerado por el gobierno, etc., inversiones que representan \$ 40,000,000, y que nosotros perderíamos muchísimo prestigio con nuestro tradicional amigo de Sudamérica. Si ésta fuera una revolución de tipo ordinario, apoyada por gente ávida de puestos y revolucionarios profesionales, la situación sería diferente, pero, como lo he señalado en un memorandum anterior, este movimiento contra Billinghurst representa a los mejores elementos en el país y prácticamente a todos los partidos”⁵.

Como es de suponer, no todo el capital extranjero tenía una apreciación similar sobre Billinghurst. Para algunos, como Bruce Douglas, por ejemplo, director de la firma tealera **Horniman & Company** y residente en Londres en aquel entonces, las actitudes que Billinghurst demostraba hacia el capital americano en ciertas ocasiones, debían ser vistas en otra perspectiva. El no creía que se trataran de actos de hostilidad, sino que más bien por ser el Presidente un hombre “sensible y patriota” buscaba, no perjudicar a Estados Unidos sino velar de la mejor forma posible por los intereses de su nación. Después de todo —argüía— “¿no habían tratado los argentinos de no depender únicamente del capital inglés, ampliando el abanico de las inversiones extranjeras dentro de su país?”.

Pero ya la suerte estaba echada. A los 16 meses de haber asumido la presidencia en medio de un fervor popular intenso, Billinghurst fue derrocado por una conspiración civil-militar, auspiciada y dirigida por la oligarquía civilista. Como preludio a treinta años futuros de dominación represiva total, la oligarquía civilista que había hecho de la oposición al militarismo caudillesco una de sus bases doctrinarias, toca la puerta del cuartel, soborna y convierte al ejército en un cómplice político para retomar el poder. Este es el antecedente del futuro civil-militarismo que desde 1933 hasta la segunda mitad de la década de 1950 impondría la oligarquía en el Perú.

Lo que generalmente llama la atención en los acontecimientos de 1913 es la relativa facilidad con que los golpistas desalojaron a Billinghurst de Palacio de Gobier-

no. Señalábamos líneas atrás cómo estaban aún flotando en el ambiente los vítores y proclamas de la multitud que desafiante desfilara por las calles cuando —horas más tarde— los conjurados tomaban el poder sin encontrar durante ni después del golpe resistencia significativa. Tal rapidez y tal actitud de las masas resultaban a primera vista imposibles de precisar. Para el gobierno chileno, por ejemplo, vivamente interesado en los asuntos del Perú en vista de los problemas limítrofes pendientes y derivados de la Guerra del Pacífico, la situación había augurado más bien un largo y borrascoso conflicto civil de consecuencias imprevisibles. Era la oportunidad de imponer orden a un país débil, arrasado por el caos y la incapacidad de gobernarse. En tal sentido, el gobierno chileno despachó de Valparaíso rumbo a Arica un crucero de guerra, el “Zenteno”, con la finalidad de proteger los intereses chilenos en esta ciudad... y también los demás intereses extranjeros en peligro.

El 12 de febrero de 1914 el Embajador norteamericano en Santiago, envió un delicioso informe a su gobierno en el que con lujo de detalles analizaba las verdaderas motivaciones del gobierno chileno detrás de aquel gesto⁶. Así, describe cómo inicialmente fue citado al Ministerio de Relaciones Exteriores de Santiago, donde el Ministro le comunicó haber informado a los principales países europeos del envío del crucero “Zenteno” al Perú “con el principal propósito de proteger los intereses chilenos, aunque si se deseaba podría también proteger intereses extranjeros.” Luego —prosigue el informe— “habló del hecho de que no hubiera barco norteamericano a diez días de navegación del Callao y que Chile sentía su deber actuar (en tales circunstancias). Me indicó claramente que su gobierno recibiría gustoso un pedido de nuestro gobierno para proteger los intereses americanos.” A los ojos del Embajador, el Ministro chileno estaba realmente complacido con lo actuado, pues consideraba que con ello su gobierno “había aprovechado una excelente oportunidad para dar a conocer al mundo que Chile era un país organizado, listo y capaz de salvaguardar intereses neutrales allí donde éstos estuvieran amenazados por una revolución”. Días después, el representante norteamericano tuvo otra entrevista, esta vez con el Presidente de la República de Chile. Allí el mandatario le comunicó que había ordenado el retorno de la nave a Valparaíso, dando por cerrado el incidente. Haciendo un balance de lo ocurrido, el Embajador americano concluía que el gobierno chileno indudablemente había querido aprovecharse de los disturbios que agitaban al Perú, prejugando temprana y erróneamente que algo así como una guerra civil era inevitable, lo que a su juicio le había justificado actuar de tal modo, pero “la rapidez con que las condiciones de normalidad fueron restablecidas, sin embargo, y la aparente aquiescencia de la opinión pública peruana con respecto al nuevo orden, alteraron completamente la situación”.

Pero éste no fue el único incidente en el que el fantasma de Chile se asomó ligado a los acontecimientos de esta época. En el Perú, los enfrentamientos entre fracciones o personalidades, rara vez se hacen frontalmente. En cambio, en ausencia de grandes batallas, es la tarea de zapa, de satanización del enemigo, la forma de lucha. En el caso de Billinghurst, las clases propietarias no vacilaron en propiciar una campaña que señalara a aquél como pro-chileno, como agente —prácticamente— del país del sur. Cargo grave éste en momentos en que el Perú no había aún restañado

sus heridas de la Guerra del Pacífico, en que todavía estaba pendiente el problema de Tacna y Arica, etc. Una muestra de los epítetos lanzados contra Billinghurst la encontramos en los párrafos de una carta enviada por un ciudadano peruano al Departamento de Estado: "El —Billinghurst— mancilló su investidura oficial al firmar un tratado secreto con Chile, acordando ceder a ese país una de nuestras regiones más valiosas, los departamentos de Tacna y Arica. Se supone que la (suma) considerada es de diez millones de dólares oro. Presumimos que él —el ex-Presidente— y sus amigos, intentaron hacer que este dinero fuera depositado en sus cuentas individuales en algún banco en Europa. Dichos departamentos poseen un tonelaje ilimitado de nitratos y ese es el secreto del soborno"⁷.

Este tipo de rumores evidentemente hizo mella en los sectores profesionales del ejército que no actuaban en complicidad directa con el civilismo. Además los militares tenían sus propios agravios corporativos respecto a Billinghurst. Y es que el civilismo oligárquico en su afán de burocratizar al ejército y someterlo al poder civil hubo de ser generoso con él, destinando un 25% del presupuesto nacional a gastos militares. Billinghurst, con el razonamiento muy simple de que más provechoso que comprar un costoso armamento era alimentar, vestir y dar mejor vivienda a aquéllos que con su vida iban a luchar en defensa del país, redujo tal asignación a un 21% y amenazó con reducirlo aún más.

Cuando llegó el golpe militar en la capital, las clases propietarias no disimularon su euforia. Del lado de los sectores populares, probablemente el escaso nivel de desarrollo político, de autonomización de sus intereses respecto del resto de las clases, de organización, etc., explica en parte cómo es que detrás del vocinglero entusiasmo de las jornadas callejeras previas al golpe, no hubiera en realidad un sustento orgánico efectivo, una política previsora frente a acontecimientos cuyo desarrollo no era muy difícil suponer se desencadenarían tarde o temprano.

Del lado del capital extranjero, y singularmente del Departamento de Estado, el entusiasmo frente al futuro después de caído Billinghurst no podía ser mayor ni más explícito: "El presente gabinete, tal como lo ha constituido Durand (uno de los líderes del golpe) es pro-americano... y debe contar con nuestro sincero apoyo."

Para concluir, quisiéramos insertar un texto proveniente del Departamento de Estado norteamericano y que nos permitirá quizá entrever su juicio en torno a quiénes eran estos hombres y qué méritos tenían para despertar tan encendido entusiasmo. El texto, un poco extenso, habla por sí solo y se remite a los principales actores implicados directamente en el golpe a Billinghurst:

"Augusto Durand, el líder del movimiento, es Senador por Huánuco, provincia a través de la cual pasará el proyectado Ferrocarril del Ucayali. Ha sido (personaje) prominente en la política peruana durante muchos años y es uno de los fundadores del Partido Liberal. Cuando el Sr. Billinghurst subió al poder hubo mucha especulación acerca de cómo se llevarían él y el Sr. Durand, ya que el Senador Durand ejercía considerable poder. El Senador, naturalmente, está bastante interesado en la concesión del Ucayali y cuando el Sr. Billinghurst dijo que nunca firmaría la trans-

ferencia de esta concesión, el antagonismo inmediatamente empezó a desarrollarse. Obtuve esta impresión a partir del Senador Silva Santisteban, otro Senador por Huánuco, a quien conozco muy bien y también de parte de aquellos interesados directamente en la concesión del Ucayali. Se me informó en julio, antes de dejar Lima, que Billinghamurst tendría dificultades si no firmaba esta transferencia ya que Durand estaba dispuesto a hacer problemas. Por supuesto, esto podría haber sido un rumor sin importancia en esa época, pero los hechos recientes demuestran lo que estaba en el ambiente. El Senador Durand es un hombre muy rico y controla prácticamente la producción de coca (planta de la cual se hace la cocaína) en el Perú. De él se puede decir que representa a la clase gobernante básica, (y posee) un profundo conocimiento de la política y de las condiciones políticas. Puede considerársele como pro-americano.

El Coronel Oscar Benavides, educado en Francia, de acuerdo a la información, pertenece a una de las familias más aristocráticas del Perú. Es un oficial del ejército regular y de porte alto. Un poco antes de mi partida de Lima, él retornaba del Putumayo como un héroe nacional, al haber derrotado con su regimiento un gran destacamento de tropas colombianas. Es un hombre joven, bien educado y se desempeñará como un excelente Ministro de Guerra y Marina. Es popular entre la tropa del ejército así como también con los elementos más aristocráticos de la República.

J. Matías Manzanilla, Ministro de Relaciones Exteriores, es uno de los hombres más brillantes en la República. Tomé un curso de economía política dictado por él en la Universidad de San Marcos, por lo tanto, pienso que estoy en condiciones de hablar acerca de algunas de sus ideas. El es decididamente pro-americano y consciente de la necesidad del capital americano para desarrollar su país. Tiene ideas avanzadas con respecto a las necesidades de su patria y durante sus muchos años de ejercicio como Diputado en la Cámara Baja del Congreso se hizo de una gran reputación como orador. Comprensivo, cordial, amable y con gran popularidad personal entre todas las clases, será un Ministro de Relaciones Exteriores de lo más exitoso. Sin duda, su compromiso con la causa de los revolucionarios dio a ésta considerable fuerza y dignidad” 8.

NOTAS

1. Ernesto Yepes: Burguesía y gamonalismo en el Perú. En: **Análisis, Cuadernos de Investigación**, No. 7, Enero - Abril 1979. Lima.
2. Departamento de Estado, División de Asuntos Latinoamericanos, Memorandum de Albert W. Bryan a Bingham, 5 de febrero de 1914. Incluido en comunicación de Boaz W. Long (Jefe de la División de Asuntos Latinoamericanos) al Secretario de Estado, 19 de febrero de 1914. 823.00/-.
3. De H. Clay Howard al Secretario de Estado. Lima, 3 de agosto de 1913. 823.00/111.
4. Departamento de Estado, División de Asuntos Latinoamericanos, Memorandum de Albert W. Bryan a Bingham, 5 de febrero de 1914. (823.00).
5. Departamento de Estado, División de Asuntos Latinoamericanos, Memorandum de Albert W. Bryan a Boaz W. Long (Jefe de la División de Asuntos Latinoamericanos), 12 de febrero de 1914. 823.00/123.
6. Legación Americana en Santiago, Chile. 12 de febrero de 1914. 823.00/138.
7. De Antonio Mármol, College Park, Maryland, a William Jennings Bryan, Secretario de Estado. 11 de febrero de 1914. Mármol se presenta en esta carta como un peruano cuyo padre ocupó la cartera de Relaciones Exteriores en el Perú. 823.00/126.
8. Departamento de Estado, División de Asuntos Latinoamericanos, Memorandum de Albert W. Bryan a Bingham, 5 de febrero de 1914. Incluido en comunicación de Boaz W. Long (Jefe de la División de Asuntos Latinoamericanos) al Secretario de Estado, 19 de febrero de 1914. 823.00/ -.

PASADO Y PRESENTE EN LA CONCIENCIA POPULAR: LA MEMORIA COLECTIVA DEL CAMPESINADO IOUEÑO*

María Teresa Oré

INTRODUCCION

En medio de un arenal ardiente, a 300 km. al sur de Lima y a unos 70 km. del Océano Pacífico, se encuentra la ciudad de Ica, capital del departamento del mismo nombre. Esta zona es célebre por los viñedos y algodonales que se cultivan en las limitadas áreas irrigadas por las aguas del río que dan lugar al valle también denominado Ica. Al este y en las afueras de la ciudad se extiende el hoy distrito de Parcona, escenario de una historia singular que es la base de nuestro trabajo.

En Setiembre de 1980 el **Instituto Cultural Parcona**, conformado por antiguos pobladores del lugar y sus descendientes, solicitó a **ILLA, Centro de Educación y Comunicación Popular**, difundir su pasado de lucha en la versión misma de sus pobladores, en particular de los que habrían sido protagonistas directos. Les interesaba sobre todo lo referente a los sucesos del 18 de Febrero de 1924, fecha en la que el Prefecto de entonces murió en Parcona violentamente cuando trató de impedir una asamblea de la Federación de Campesinos de Valle, importante organización que había visto sus inicios precisamente en este poblado.

La Federación a su vez fue el punto culminante de varias organizaciones gremiales campesinas que se habían ido sucediendo desde 1916. Como fruto de sus acciones habían conseguido reivindicaciones de gran trascendencia, como la jornada de 8 horas en el campo, así como la eliminación de torturas y castigos físicos, y mejoras salariales. Así, no es raro encontrar quien nos diga que:

“Aquí no se necesita recordar lo que pasó en Chicagó por la defensa de las 8 horas, sino que Ica tienen sus mártires en defensa de la jornada de las 8 horas, y justamente por eso debe recordarse a Parcona”.

* Trabajo presentado en el Seminario sobre “Movimientos Sociales en América Latina: Perspectivas de los Años Ochenta” realizado en Ciudad de México del 4 al 7 de Agosto de 1982. En él se recogen algunos de los testimonios que se han incluido en el libro **Memorias de un Viejo Luchador Campesino: Juan H. Pévez, de María Teresa Oré et al.** Tarea-Illa, Lima 1983.

Junto al recuerdo permanente de estas conquistas está muy fresca en la memoria la muerte del Prefecto. A raíz de ella sobrevino una gran represión que culminó en la destrucción y total incendio de Parcona. Esta experiencia traumática ha provocado en sus pobladores un sentimiento ambiguo. Por un lado, de “vergüenza colectiva”, por ser sindicados como los responsables de ese crimen, y que los ha llevado a guardar un silencio de años. A los parconenses los llaman “mata-prefectos”, y hasta ahora muchos hablan de estos sucesos solamente en voz baja, o “cuando están en copas”. Pero también ha despertado un sentimiento de orgullo por haber sabido imponer sus derechos, de haber eliminado a una autoridad abusiva y haber reconstruído al pueblo desde sus cenizas. Es así que sus calles principales las han bautizado con los nombres de sus mártires —Natividad Pacco, Aurora Fernández, Margarita Oliveros— y la principal lleva por nombre, 18 de Febrero.

Pero este recuerdo también marcó la conciencia de los hacendados y de la “gente decente” de Ica. Un trabajador nos decía:

“Hasta ahora nos tienen miedo. Cuando reclamamos algo y no nos quieren hacer caso, les decimos ‘ciudadano que podemos volver a levantarnos como el 18 de Febrero’, y se asustan. A veces nos amenazan con traer a la policía sólo por decir eso...”

Para los hacendados el recuerdo de esta fecha es “la página más negra de la historia iqueña, y que debe tratarse de olvidar... ya que este hecho compromete en el exterior nuestro prestigio de pueblo culto y sano”. En esos días un periódico local publicó:

“El horrendo crimen de hace pocas horas, nos sacó de la época de la civilización para llevarnos a una de salvajismo, en la que los iqueños estamos muy lejos de vivir... y fueron las mujeres, a decir de los testigos, las que mayor y más denigrante participación tuvieron en el crimen”.

Es así que hacendados y campesinos sostienen versiones ideologizadas absolutamente contrapuestas y muy vívidamente presentes en ambos. La lucha de clases también entra a disputar la “verdad histórica” y con ella una sanción moral ya positiva o negativa. Sin embargo, mientras que la versión de los hacendados fue ampliamente difundida a través de los medios de comunicación, la de los campesinos permaneció, con gran fuerza, en el plano de la historia oral.

Los archivos de la Federación fueron celosamente guardados para que no cayeran en manos de las autoridades. Los enterraban en terrenos alejados y los sacaban periódicamente para su conservación. Pero como la represión duró tantos años y los dirigentes estuvieron permanentemente escondidos, terminaron por malograrse. Los campesinos conservan hoy uno que otro documento importante, muestran con gran orgullo el sello de la Federación, tienen fotografías de Parcona tras el incendio, de las faenas comunales para la reconstrucción del pueblo, e incluso algunas de las armas que les quitaron a los guardias en esa fecha fatídica.

Pero el recuerdo vive fundamentalmente gracias a la tradición oral que los “antiguos” se han encargado de transmitir a sus hijos y nietos. Los relatos varían mucho entre sí, en los detalles, particularmente en las nuevas generaciones que han conocido los hechos solo “de oídos”. Pero todos conocen la historia.

En general hemos encontrado que lo que más se enfatiza es la **resistencia**. Esta no se reduce a la masacre del año '24; por el contrario, se remonta hasta la conquista española, pasa por la usurpación de sus tierras, el surgimiento de los hacendados, la invasión de los chilenos y llega a los problemas actuales. En cada momento Parcona aparece resistiendo y luchando contra los poderosos; de ahí el orgullo que sienten por haber reconstruido su pueblo “que tiene una historia inmemorial desde los lejanos tiempos, que los poderosos pretendieron negarlo y que incluso pretendieron negar la misma existencia de Parcona”.

Hoy en día Parcona es el distrito más grande y poblado del Departamento de Ica. Sus calles están muy bien trazadas y cuenta con un amplio local municipal, entre otras cosas. Todo lo han conseguido los pobladores por su propio esfuerzo. Orgullosos dicen que no se lo deben a ningún gobierno. Lo hicieron ellos mismos, siguiendo la iniciativa de Juan H. Pévez, fundador de la Federación Campesina del Valle de Ica. Nos dice un antiguo poblador:

“Parcona ahora está muy bien. Nosotros hemos sido luchadores; si no, esto sería una chacra de algodón, como querían los hacendados. Por eso yo les digo a la gente que ahora viene a vivir a Parcona, ¡yo los felicito!, pero ustedes no saben ¡todo lo que nos ha costado! Nosotros hemos luchado mucho”.

Hemos organizado este artículo en dos partes. En la primera expondremos los aspectos más resaltantes de esta memoria colectiva de resistencia y lucha. En la segunda daremos cuenta de la difusión de los materiales que ILLA elaboró a partir de la investigación preliminar que realizamos, y de su resultado más importante: la manera cómo estos materiales fueron interpretados según los problemas **de hoy**; en otras palabras, aquí pondremos de manifiesto la relevancia de la memoria colectiva **para el presente**. Por último, a manera de síntesis formularemos algunas reflexiones generales.

1. LA MEMORIA COLECTIVA DE LOS CAMPESINOS IQUEÑOS

Las páginas que siguen condensan de manera más o menos libre diversos relatos orales comunes en esta zona y que nos fueron referidos por antiguos pobladores de Parcona y del valle de Ica, entre ellos por el ya mencionado dirigente campesino Juan Hipólito Pévez.

EL CANAL DE LA ACHIRANA

Antes de que vinieran los españoles ya aquí vivía la gente desde hacía muchos años. Cuenta la historia que habitaban esta región los aguerridos "tacaracas". Uno de los problemas que más los hacía sufrir era la falta de agua, por lo que la inmensidad de tierras no podían ser aprovechadas.

Cuando en son de conquista vino por estas tierras el Inca Pachacútec llegó a este gran valle y acampó en la zona denominada Tate con los cuarenta mil soldados que componían su ejército. El cacique de Tate les brindó mucha acogida. Tenía una hija muy hermosa llamada Chumbillalla; ella se encargó de atender al Inca y a su Séquito Imperial. El cacique, conocedor de la belicosidad de los tacaracas, tratando de evitar un inútil derramamiento de sangre, ofreció a Pachacútec interceder ante su jefe, el temible Arambilca a fin de evitar un enfrentamiento. Pachacútec aceptó. Logrado su propósito, Arambilca y sus hombres se sometieron pacíficamente. Y Tacaraca quedó designada como capital de toda la región.

Cuentan que Pachacútec se había prendado de Chumbillalla, pero no fue aceptada por ella. Pachacútec les ofreció que como muestra de su agradecimiento le pidiesen alguna merced que hiciese recordar a Chumbillalla y los suyos el cariño y gratitud de su pueblo. La hermosa Chumbillalla le contestó:

"Grande eres señor, y para tí no hay imposible. Pero si te satisface la gratitud de mi pueblo, ruégote le des agua a esta inmensa comarca".

De inmediato Pachacútec dispuso que sus soldados se dedicasen a la construcción del canal que desde esos tiempos se llamó La Achirana y que hasta ahora proporciona riego a todo este valle. Este es el gran recuerdo que dejó para beneficio de nosotros, los campesinos de Ica, uno de los más poderosos incas del Tahuantinsuyo.

PARJKON ALLPA

Después de las lluvias el río Ik se desbordaba, dejando una ancha faja de tierra mojada. "Parjkon Allpa" quiere decir tierra húmeda. Estas zonas eran aprovechadas por los antiguos ayllus. Este es el caso de nuestra querida comunidad de Parjkon Allpa, que con el transcurso del tiempo en la época del coloniaje español, fue llamada Parcona.

LA CONQUISTA

Antes de los españoles todos aquí vivían tranquilos, trabajaban en común, no les faltaba nada y se repartían en común las cosechas. Pero con la llegada del funesto régimen del colonialismo español, después del casi exterminio de las laboriosas poblaciones indígenas se llevó a cabo el despojo de sus tierras. Las extensas áreas comunales de mejor producción fueron transformadas en medianas o grandes haciendas. Se

consumó el despojo masivo más denigrante y criminal, con el agravante de que los sobrevivientes fueron sometidos a la condición de esclavos. Obligándolos al trabajo gratuito para beneficio exclusivo de los invasores.

Es así que mutilaron las tierras comunales de la antigua Parjkon Allpa. Sus mejores tierras fueron convertidas en haciendas. Pero una parte de los comuneros no quisieron someterse a la esclavitud, y se instalaron en una parte árida de tierras comunales. Los invasores no se apoderaron de ellas por la dificultad para irrigarlas. Allí construyeron sus viviendas, conservando el nombre de Parcona. Tiempo después lograron darle riego a estas tierras jalando un canal de la acequia que irrigaba la hacienda Vista Alegre. El señor feudal de Vista Alegre aceptó la petición a cambio de que los indígenas de Parcona fuesen a trabajar para él como peones. Las condiciones fueron aceptadas. El canal se construyó con trabajo comunal y así se trabajaron las nuevas tierras.

Con este esfuerzo los comuneros quisieron mantener su independencia ancestral antes que someterse a la esclavitud de las haciendas. Buscaron encontrar un medio de vida que les permitiese seguir viviendo independientemente, y lo consiguieron gracias a su propio esfuerzo y trabajo. Más tarde Parcona fue transformándose hasta quedar convertida en zona de pequeños propietarios agrícolas, tal como lo es actualmente.

HACENDADOS Y CHILENOS

Después que San Martín dijo ¡somos libres e independientes! peor quedó el indio, más esclavo. Porque entonces tenía que andar por la calle y el rico por la vereda. ¿Y quién gobernó? Siempre le digo a los hombres que saben ¡¿quién gobernó el país después de la independencia?! Los españoles ya todos “somos peruanos”, dijeron, y ellos se repartieron las tierras, quedándose como hacendados.

Los hacendados en Ica cometían grandes abusos. Además de haber convertido en esclavos a los indígenas, los maltrataban, se quedaban con sus cosechas, les robaban lo que tenían en sus casas. Cometían abusos al igual que los chilenos cuando invadieron los pueblos de aquí. Ellos cometieron las peores atrocidades. Se cuenta que los chilenos violaban a las mujeres y que, borrachos, solían matar incluso a criaturas, nos decían los ancianos con profunda tristeza. De manera que todos estos recuerdos nos dan la sensación que tiene el poderoso contra el débil, tanto de parte de los españoles como de parte de los chilenos o “araucanos”, como les decimos aquí.

EL POBLADO DE PARCONA

Parcona como pueblo, fue obra de un morenito, el “beato” Conrado. Llegaba todos los años en Octubre, cargando una pequeña urna con la estatua de la “Virgen de la Cueva Santa”. Recolectaba limosnas para hacerle su fiesta anual. Todos aquí se volvieron devotos de esa Virgen y le construyeron una iglesia. También se cons-

truyó el pozo que daba agua a la población. Poco a poco se fueron construyendo las casas, hasta cuando salió la Federación de Campesinos. Allí salió este señor Juan H. Pévez, que fue Presidente de la Federación.

LA FEDERACION DE CAMPESINOS DEL VALLE DE ICA

A la Federación la tenían como el enemigo número uno de los gamonales. Su centro funcionaba aquí en Parcona. Todos se pasaban la voz de que había una sociedad que defendía los derechos de los pequeños propietarios, yanaconas, feudatarios, peones, y también los comuneros. Fue aumentando su prestigio conforme fuimos consiguiendo una serie de mejoras para los trabajadores. Teníamos una Biblioteca que hoy no se consigue. Pévez pedía los libros a diferentes países. Teníamos de todo.

Lo que conseguimos es que haya un respeto por la 8 horas de trabajo. Antes trabajábamos 12 y hasta 14 horas diarias. Antes por quitarme esta paja se lo llevaban a uno al cepo o lo azotaban en las haciendas. Conseguimos que no haya más abusos. Por todo esto los gamonales nos tenían odio. Sobre todo a Pévez; era un muchacho luchador como pocos y tenía mucha cabeza.

Teníamos relación con el Comité Indígena "Tahuantinsuyo", con la Federación Textil de Lima, con el Centro Obrero Iqueño. También tuvimos las "Universidades Populares Gonzales-Prada", que eran charlas educativas que daban los universitarios a nosotros los trabajadores. Teníamos también a los "chasquis"¹, que tenían informada a la Federación de todo lo que sucedía en Ica. La Federación también tenía su "servicio de inteligencia", que tenía como misión introducir en la servidumbre de cada hacendado a campesinos jóvenes, preparados para escuchar las conversaciones que sus patrones tenían con otros hacendados sobre la Federación.

LOS SUCESOS DEL 18 DE FEBRERO

Así estaban las cosas cuando principió todo, a raíz del problema de unos compañeros que trabajaban en la hacienda La Caravedo. Sus propietarios los habían maltratado y les habían echado candela a los ranchos donde vivían. Pévez, junto con el Fiscal de Ica que era una autoridad bien "legal" porque nos ayudó bastante, su fallo fue que se les pague a los trabajadores por los daños que les habían hecho. Allí se inició todo. Los gamonales aumentaron su odio contra la Federación.

Decidimos convocar una asamblea para el 18 de Febrero, ya que los patrones se negaban a pagarles y ya habían pasado varios meses. Las delegaciones comenzaron a llegar. Eran como las 9 ó las 10 de la mañana y se apareció un alférez con dos cuerpos de policías y nos dijo: "Ordenes del Prefecto: que Pévez venga con nosotros en este momento". Todos dijeron "No, Pévez no va". Y a la voz de ¡no va! el alférez sintió la amenaza de la gente y ya no insistió más. Se fue.

Serían ya las 12 del día y ya teníamos preparada la olla común. Serían las 2 de la tarde cuando alguien corriendo nos avisó: “¡Ha llegado el Prefecto y la policía y se están llevando a los compañeros!” Ahí vino el grueso; ya habíamos unos dos mil quinientos compañeros, ya llegábamos a cinco mil, y rodeamos el ómnibus. Los policías comenzaron a disparar, pero tomamos al mayor de guardias, así que ya no dispararon pero el Prefecto siguió insistiendo en llevarse a Pévez. Pévez no estaba en ese momento. Entonces las mujeres comenzaron a protestar. Dicen los que estuvieron más cerca que mi tía Manuela Escate se paró bien brava, bien fuerte.

Y le habló al Prefecto ¡como hablarle a cualquiera! y lo comenzó a requintar. Entonces el secretario del Prefecto sacó su revólver y le disparó, pero los disparos fueron a darle al Prefecto. Y ahí principió la cosa. Vinieron las piedras, que impidieron que los soldados pudieran disparar. Tomamos presos a los policías y les quitamos sus armas.

Salió Pévez, que lo mandaron llamar porque iban a barrer con todos los soldados. Salió y dijo “¡No!, no los maten, porque sólo a los chilenos se les tiene ese odio”. Por Pévez se salvaron. Después todos nos fuimos al pueblo de Ica a entregar las armas. Hemos ido todo el grueso, y un compañero nuestro iba adelante llevando la bandera. Cuando estábamos por llegar a la Plaza de Armas nos encañonaron y ya no hubo más que correr. Algunos compañeros que sabían manejar el fusil porque habían estado en el Ejército, hicieron frente. Allí perdimos a dos compañeros; uno de ellos era el que llevaba la bandera.

Al ver el peligro decidimos retirarnos, sin haber logrado hablar con ninguna autoridad y explicarle nuestra situación. Acordamos abandonar Parcona porque era muy posible que viniera de nuevo la policía. A los dos días vino la tropa de Lima y ametralló nuestro pueblo. Todos estábamos escondidos, pero hubo algunos que se quedaron, a esos se los llevaron presos, sobre todo a las mujeres. Allí se llevaron presa a mi madre y a mis hermanas. Muchos presos fueron llevados a cárceles de Lima, incluso mujeres.

Parcona quedó sola, y de eso se aprovecharon los hacendados y sus protegidos para robarse las cosas. Fue un saqueo. No quedó nada. A los pocos días los hacendados incendiaron Parcona, todo Parcona, igual que los araucanos. Solo quedó en pie la Iglesia; lo demás quedó cenicienta.

Pévez, que estaba muy bien protegido por una cuadrilla de los más famosos bandoleros de la zona, se entregó a la policía para salvar a su madre, que ya había sido tomada presa. Pévez tuvo una vida muy triste; le echaron la culpa de la muerte del Prefecto, estuvo detenido en Ica y en Lima varios años. Fue luchador de pocos. Se ha visto preso, corrido; los gamonales le pagaban para que deje la lucha, pero él no aceptaba. Hasta ahorita está en defensa del pueblo.

LA RECONSTRUCCION

Cuando Pévez regresó a Parcona, le ganamos el juicio a los hacendados que querían apoderarse de nuestras tierras negando que nunca hubiera existido antes un pueblo aquí. Para probar de que Parcona había existido tuvimos que hablar con todo el mundo. Pévez se fue a defender hasta La Haya los derechos de que pasó aquí, llevándole fotos que habían abusado de nuestros obreros, que le quemaron todas sus casitas, sus enseres. Fuimos hasta un Instituto del Estado en busca de pruebas, pero Parcona no aparecía como pueblo. ¡Pero si tenía iglesia! ¡Cualquiera no hace iglesia en cualquier sitio! Por eso es que se llegó a recuperar las tierras y toda la gente comenzó a regresar. La iglesia que ven allí es obra de todos los parconenses, y me refiero a ella como algo muy importante no porque seamos fanáticos de Dios, sino que fue el único testigo mudo que quedó de que aquí existió Parcona. Por eso la conservamos como una reliquia.

Pévez volvió de Lima con permiso del Gobierno para distribuir la pampa de Parcona. Después vinieron los ingenieros para hacer los planos y se hicieron con las ideas de los viejos. Todos regalamos los materiales e iniciamos el largo camino de la reconstrucción. Fuerte hemos luchado. Hemos estado perseguidos por años. Pero al fin no hubo nada y se archivó el juicio contra nosotros.

Yo he visto en sueños, un mes antes de la masacre de Parcona, como mi pueblo estaba ¡hecho cenizas!. Pero después ví que mi pueblo se había levantado. Habían nuevas casas, una alameda de árboles bien fornidos al centro. Todo eso lo ví en sueños y ¡cómo después se hizo realidad!.

ALGUNOS ANALISIS

Lo más destacable del anterior recuento es el largo aliento histórico de resistencia y lucha. Es decir, no es solamente el episodio del 18 de Febrero lo que recuerdan los pobladores, sino toda una **Historia**. En ella los parconenses siempre han estado luchando contra los poderosos en defensa de su tierra, su libertad, sus derechos laborales y sociales. Todo lo que tienen lo han conseguido con gran esfuerzo a través de su lucha. Su historia, es decir, no solamente la de ellos sino la que además ellos cuentan y transmiten, está cargada de un profundo significado histórico: su existencia inmemorial como “comunidad” y su defensa permanente, que fundamentan su derecho a seguir poseyendo, ocupando y cultivando sus tierras.

La identidad de los campesinos —que incluso es racial— se define por oposición a diferentes invasores. Todo lo bueno proviene de lo que les es propio: de su trabajo, o en su defecto —supuestamente— del Inca Pachacútec. El Imperio Incaico, el Tahuantinsuyo, es el único poder trascendente al mundo de los pobladores que no les es ajeno; no es opresivo ni explotador. A él atribuyen el canal que permite la agricultura de esa zona; en él se inspiran para organizar sistemas de defensa, como el sistema de “chasquis”. Por el contrario, españoles, chilenos y hacendados (“gamo-

nales”), en general todos ellos de “pellejo blanco”, han sido o son usurpadores y explotadores. Por eso ellos carecen de valores morales intrínsecos, y sólo se los reconocen a nivel individual por circunstancias específicas.

En cambio los campesinos se sitúan en la historia con una gran fuerza moral, debido a los valores que históricamente defienden y que adquieren un contenido particular formado en la historia misma. Hay todo un universo ideológico-cultural en el cual los campesinos se desenvuelven y del que vamos a examinar algunos aspectos, como su noción de justicia, autoridad, solidaridad, la religión, así como también códigos y símbolos. Todo esto conforma una atmósfera sin la cual no puede darse ni ser entendida la tradición de lucha encerrada en la memoria colectiva. Así,

“Antes los que ganaban eran los poderosos, los gamonales. El campesino nunca le ganaba al patrón. Por gusto iba donde la justicia, a los ministerios, porque siempre el patrón ganaba. Las autoridades estaban de su parte. Antes los hacendados, los grandes capitalistas ¡eran los dioses! A nosotros los cholos nos miraban como a perros; nos querían solamente para que trabajásemos, y cuando ya eran viejos, así como yo, trataban de sacarlo, de eliminarlo. No había ningún derecho, ahí se moría uno con la lampa en la mano”.

De ahí el sentimiento de pertenencia y de solidaridad entre los de su misma condición, y frente a los hacendados, extraños venidos de fuera, que pertenecían a otra raza y que se permitían tratarlos despectivamente de “indios” primero y de “cholos” después.

Esta situación profundamente **injusta** no es remediable acudiendo a las instituciones judiciales. Es preciso luchar, aunque eso traiga consigo enfrentarse a las autoridades y a la “legalidad”. En medio de estas imágenes no es de extrañar que los campesinos hayan valorado altamente la figura de los bandoleros: ellos asaltaban a los comerciantes, a viajeros y sobre todo a los hacendados, pero nunca a los pobres, porque los bandoleros provenían también del pueblo. Los campesinos han tejido numerosas historias y leyendas alrededor de sus “hazañas”. El más célebre fue José Morón; hasta ahora hay canciones que lo recuerdan y como nos refirió un viejo exbandolero tras cantarnos una de ellas “esta canción la llevaban en pecho y en boca abierta no sólo los demás bandoleros, sino el pueblo de Ica, porque Morón les pertenece”².

Cabe observar que con métodos y fines distintos, campesinos y bandoleros se enfrentaron a los poderosos, a las autoridades y a la legalidad. El 18 de Febrero es sólo un momento, pero un momento en el que los cholos hacen sentir su fuerza a la autoridad. Además de la justicia existen otros derechos, como la libertad, el derecho a la tierra y a un trato humano: la igualdad. El trabajo en las haciendas es significativamente asociado con la **esclavitud**, y el pueblo de Parcona tiene en su tradición el haber buscado incesantemente escapar de ella. Un episodio que condensa la lucha contra trabajos gratuitos forzados, usurpaciones de tierras y abusos de las autorida-

des, fue la lucha y resistencia contra la conscripción vial, que los obligaba a trabajar gratis en la construcción de caminos que atravesaban y destruían muchas parcelas, al trazar rutas que mayormente beneficiaban a las haciendas. Por último, la tierra es un bien que lo poseen individualmente pero cuyo uso no significa ni abuso ni explotación sobre nadie, y cuya defensa es colectiva.

Otro campo muy significativo es el mundo mágico-religioso. En él destacan las figuras de brujos, beatos y beatas, personajes en su mayoría de origen muy humilde que se identifican con el pueblo, realizan obras y acciones benéficas mientras viven, y a su muerte a algunos se les atribuye milagros. En la tradición de Parcona incluso la iniciación del poblado es atribuida al beato Conrado. La “Virgen de la Cueva Santa” se convierte en la patrona del pueblo; un pueblo era considerado como tal desde que tenía su fiesta patronal, y de ahí que Parcona relacione su fundación como pueblo con la devoción a esta imagen.

En cambio los curas, personajes de la “religión oficial” no fueron muy bien vistos pues eran considerados aliados de los gamonales.

Asimismo abundan los santos populares que surgen del pueblo por sus sufrimientos en vida o por una muerte trágica. Uno de ellos es Lucas, campesino que murió mientras trabajaba en la conscripción vial. Lucas cayó de un árbol mientras cortaba una de sus ramas. Al caer la rama lo atravesó, matándolo instantáneamente. Los campesinos construyeron en ese lugar una pequeña capilla, y desde esos años Lucas tiene gran número de devotos.

Pero además están los brujos, de gran importancia en el valle y cuyo prestigio es reconocido incluso fuera de la zona. El pueblo acude a ellos para hacerles consultas de todo tipo, desde penas de amor hasta la cura del “susto” o enfermedades complicadas ante las cuales los médicos han fracasado. El prestigio de un poblado depende en parte del prestigio del brujo.

Todo estos personajes —bandoleros, beatos, brujos— y los campesinos mismos conforman un mundo cultural paralelo y alternativo a la sociedad en la cual dominan los hacendados, las autoridades y la “gente decente” de Ica. A este mundo también pertenecen numerosos símbolos, no siempre propios, pero a los que conceden un significado especial. Uno de ellos es la bandera peruana. Todos los domingos flameaba en el local de la Federación en Parcona. Es significativo que en los relatos sobre el 18 de Febrero, uno de los campesinos que muere en Ica es precisamente el que la iba portando. Otro símbolo es la iglesia, que tiene en Parcona un significado propio que va más allá de lo religioso. Es, según los antiguos pobladores, lo que permitió demostrar que ahí había existido su pueblo e iniciar su reconstrucción. Más aún, en un gesto que tiene mucho de desafiante, la calle principal fue denominada 18 de Febrero; otras calles llevan el nombre de las mujeres que fueron las principales mártires de Parcona.

Entre estos símbolos y códigos destacan los que denotan burla o que constituyen ridículo y vergüenza para los sectores dominantes. Así, un hecho que fue sumamen-

te escandaloso y denigrante para la sociedad iqueña ocurrido durante la muerte del Prefecto fue referido así por un periódico de la época:

“El Prefecto Rodríguez, al iniciar su discurso, fue interrumpido por una de esas mujeres, que abalanzándose sobre él le dió una puñada. La intempestiva actitud de aquella mujer desconcertó a los circunstantes, y como si hubiera sido una señal convenida se procedió al desarme de la policía mientras llovían las piedras en medio de una ensordecedora gritería y entre disparos que empezaron a sonar, uno de los cuales fue a herir en un brazo al señor Rodríguez... Mientras tanto, ultrajado el Prefecto por aquella mujer, se vió seguido por la multitud y derribado que fue el señor Rodríguez, vino una escena de salvajismo que nuestra pluma se resiste a relatar”.

Lo que el periódico auto-censura es que las mujeres se orinaron en él cuando, herido, comenzó a pedir agua. Este acto constituye dentro del mundo indígena una de las mayores ofensas que se puede inferir a una persona, y fueron las mujeres quienes la realizaron.

Señalemos finalmente la importancia de leyendas, cuentos, decires, canciones, e incluso de los sueños. A estos últimos les conceden gran atención, sobre todo de aviso ante lo que va a suceder y tiene que cumplirse. Todo ello nos lleva a vislumbrar la existencia de una **Cultura popular** dotada de gran vigor y coherencia, y totalmente ajena a la que representaban los sectores dominantes.

II. LA MEMORIA COLECTIVA EN EL PRESENTE: EL TRABAJO DE DIFUSION EN EL CONTEXTO ACTUAL

El trabajo de ILLA en Parcona comprendió centralmente la búsqueda y registro de relatos orales, pero se examinaron también múltiples fuentes escritas: periódicos, revistas y folletos de la época.

Asimismo se localizaron materiales fotográficos de esos años en archivos privados y públicos. La participación de los pobladores de Parcona fue fundamental. Ellos nos proporcionaron parte de la documentación escrita así como fotografías que guardaban celosamente, y nos condujeron donde personas que tuvieron una participación clave en dichos sucesos. También realizaron reconstrucciones en vivo de los momentos principales, sobre todo relacionadas con la masacre.

La información obtenida, de la que dimos preferencia a los testimonios, se plasmó en un audiovisual de 30 minutos y en una historieta. Ambos narran la historia de Parcona desde la construcción del canal de La Achirana hasta la reconstrucción del pueblo.

Elaborados estos materiales surgían varias interrogantes, ¿Cómo reaccionarían los campesinos frente a ellos?, ¿de qué manera los sucesos de Parcona, tradicional-

mente transmitidos por tradición oral en ámbitos familiares, podrían tener el mismo significado al ser ahora difundidos a través de otros medios? ¿Qué efectos tendría la difusión de estos materiales en forma pública y **en un contexto de problemas nuevos, muy diferentes a los de sesenta años antes?** Estas eran algunas de las preguntas que nos hacíamos al iniciar la difusión del trabajo. Coincidió con la celebración de un aniversario más del 18 de Febrero.

SITUACION ACTUAL DE PARCONA Y DEL VALLE DE ICA

Parcona ya no es más una comunidad agrícola. Ahora presenta las características de un distrito urbano. Las familias antiguas viven en el centro y en las calles que llevan nombres alusivos al 18 de Febrero. Ellas son las portadoras de la tradición y sus miembros son reconocidos como verdaderos parconenses. Pero con el correr de los años Parcona ha ido recibiendo una numerosa población migrante. Una parte ha venido de la misma ciudad de Ica a raíz de la inundación que sufrió la ciudad hace unos 20 años y que destruyó numerosas viviendas. Otro sector consta mayormente de migrantes de origen serrano provenientes de los departamentos de Ayacucho y Huancavelica. Estos presentan una situación bastante precaria, ocupan una zona aparte y no son bien vistos por las antiguas familias. Los consideran como pobladores de segunda y se refieren a ellos en términos bastante peyorativos. Los parconenses antiguos rara vez participan en alguna actividad común con los migrantes serranos, quienes se mantienen como un grupo cerrado que cultiva las costumbres propias de sus pueblos de origen: idioma, fiestas, vestimenta, etc.

Los problemas que ahora presenta Parcona son los de un distrito urbano en plena expansión: falta de agua, tráfico de terrenos, malas autoridades municipales, etc., problemas de índole muy diferente a los que tuvieron lugar sesenta años atrás.

El valle de Ica también ha cambiado profundamente. Las antiguas haciendas fueron convertidas en cooperativas agrarias de producción a raíz de la reforma agraria de 1969 llevada a cabo por el Gobierno de Velasco Alvarado. Algunos de los poderosos hacendados de antes han seguido conservando algunas propiedades en el valle; otros han trasladado sus capitales a sectores tales como la industria y el comercio. Sin embargo, siguen controlando el poder local en el valle de Ica.

Actualmente las cooperativas se encuentran atravesando una de sus peores crisis; la mayoría presenta problemas de tipo financiero, altos impuestos, dificultad para el pago de planillas, etc., y en general se encuentran al borde de la quiebra. El problema de la parcelación de las cooperativas se les presenta ahora como un peligro inminente, y lo que es más la parcelación es fomentada por el actual Gobierno. La sensación de angustia y desaliento de la mayor parte de los trabajadores es muy visible y está muy extendida, y aún no se vislumbra una alternativa consistente.

La mayor parte de los socios de las cooperativas han venido trabajando desde que éstas eran haciendas, y así conservan el recuerdo de las labores recargadas, abu-

sos e incluso torturas que recibían de parte de los hacendados. Estos trabajadores provienen del valle de Ica. Pero junto a ellos hay también trabajadores de procedencia ayacuchana y huancavelicana que llegaron a las haciendas hace muchos años. Al igual que a los demás, la reforma agraria los calificó como socios cooperativistas. Por otro lado su situación socio-económica es notoriamente inferior a la de los trabajadores originarios del valle; de ahí que se mantengan como grupo aparte conservando sus propias tradiciones culturales y recibiendo un trato despectivo y discriminatorio. Sin embargo la dirigencia de las cooperativas muestra una gran representación de trabajadores serranos, por su conocida radicalidad y fuerza combativa.

La presencia de esta población serrana en el valle se deja sentir no sólo por su importancia demográfica, sino también por su peso cultural. Todos los fines de semana hay una gran difusión de música folklórica, especialmente ayacuchana, y los coliseos se ven colmados de provincianos que acuden a escuchar a cantantes y conjuntos reconocidos de sus pueblos de origen. Es precisamente esta población la que actualmente es la fuerza más radical en Ica: dirigencias sindicales obreras y campesinas, así como de asociaciones de pobladores están conformados en gran parte por ellos. De ahí el peso político que últimamente vienen teniendo.

Tal es el contexto en el cual nosotros iniciamos la difusión de los materiales sobre la historia de Parcona, y dado el cual nuestra mayor preocupación giraba sobre el significado que los trabajadores y pobladores podrían dar a sucesos que ocurrieron tanto tiempo atrás, y en una situación tan diferente.

LA DIFUSION Y SUS RESULTADOS

El impacto de estos materiales fue en general tan grande como diferenciado, según el tipo de población y los problemas actuales que confrontan. Presentaremos someramente algunas reacciones.

Entre las familias tradicionales de Parcona, en su mayoría descendientes de los protagonistas de los sucesos del 18 de Febrero había una sensación de orgullo porque al fin la "verdadera historia" de Parcona, largo tiempo silenciada, iba a ser conocida. Al mismo tiempo había una inmensa satisfacción porque esta versión les borraba el sentimiento de "vergüenza" que por años los había agobiado al ser sindicados como culpables de la muerte del Prefecto. De alguna manera los materiales suscitaron en algunos críticas a las malas autoridades de hoy, en particular al Alcalde de Parcona.

En los nuevos sectores de la población, donde radican los migrantes tanto de Ica como de lugares de la sierra, el interés mayor estuvo centrado por una parte en que para reconstruir el pueblo los parconenses formaron una Asociación de Pobladores con reconocimiento oficial; los migrantes habían formado una asociación familiar, por lo que mostraron interés en hablar con Pévez, pues desde entonces es el personero legal del distrito. Pero además criticaron con mucha fuerza al Alcalde, por el

tráfico de terrenos, por el racionamiento del agua, la morosidad en los trámites, etc. Por otra parte los migrantes de la sierra recordaban que en sus pueblos de origen y por los mismos años habían ocurrido acontecimientos similares; les llamaba la atención que en estas tierras donde habían venido a vivir "tuvieran historias".

Los socios cooperativistas de las ex-haciendas oriundos del valle vieron sobre todo la importancia del sindicato. Con la reforma agraria muchos de los sindicatos que habían sido laboriosamente reconstruídos en la década del 60 dejaron de funcionar. Esta desactivación fue impulsada por el Gobierno Militar. Pero hoy, ante los problemas financieros y el peligro que sienten los trabajadores de que los hacendados regresen a sus antiguas propiedades, han estado impulsando la reorganización sindical. Estos materiales les reforzaron esta idea.

Por último, los socios de origen serrano reaccionaron fundamentalmente ante la represión que sufrió Parcona, la cual fue inmediatamente asociada con las viscisitudes que en esos momentos pasaba el pueblo ayacuchano; debido a las acciones del grupo armado Sendero Luminoso, principalmente en Ayacucho, destacamentos policiales han estado hostigando a la población en su esfuerzo por erradicar el "terrorismo". Varios de los presentes plantearon ahí mismo formar una asociación de apoyo a su pueblo de origen.

Como puede apreciarse las reacciones fueron muy diversas y lo que percibieron de los materiales, también. Pero el denominador común es que todos pudieron ligar la situación que los materiales presentaban, a sus problemas colectivos actuales. Es decir, hubo una fácil y directa **identificación** entre los contenidos del audiovisual y la historieta con el contexto presente.

Esta identificación hacía que tanto entre quienes ya conocían la historia como para los que recién tomaban conocimiento de ella, percibieran **un mensaje de legitimación moral** de sus luchas actuales; desaparecía la distinción entre pasado y presente.

III. REFLEXIONES FINALES

El carácter inicial de nuestros trabajos no nos permite presentar por el momento una reflexión teórica sistemática. Sin embargo queremos presentar algunas ideas que nos parecen centrales:

1. Para los campesinos iqueños, adquiere una gran importancia saber quién tiene la verdad en la historia, para dejar sentado quién es el **vencedor moral** en los sucesos del año '24. La historia tiene una gran importancia en la vida de un pueblo, en la medida en que en ella adquiere un sentimiento de identidad particular.

2. Los sucesos del 18 de Febrero quedaron grabados en la conciencia de los campesinos, como trauma y como motivo de orgullo a la vez. Pero también en la

conciencia de los hacendados y en general los sectores dominantes de Ica, aunque sólo como trauma. Ahí sintieron “lo que los cholos eran capaces”. Esto se puso en evidencia cuando en 1978 hubo un paro general en solidaridad con el Sindicato Único de Trabajadores de la Educación Peruana (SUTEP), y los de Parcona fueron en marcha a la ciudad de Ica. Los habitantes de la ciudad entraron en pánico: “los de Parcona —decían— nuevamente vienen a invadirnos”. De ahí que la lucha de clases se extienda también al campo ideológico de la “verdad histórica”, pues de ella se nutre la fuerza moral.

3. La historia que cuentan los campesinos es una historia permanente de lucha y resistencia contra los poderosos, que siempre son extraños venidos de fuera: españoles, chilenos, hacendados, malas autoridades. El sufrimiento es una consecuencia de la opresión que ellos ejercen; el sufrimiento no tiene para ellos un carácter reductor. Es un mal, erradicable.

4. Su historia está plenamente imbuída de elementos emotivos; predominan los componentes subjetivos antes que la reconstrucción objetiva de los hechos. Esto es así en tanto se trata de experiencia vivida, de **drama de la vida real**. No es de extrañar por lo tanto que los hechos sean presentados junto con la correspondiente sanción moral. Entre los elementos más importantes se encuentra un conjunto de derechos, de contenido muy concreto: derecho a la tierra, a un trato digno, a no ser explotado en el trabajo, derecho a la organización sindical, etc. Esto hace que ante nosotros los campesinos no se comportaran como meros informantes, sino como interlocutores que interpretan y explican su historia.

Aquí cabe agregar una palabra sobre los materiales elaborados por ILLA. Como han estado construídos fundamentalmente en base a los testimonios de viejos campesinos, se encuentran sumamente impregnados de aspectos vitales y emotivos que van mucho más allá de la mera reivindicación económica: amor-odio, justicia-injusticia, vida-muerte, etc. De ahí la facilidad con que fueron captados y recreados. Pese a nuestros requerimientos muy pocos opinaron sobre el medio mismo: fotografía, sonido, color, dibujo. La mayor parte de las reuniones giraba alrededor de los recuerdos, sentimientos y enseñanzas que estos materiales les suscitaban.

5. La resistencia y lucha comprende un gran aliento histórico. Es una historia larga **que continúa en el presente** y que confiere legitimidad a las luchas actuales.

6. La historia no procede mediante una narración cronológica en la que sea reconocible un “antes” o un “después”. Es un conjunto de **momentos** que tienen la misma estructura: un opresor, un oprimido y la lucha por defender los derechos negados. En esta medida, se borra toda separación e incluso distinción entre pasado y presente. Esta historia es además **selectiva** en razón de lo que les atañe en forma directa y práctica; de ahí que no contenga prácticamente nada sobre la Independencia del Perú en la medida en que no entrañó ningún cambio para ellos: “los españoles ya todos ‘somos peruanos’ dijeron, y ellos se repartieron las tierras, quedándose como hacendados”.

7. La leyenda de la construcción del canal de La Achirana no tiene base histórica real, según sostienen reconocidos historiadores. Las evidencias parecen indicar que el canal fue construido en épocas pre-incaicas. Sin embargo es sumamente significativo que atribuyan beneficios fundamentales como éste al Tahuantinsuyo. Esto correspondería a la llamada "Utopía Andina"; según Alberto Flores-Galindo y Manuel Burga, luego del trauma de la conquista española el Imperio Incaico es reconstruido en la imaginación colectiva de los indígenas como una civilización benéfica y justa. Esta utopía se expande en los siglos XVI y XVII, mediante la tradición oral.

8. Por último, cabe señalar que la historia oral elaborada colectivamente, se transforma, enriquece y recrea a lo largo de los años. Es así que continúa **presente** y es frecuentemente retomada para el entendimiento y legitimación de las luchas actuales. Por ello cuando iniciamos la difusión de los materiales sobre la historia de Parcona, las reacciones no fueron homogéneas, dando cuenta de la existencia de múltiples y diversos problemas que **hoy** son confrontados por los campesinos y la población iqueña en general. Pero el elemento común en todos los casos radicó en que los acontecimientos narrados no pertenecían al pasado. De esta manera se borra la distinción entre pasado y presente, entre las imágenes y la realidad.

NOTAS

1. Chasqui, sistema de correo consistente en corredores que se turnaban, utilizado en el Imperio Incaico.
2. La canción dice así: "Yo soy José Morón, el famoso bandolero/el que atravesó las pampas sin temor y con anhelo./ Dicen que hay muchos caminos y ellos debemos de andar./ En Lurinchincha de los chinos ahí tenemos que dentrar./ Por las libras esterlinas nos venimos a fregar/dijo el socio de Salinas, le principió a disparar. / Del primer tiro al segundo, el morral le reventaron/ y se le cae de las manos la famosa carabina./ Y si no es quizás le dijo: Morón así no se le domina./ Soy el bravo tumberaz, el que levantó bandera/ y el que quiere conocerme, salga a las pampas afuera".

BIBLIOGRAFIA GENERAL

BARBERO, J. Martín: "Apuntes para una Historia de las Matrices Culturales de la Massmediación". Ponencia presentada al Primer Foro Internacional de la Comunicación Social. Lima, 7-11 junio 1982.

FLORES-GALINDO, Alberto: "Memoria y Clase en el Perú: los cañeros de Lambayeque". Universidad Católica del Perú. Programa de Ciencias Sociales - Oficina de Trabajo de Campo. Lima 1977.

FRASER, Ronald: **Recuérdalo tú y Recuérdalo a Otros. Historia oral de la Guerra Civil Española**. Tomos I y II. Grijalbo, Barcelona 1979.

HOBBSAWM, Eric: **Rebeldes Primitivos**. Ariel, Barcelona 1968.

KENNETH, Kan: "Reconstructing the history of a Community", **International Journal of Oral History**. Vol. II No.1.

MARTINEZ, Gregorio: **Canto de Sirena** (novela). Mosca Azul Editores, Lima 1979.

RIVERA, Silvia: "Historia y conciencia en los movimientos populares del tercer mundo. (Documento preliminar para un debate latinoamericano). CINEP, Bogotá (s/f).

"Rebelión e Ideología: luchas del campesinado aymara del altiplano boliviano, 1910-1920. "Documento preliminar".

"Rebelión e Ideología: el papel de la conciencia histórica en la lucha campesina andina". CINEP, Bogotá. Documento preliminar.

THOMPSON, E. P.: **Tradición, Revuelta y Conciencia de Clase, Estudios sobre la crisis de la sociedad pre-industrial**. Grijalbo, Barcelona 1979.

VALDERRAMA, Ricardo y Carmen Escalante: **Gregorio Condori Mamani**. Bartolomé de las Casas, Cuzco 1977.

WACHTEL, Nathan: **Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)**. Alianza Universidad, Madrid 1976.

A propósito del joven Lukács Crítica a José Ignacio López Soria

Luis Silva Santisteban

El libro que comentamos tiene como tema el desarrollo intelectual y político de George Lukács, a partir de sus años juveniles hasta su inscripción en el Partido Comunista en 1918*. Esencialmente, el autor hace lo que se conoce con el nombre de "biografía intelectual", describiendo la variada problemática con la que se enfrentó Lukács a lo largo de dicho período, aunque sin profundizar en ella. Nos encontramos en el libro de López Soria además con un cierto despliegue de erudición que conduce al lector a *detalles biográficos que podrían haberse omitido* a fin de ahondar con mayor extensión en los problemas teóricos que sacudían intensamente al joven Lukács. Es frecuente en este tipo de libros que los autores cedan a la "tentación erudita" en perjuicio del análisis de las cuestiones fundamentales que preocupaban a un pensador, en este caso, a Lukács.

En cuanto a la metodología empleada por López Soria para reconstruir este período juvenil del filósofo húngaro podemos decir que sigue los cánones usuales de los historiadores de las ideas de orientación marxista, destacándose el hecho de haber trabajado con fuentes abundantes en el idioma húngaro.

Hagamos ahora algunas reflexiones sobre el período de la vida de Lukács investigado por López Soria. Por lo pronto lo primero que se le podría ocurrir a quien conozca algo la trayectoria posterior de Lukács, es que las obras del período estudiado por López Soria *carecen de la importancia y la universalidad* que sí tuvieron sus escritos a partir de 1923 al publicar en alemán su célebre libro *Historia y conciencia de clase*. Naturalmente que sus escritos hasta 1918 publicados en su inmensa mayoría en húngaro, pueden ser de utilidad para quien tenga interés específico en la historia de las ideas de Hungría en las primeras dos décadas de nuestro siglo. *Pero en tales escritos estamos lejos de hallar las grandes contribuciones de Lukács al pensamiento contemporáneo*. No hay pues un "joven Lukács" como hubo un "joven Marx". El estudio de las obras de juventud de Lukács *no abre un panorama nuevo* como sí ocurrió con los escritos de juventud de Marx, cuyo descubrimiento en la década del '30 condujo a nuevas interpretaciones de su pensamiento. Vale decir, que *las obras de Lukács publi-*

* José Ignacio López Soria: *De lo trágico a lo utópico*. Monte Avila. Editores, C.A., Caracas, Venezuela.

cadás hasta 1918, período estudiado por López Soria, constituyen fundamentalmente un fenómeno cultural húngaro con limitada repercusión en el pensamiento contemporáneo. El “verdadero Lukács”, para decirlo con una frase deliberadamente ambigua, vino después.

A pesar de ello una “biografía intelectual” como la que estamos comentando podría haberse aprovechado para mostrar las raíces de un pensamiento cuyos frutos maduros vinieron años después. Es decir, que se podría haber intentado dar las claves juveniles de una obra posterior, señalando los hilos que vinculan a un período con el otro. Lamentablemente, no encontramos en el trabajo de López Soria elementos suficientes (salvo algunas escasas referencias) como para arrojar luces sobre las grandes líneas del desarrollo posterior de Lukács, a partir de su período de formación. Como es sabido, quienes se dedican al género de la historia de las ideas y en especial a la “biografía intelectual” se esmeran en indicarle al lector las conexiones existentes entre la etapa juvenil del autor investigado y su evolución ulterior. Los estudios sobre el “joven Marx”, el “joven Heidegger” o el “joven Hegel” que tienen amplia difusión en la bibliografía especializada contemporánea intentan con mayor o menor fortuna mostrar las relaciones entre la etapa juvenil y la posterior de los autores investigados. De no cumplir esa tarea su contribución al conocimiento de los autores estudiados sería de limitada significación.

Por otro lado, quisiéramos señalar que la “biografía intelectual” del joven Lukács que estamos reseñando, parecería haber sido escrita desde la perspectiva de un investigador húngaro preocupado por el desarrollo histórico-cultural de

su país y no por un autor hispanoamericano.

Como es natural, al haberse adoptado esa perspectiva el desarrollo biográfico que traza López Soria nos suena un tanto ajeno; los hechos, los personajes, las circunstancias, los debates a que el autor hace referencia son vividos por nosotros como extraños. Por lo demás es el propio López Soria quien dice lo siguiente: “Intentamos aquí entender a Lukács a partir de la evolución intelectual y del desarrollo político y cultural de Hungría” (p. 7).

En resumen, *el libro de López Soria es un trabajo erudito acerca de un “joven Lukács” húngaro, cuya obra aún carecía de significación internacional.* Además no señala suficientemente las relaciones con su evolución posterior que sí tuvo dimensión mundial, a lo que debe añadirse, que en última instancia, la perspectiva elegida por el autor es la de un investigador interesado en la historia socio-cultural de Hungría.

Por todo ello, creemos que el libro reseñado puede ser de mayor interés para quien se dedique a la historia de la cultura contemporánea de Hungría, que para quien se interese en las grandes líneas de pensamiento filosófico y científico-social de nuestra época.

Es de esperar que los próximos trabajos sobre Lukács anunciados por López Soria en el prólogo del libro comentado conduzcan al lector a la temática que hizo del filósofo húngaro una de las figuras intelectuales más importantes de nuestra época. De ese modo pasaríamos del Lukács “húngaro” de López Soria, escrito aparentemente para húngaros, a un Lukács universal que es el que realmente interesa.



Defensa de Lukács

Réplica a Luis Silva Santisteban

José Ignacio López Soria

Es evidente de suyo que Lukács no necesita ser defendido. Entiéndase, entonces, mi “defensa de Lukács” como una invitación a la lectura atenta de la obra de juventud del filósofo húngaro, frente a la **invitación a la ignorancia** que formula Luis Silva Santisteban en la nota precedente.

La reflexión de Silva Santisteban se reduce a unos pocos juicios, hijos del desconocimiento y del prejuicio, que se repiten párrafo a párrafo. El desconocimiento tiene que ver tanto con el libro que reseña como con la obra misma de Lukács. Ningún conocedor de los escritos de juventud de Lukács —como ningún lector atento de mi libro— puede afirmar que dicha obra fue preferentemente publicada en húngaro. Además de numerosos artículos aparecidos en revistas alemanas, Lukács publica en alemán dos de sus tres primeros libros: **El alma y las formas** y **Teoría de la novela**. Sobre ellos dice Silva Santisteban que carecen de importancia y de significación más allá de los estrechos linderos del mundo húngaro. Curiosa opinión que ciertamente no compartieron los intelectuales alemanes de las dos primeras décadas de nuestro siglo, y que están lejos de compartir los mejores estudiosos de

la obra de juventud de Lukács. Porque es el caso, mi estimado colega, que la publicación de los mencionados escritos abrió a Lukács las puertas de los círculos intelectuales alemanes y le permitió participar en ellos creativamente. La primera muestra de estima hacia Lukács es precisamente la participación de Simmel en la publicación de **El alma y las formas** y de Cassirer en la de **Teoría de la novela**. Pero hay más. Bloch invita insistentemente a Lukács a trabajar con él en Italia y en Alemania, Simmel le llama a Berlín, Martin Buber le programa un ciclo de conferencias en los medios judíos alemanes, y Weber y Laski le retienen en Heidelberg. Claro que estos intelectuales, a diferencia de nuestro crítico, habían pasado por la lectura atenta y meditada de los primeros escritos del filósofo húngaro. Suponemos, por lo demás, que algún valor “universal” deben tener esos escritos cuando, después, son materia cercana de reflexión y de fecunda inspiración para importantes corrientes filosóficas como el estructuralismo genético de Goldmann y la dialéctica negativa de la Escuela de Frankfurt. Y conste que no soy el único, ni lo hago aquí por primera vez, que se ha ocupado de esta temática. Ella está “eruditamente” tratada en mi libro —como en los de

Laura Boella y Michael Löwy sobre el joven Lukács—, lo que quiere decir que nuestro crítico ha leído en diagonal las páginas del libro que comenta.

Otra muestra evidente de desconocimiento —no exento de prejuicio— es la rígida y mecánica separación que establece entre lo húngaro y lo universal. Silva Santisteban sabe de su ignorancia con respecto al mundo húngaro, pero ello no le mueve a suspender el juicio como podríamos sospechar de un epistemólogo— sino que le lleva a apartar de lo universal a lo húngaro porque esto último es para él desconocido. Si en vez de leer mi libro con el prejuicio de estar ocupándose de algo intrascendente, lo hubiese hecho con el ánimo de ilustrarse sobre lo desconocido, se habría informado de la riqueza y profundidad del taller de elaboración teórica y artística de la Hungría de comienzos de siglo. En este taller —al que pertenecieron, además del mismo Lukács, gentes como Mannheim, Béla Bartók, Hauser y el gran lírico Endre Ady— se fragua una profunda elaboración de la problemática de la época que luego queda expresada en objetivaciones conceptuales (Lukács, Manheim, Hauser) y artísticas (Bartók, Ady). La grandeza y universalidad de estas gentes está, por un lado, en haber acertado a elaborar la decadencia de lo viejo en íntima conexión con el nacimiento de lo nuevo, y, por otro, en haber expresado valores universales a partir de su propia particularidad, lo húngaro. Baste un ejemplo. Lukács, partiendo de las más sentidas vigencias de la húngaridad, elabora su concepción del hombre como problemático. Y es sabido que esta concepción —que no es elaboración exclusiva de Lukács— se constituye, por estar enraizada en la realidad, en la madre nutricia de tendencias conceptuales y artísticas que se ex-

presan luego en el existencialismo, el surrealismo, etc. No deja de ser significativo que, algunos años más tarde, la Escuela de Frankfurt, queriendo reelaborar esa problemática, acuda a **Teoría de la novela** como fuente de inspiración. Así como es también significativo —me permito añadir para ilustración de Silva Santisteban— que Thomas Mann, en su intento por encerrar en la forma novela todo este mundo, escoja a Lukács como uno de los personajes-tipo de la época (El personaje Naphta de **La montaña mágica**). Y así podríamos seguir añadiendo ilustraciones que revelan, a quien tiene ojos para ver, la íntima conexión entre la temática lukácsiana y, por ejemplo, aquella que se expresa en las obras de Musil, Kafka y tantos más. El problema, pues, no es de Lukács, sino de la estrechez del concepto de universal que maneja nuestro comentarista.

A la vista de sus comprensibles ignorancias pero inaceptables prejuicios, es fácil entender que Silva Santisteban califique mi libro como una biografía erudita que interesa sólo a quien esté preocupado por esa cosa parroquial y de campanario que es la cultura húngara. Desde esa perspectiva no es explicable que un latinoamericano pierda su tiempo ocupándose de problemas particulares de la particular cultura húngara. Suponiendo, pero no aceptando, el carácter sólo particular de la cultura húngara, me permitiría recordarle a nuestro marxólogo que toda apropiación de la experiencia histórica de la humanidad expresada en sus objetivaciones es una forma de enriquecimiento de la individualidad que posibilita —y es la única que lo posibilita— el salto a genericidad. (Ya sé que soy oscuro, pero mi crítico, especialista en el tema de alienación en Marx, me entiende sin duda alguna.) Porque esa genericidad, lo

universal, no es una idea abstracta salida de la cabeza de los "grandes filósofos" o encarnada en las "grandes culturas" — como parece suponer nuestro especialista en Marx— sino una construcción histórica (dinámica) que va resultando de la elaboración de la particular experiencia histórica de cada grupo humano. Acercarnos a esa experiencia, sea cual fuere, es, pues, la única manera de apropiarnos del grado de genericidad alcanzado por una determinada cultura en una determinada época de su desarrollo.

Las reflexiones anteriores —cuya oscuridad obedece a la necesidad de apretar en pocas líneas toda una concepción teórica y, consecuentemente, metodológica— constituyen el trasfondo de mi interés por la cultura húngara y, particularmente, por el joven Lukács. Claro que para que mi acercamiento al joven Lukács fuese marxistamente consecuente tuve que relacionar la elaboración teórica de Lukács con la realidad elaborada. Para ello me pareció conveniente, dado el desconocimiento que el lector de habla hispana suele tener sobre la cultura húngara, presentar en detalle aquellos

aspectos que me parecieron necesarios para comprender la producción de Lukács. No fue mi intención en el libro darle al lector digerida la reflexión lukácsiana, sino más bien abrirle la posibilidad de digerirla ofreciéndole el conocimiento del trasfondo en el que esa reflexión nace y de la que es una expresión conceptual. Si, como quiere Silva Santisteban, me hubiese preocupado exclusivamente de presentar el pensamiento de Lukács como algo ya acabado y sin conexión con la realidad, haciendo del mismo sólo un análisis inmanente, habría incurrido en los viejos vicios del idealismo con remozamientos de positivismo.

No me queda sino añadir que, dejando de lado las ignorancias, porque pienso que son fácilmente subsanables, los supuestos teórico-metodológicos de la nota de Silva Santisteban invitan a una reflexión en profundidad sobre los métodos del análisis de la historia de las ideas. Tengo para mí que de dicha reflexión, aunque se desarrollase en la forma de diálogo polémico, todos tendríamos mucho que aprender.

Acerca del XI Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas

Entre los días 20 y 26 del pasado mes de agosto se efectuó en Vancouver, British Columbia, Canadá, el XI Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas.

Alrededor de 300 especialistas de las más diversas latitudes del planeta se dieron cita en esta ciudad moderna que tiene el privilegio de ofrecer como trasfondo una belleza natural extraordinaria y vigorosa. Como es de imaginarse, dada la naturaleza del evento, se abordaron una multitud impresionante de asuntos, desde el estudio de temáticas más bien nacionales —Bangladesh, China, Pakistán, etc.— pasando por materias de corte más tradicional a la Antropología, como el chamanismo, las características de los pueblos nómades, el ritualismo, el folklore, etc. Quienes buscaban perspectivas más totalizadoras encontraron también mesas sugestivas: interacción Estado y normas populares en la sociedad contemporánea; la paz y la guerra vistas desde la perspectiva antropológica; mujeres y desarrollo en la agricultura; antropología y educación; relaciones entre grupos indígenas minoritarios y estudios nacionales.

En suma, chinos, rusos, japoneses, hindúes, filipinos, estadounidenses, ca-

nadienses y latinoamericanos, entre otros fueron parte de un abigarrado contingente que durante una semana pululó por el ordenado y pulcro centro de Vancouver. Ciudad ésta que además de bella es joven: aún no ha cumplido los cien años, algo nada extraño en el país de fronteras que constituye el oeste canadiense.

Comparativamente, la presencia latinoamericana en el Congreso fue pequeña: entre argentinos, chilenos, peruanos, colombianos, apenas si pasaríamos de 15. La crisis, nos dijeron. De otra forma, por ejemplo, la delegación mexicana hubiera sido arrolladora. Por supuesto, los latinoamericanistas sumaban mucho más, pues bajo ese rubro se incluyen los estadounidenses, canadienses y europeos dedicados al estudio de América Latina y que, en este congreso, se desplegaron entre las varias mesas dedicadas a temáticas ligadas a nuestro subcontinente: chamanismo en la región; América Latina en la encrucijada: perspectivas antropológicas; sociedades indígenas en la Colonia; tierras áridas en los Andes; antropología y desarrollo en México, etc.

Hubo notorias ausencias en varios casos, que naturalmente mermaron inte-

rés al encuentro. A pesar de ello, no faltaron mesas en donde el debate fue incisivo: por ejemplo, el que suscitaron Marcelo Carnagnani, Nancy Farris, Murdo Maclead y Albert Meyer, en relación a América Latina colonial.

Mención aparte merece el festival de películas que durante todos los días que duró el encuentro se ofreció en el Robson Square Media Centre: un moderno y amplio local especializado en tales actividades, y que además de contar con salas de proyección y de teatro, dispone de ambientes destinados a la exposición de libros y casi un piso dedicado a una feria interesante: la de comidas, una mezcla sajona de comida americana, europea, mexicana...

El programa de películas comenzaba a las 9 de la mañana y duraba todo el día. De Perú se ofreció un interesante film de Les Blank, de 94 minutos: "Burden of Dreams", acerca de las peripecias que actuaron de trasfondo durante el accidentado período de filmación de la

película sobre Fitzcarrald. De otro lado, el antropólogo peruano Alejandro Camino, como siempre activo, consiguió un espacio en el hall de exposiciones de libros. Allí, al costado de las más prestigiosas editoriales de ciencias sociales, que hacían especiales promociones por el Congreso, desplegó una acogedora muestra de las publicaciones editadas por el Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica. Demás está insistir en que a pesar de los descuentos que se ofrecían, la mayor parte de libros eran prácticamente inaccesibles por lo menos para los tres peruanos que asistimos (A. Camino, E. Linares M. y quien esto escribe).

Bernardo Berdechiewsky, un profesor chileno que radica en Vancouver, tuvo una iniciativa que sin duda alguna puede tener posibilidades interesantes: crear una asociación de científicos sociales de la cuenca del Pacífico: América Latina, Australia, Japón, China, etc. El primer paso en esa dirección ha sido ya dado. Y aunque el resto del camino es largo, esperamos se logren los objetivos trazados. (Ernesto Yepes del Castillo).

El Desarrollo de las Ciencias en América Latina

*A propósito del encuentro organizado por
COLCIENCIAS del 2 al 4 de Noviembre
de 1983 en Bogotá*

La reflexión sobre el desarrollo de las ciencias y las técnicas en América Latina constituye todavía en gran medida un capítulo inédito en la historia de las ideas del subcontinente. Un capítulo por lo demás ineludible y que nos remite a examinar y evaluar las posibilidades mismas de desarrollo de estos países en tanto totalidades sociales e históricas.

Naturalmente, hoy por hoy existe ya una creciente conciencia de lo difícil que es hacer un balance del camino recorrido por la ciencia y la técnica en América Latina. Las especificidades de cada país, los procesos socio-económicos básicos de trasfondo que están por reconstruirse, el esfuerzo cada vez más grande e intenso que involucra participar como actor significativo en los desafíos de la ciencia contemporánea, son algunas de las tareas pendientes concomitantes e insoslayables ligadas a ese esfuerzo. Pero no sólo es un esfuerzo que bien vale la pena hacer; diríamos que es incluso fundamental.

Así lo han entendido cuerpos gubernativos e intelectuales de ciertos países como Brasil, México, Venezuela y Colombia. Aquí quisiéramos detenernos

un tanto en este último país. Funciona en Bogotá una entidad conocida como COLCIENCIAS, el equivalente colombiano a nuestro Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONCYTEC). COLCIENCIAS ha tomado conciencia de esta situación y entre los programas de trabajo que ha montado figura un proyecto ambicioso y sugestivo: "Historia Social de las Ciencias en Colombia". Proyecto por lo demás cofinanciado por el Programa Regional de Desarrollo Científico y Tecnológico de la OEA.

El proyecto podríamos decir que en realidad apenas si tiene meses de puesta en marcha. Ciencias Básicas, ciencias de la Ingeniería, ciencias de la Salud, ciencias Agropecuarias, y ciencias Sociales serán las grandes áreas disciplinarias a estudiarse.

El esfuerzo de COLCIENCIAS sin embargo, no se detiene allí. Si finalmente la investigación ha empezado, COLCIENCIAS quiere que sus cuadros en formación recojan el aporte y la experiencia de otros países de América Latina. En tal sentido, esta institución acaba de auspiciar con entusiasmo en Bogotá un encuentro de singular interés para todos quienes vemos con inquietud el desa-

rollo de la Ciencia en nuestro subcontinente.

El tema del evento no pudo ser más sugestivo: Seminario de Metodología de Historia Social de las Ciencias en América Latina. La reunión duró apenas tres días pero fue intensa. Prácticamente de ocho de la mañana a ocho de la noche, "recluidos" además en un local ubicado en las afueras de Bogotá y sin otra posibilidad que trabajar y trabajar. Aparte de la delegación colombiana, naturalmente la más numerosa, asistieron representantes de Venezuela, Brasil, México, Perú y España.

Hubieron dos tipos de exposiciones. Los paneles (colectivos) y las conferencias. Entre los primeros hay que citar el dedicado a hacer un diagnóstico del estado de las investigaciones en Historia de las Ciencias en Venezuela, Perú, Brasil, México y Colombia. Fueron interesantes también los dedicados a la "Transferencia de Ciencia y Tecnología", a examinar las "Relaciones entre Historia de la Ciencia y la Historia de la Técnica", al problema "Ciencia y Sociedad". Participaron en esos debates, entre otros, Yajaira Freitas (Venezuela), Ruy Gama (Brasil), Ubiratán D'Ambrosio (Brasil), Shozo Motoyama (Brasil), Juan José Saldaña (México), Luis Carlos Arboleda (Colombia), Germán Meza (Colombia), Carlos Eduardo Vasco (Colombia), Diana Obregón (Colombia), Antonio Lafuente (España), Ernesto Yepes (Perú). La ausencia del Dr. Arturo Alcalde, de Perú, por razones de salud, fue reiteradamente señalada y lamentada. No puede dejarse de señalar aquí tampoco el vivo interés mostrado por la directiva y participantes hacia la labor desplegada por el CONCYTEC respecto al desarro-

llo de los estudios de historia de la Ciencia en Perú.

De las conferencias cabe recordar las de Shozo Motoyama ("Metodología de la interacción-aplicación en el estudio de la Historia Social de la Ciencia en Brasil"), Juan José Saldaña ("Hacia una teoría de la Historia de las Ciencias en América Latina") y Antonio Lafuente ("Los inicios de la institucionalización de la Ciencia moderna en España").

Hacer un balance de ese balance no es tarea fácil. El consenso general fue que éste es el comienzo. El comienzo de la institucionalización de la historia de la ciencia, como disciplina. El comienzo del desarrollo de una percepción crítica de nuestras posibilidades científicas y tecnológicas dentro de una perspectiva universal y al mismo tiempo, ubicada dentro de nuestros límites locales y temporales.

Pero ese comienzo, sin embargo, engloba realidades diferentes. Brasil y España, por ejemplo, son dos casos ubicados en un "extremo" del conjunto de los países que participaron en el evento. En el otro, quizá Perú y Venezuela sean los más representativos.

Brasil y España, dos países en los que el proceso de crecimiento económico, el desarrollo de formas industriales un tanto complejas, son ya una realidad en marcha, tienen, a pesar de todo, que reconocer humildemente su incapacidad actual para incursionar con éxito en las grandes líneas de desarrollo de la ciencia contemporánea. Y el problema allí no es la falta de personal calificado, idóneo. O de mecanismos institucionales que impulsen la investigación. El problema, aparentemente, parece ser algo más profundo: la incapacidad de esas socie-

dades de ir asimilando estructuralmente las formas científicas nuevas. Nuevas no sólo en tanto provienen del exterior sino incluso las que las puntas más avanzadas que el mismo quehacer científico español o brasileño puedan producir. Esto es válido tanto para el campo nuclear como para uno más tradicional, el agrícola, por ejemplo. En este último se dan casos de innovaciones o procedimientos técnicos desarrollados que no logran incorporarse masivamente a las formas cotidianas de trabajo en el mundo rural español.

Esto está llevando a una actitud cada vez más crítica en ciertas esferas científicas de Brasil y España. Incluso en São Paulo son ya realidad proyectos como el de un programa de post-grado encaminado a examinar la relación entre Ciencia y Sociedad en Brasil: Historia Social de la Ciencia en Brasil, bajo la dirección de Shozo Motoyama, físico e historiador, activo participante en el encuentro que comentamos y que en largas conversaciones personales me mostró su vivo interés por impulsar proyectos similares en Perú.

En los casos peruano y venezolano la disociación entre conocimiento científico y tecnológico y el marco institucional, social y económico es aún más profundo. Claro está, Venezuela por la magnitud de sus recursos ha emprendido algunos trabajos como los de Hebe Vessuri del área de Ciencia y Tecnología del CENDES, en relación a la temática ciencia y sociedad. En el Perú, tampoco han faltado grupos dispersos trabajando en relación a determinadas disciplinas en perspectiva histórico-social. Afortunadamente, el estudio social de la Ciencia en nuestro país ha empezado —con el CONCYTEC— a recorrer los pasos institucionales básicos de gestación y desarrollo. En los demás países existe una gran preocupación porque estos esfuerzos se coronen exitosamente a fin de emprender conjuntamente la ruta única que los brasileños, españoles, mexicanos, consideran posible transitar a fin de cambiar nuestra realidad científica y tecnológica: la unidad de América Latina, incluyendo a los países ibéricos, dentro de una estrategia a largo y corto plazo que repiense en profundidad nuestras posibilidades mismas de desarrollo. (Ernesto Yepes del Castillo).

OBRAS RECIBIDAS

Libros

THE DEFENSE OF COMMUNITY IN PERU'S CENTRAL HIGHLANDS / Peasant Struggle and Capitalist Transition 1860-1940 / Florencia E. Mallon / Princeton, Princeton University Press, noviembre 1983

Es de gran alegría para *Análisis* haber recibido la obra de nuestra colaboradora Florencia Mallon. Cuidadosamente escrito, el volumen consta de 385 páginas con tres partes que intentan reconstruir el impacto producido en una zona de la región central andina —Valle de Yanamarca— por el desarrollo mercantil capitalista entre 1860 y 1940. Los títulos nos remiten a los tres momentos en que la autora periodiza el desarrollo del valle que examina:

- 1ro. 1860-1900: Los campesinos frente al comercio.
- 2do. 1895-1930: Los campesinos frente a la industria.
- 3ro. 1935 en adelante: Los campesinos frente a la pobreza.

Escrito con rigor y profundidad, el libro testimonia un fructífero trabajo de campo combinado con un conocimiento de fuentes de archivo no menos cuidadoso.

Finalmente hay que señalar que Princeton University Press ha editado el volumen con dos formatos: **cloth** (\$ USA 42.50) y **paper** (\$ USA 19.00).

EL EMPLEO EN EL PERU: UN NUEVO ENFOQUE / Francisco Verdera / Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1983

El examen del problema del empleo ha sido abordado críticamente aquí por Francisco Verdera, no sólo en relación a los trabajos que dan cuenta de esa realidad en nuestro país sino incluso polemizando con las diversas orientaciones doctrinarias que han propuesto una reflexión sobre él. A partir de esta perspectiva, Verdera propone iniciar un replanteamiento del análisis del empleo en el Perú, tarea en la que, sin embargo —hay que precisar— el autor reconoce que “apenas damos unos primeros pasos”.

Las 168 páginas se presentan en nueve capítulos y un conjunto de anexos. Los dos primeros capítulos están dedicados a discusiones de tipo teórico. En los cinco siguientes Verdera discute los conceptos y estadísticas básicas del empleo. Finalmente, en los dos últimos el autor propone una alternativa de aná-

lisis. Termina el texto con una serie de anexos útiles para quien quiera profundizar un tanto más en la temática en debate.

ESTADO, ALGODON Y PRODUCTORES AGRARIOS / Bruno Revesz / Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA), Piura, 1982, 440 pp.

El algodón constituye uno de los capítulos por escribirse en el cuadro del funcionamiento y desarrollo de la estructura productiva —y la social ligada a ella— del Perú contemporáneo.

En este documentado estudio Bruno Revesz nos entrega en siete capítulos un análisis de este viejo producto local, en relación principalmente a lo ocurrido en la década de 1970. Estos capítulos están a su vez agrupados en tres grandes secciones que dan cuenta efectivamente de la estructura de la obra: I) Producción de la mercancía algodón, II) Intercambio de la mercancía algodón, III) La política agraria del gobierno y los productores algodoneros.

MIGRACIONES INTERNAS Y DESARROLLO DESIGUAL *Perú 1940-1972* / Alvaro Ortiz / Centro de Investigaciones Socioeconómicas, Departamento de Ciencias Humanas, Universidad Nacional Agraria, La Molina, Lima, 1982, 136 pp.

Un texto un tanto difícil de seguir para los no iniciados en las formalizaciones matemáticas modernas. El tema, interesante a todas luces, la atracción o expulsión de migrantes de los distintos departamentos del país, es examinado utilizando un modelo de gravitación. Modelo que a su turno se explica en términos de la teoría de grafos.

Sigue luego un intento de explicar la heterogeneidad económica de nuestros departamentos, utilizando esta vez las técnicas del análisis multivariado.

THE PERUVIAN REVOLUTION AND THE OFFICERS IN POWER 1967-1976 / Liisa North y Tanya Korovkin / Centre for Developing-Area Studies. McGill University, Montreal, Canadá, 1981

Se trata de un inteligente análisis del gobierno militar peruano que tan profundamente impactara sobre la sociedad de este país. A diferencia de otros trabajos, trata de enfatizar algunos hechos juzgados por los autores como cruciales, como por ejemplo: el enorme nivel de autonomía de Velasco con respecto al conjunto de clases sociales y los intereses sectoriales, su independencia frente a EE.UU. en relación a la política exterior peruana y el rol del capital extranjero, los conflictos internos dentro del gobierno y la sociedad peruana a lo largo de aquellos años.

El texto está dividido en 5 capítulos (1) "Revolutionary" Policies: The Velasco Years; (2) The Historical Roots of the "Peruvian Revolution"; (3) Ideological Differentiation Among the Officers in Power; (4) Officers and Civilian Opponents; (5) Conclusion.

PERU'S INDIAN PEOPLES AND THE CHALLENGE OF SPANISH CONQUEST Huamanga to 1640 / Steve Stern / The University of Wisconsin Press, Madison, 1982, 295 pp.

Este trabajo, perteneciente a uno de nuestros colaboradores examina la forma como la población indígena enfrentó el desafío de la conquista española. A

diferencia de la mayor parte de estudios sobre esta temática, que suelen poner el énfasis en el poder de la élite colonial, el de Stern privilegia la iniciativa de la población indígena y demuestra cómo su resistencia y modo de adaptarse a las nuevas circunstancias determinaron cambios en la forma de explotación colonial.

Para desarrollar tal perspectiva el autor ha centrado su trabajo en una región que abarca —especialmente— buena parte del actual departamento de Ayacucho y —temporalmente— el período que va de 1532 a 1640. Cabe destacar el uso de fuentes hasta ahora inéditas y que el investigador encontrara en los archivos judiciales, notariales y eclesiásticos de la región.

Los lectores hallarán en sus páginas una reconstrucción de la sociedad indígena antes de 1532 (cuando se inicia la conquista española en Perú), el por qué inicialmente los pueblos de Huamanga cooperaron con la obra conquistadora y qué condiciones llevaron a que tal alianza se desmoronara. Más aún, Stern se detiene a examinar el movimiento milenarista que condujo al fin de la primigenia alianza y la introducción de las reformas virreynales de la década de 1570.

En la segunda parte del libro, Stern estudia la sociedad resultante del nuevo ordenamiento así como las múltiples contradicciones que éste trajo consigo, como por ejemplo, los conflictos no sólo entre la población indígena y la española sino al interior mismo de estos dos grandes sectores sociales.

SQUATTERS AND OLIGARCHS /
Authoritarian Rule and Policy Change

in Peru / David Collier / The John Hopkins University Press, Baltimore, 1976, 187 pp.

Este libro está dedicado a un problema de gran importancia para la sociedad peruana en nuestros días: el de las invasiones y subsiguiente formación de barriadas, sobre todo alrededor de la gran Lima. El autor examina la causas de fondo que explican su génesis así como las dinámicas específicas que tiene este proceso bajo los sucesivos gobiernos de Odría, Prado, la Junta Militar de Gobierno de 1962, Belaúnde y Velasco; establece las relaciones entre la oligarquía peruana, el Estado y los diversos partidos políticos con respecto a los hoy llamados “Pueblos Jóvenes” para presentarnos finalmente una interesante comparación de las distintas políticas en perspectiva histórica.

ESTADO E CLASSES SOCIAIS NA AGRICULTURA BRASILEIRA /
Bernardo Sorj / Zahar Editores, Rfo de Janeiro, 1980, 152 pp.

Este trabajo analiza las múltiples y complejas relaciones que se han venido dando entre el Estado y las clases sociales en la agricultura brasileña contemporánea. En otras palabras, examina tanto las relaciones de fuerza entre las clases y fracciones de clase así como las formas de estructuración y actuación del Estado; procesos ambos que resultan decisivos para la determinación de “las condiciones sociales y los mecanismos de generación y apropiación de los excedentes agrícolas y el lugar de éstos en el proceso de acumulación de capital”.

Al examinar esta dinámica para la etapa reciente, Sorj señala dos momentos fundamentales: el primero, que se

inicia a fines de la década de 1920, cuando una parte importante de la producción agrícola pasa a orientarse al mercado interno —inicialmente como expresión de la crisis del sector urbano-industrial— y, el segundo, que se afianza a mediados de la década de 1960 y que se caracteriza como una redefinición de las relaciones entre agricultura e industria a partir del desarrollo del complejo agroindustrial.

La problemática que levanta este estudio resulta pues harto compleja y fundamental y exige una explicitación de los supuestos teóricos subyacentes, tarea que, desde el Prefacio, el autor se compromete entregarnos próximamente.

CAPACITACION CAMPESINA / Una experiencia en Huancavelica / Proyecto Cencira-Cotesú 1979-1981. Lima, 1982.

“Eleva el nivel de vida de la población rural de menores ingresos utilizando para ello como instrumentos eficaces la ciencia, la tecnología y el apoyo con recursos humanos (expertos) y financieros (créditos no reembolsables), es una formulación simple del objetivo de la Cooperación al Desarrollo del Gobierno de Suiza, conocida en el país como COTESU. Para el cumplimiento de este objetivo y dentro de un Convenio suscrito con el Gobierno Peruano en 1964, la COTESU apoya en el país un conjunto de Proyectos fundamentalmente orientados a la sierra rural. Tales Proyectos tienen como contraparte nacional a instituciones y organismos públicos principalmente del Sector Agrario y de Salud”.

Con esta explicación se inicia la presentación de este estudio que sistematiza la experiencia adquirida en capacitación campesina por uno de los equipos

que trabajó, en el marco de este Convenio, en la región de Huancavelica entre los años 1979 y 1981. Cabe destacar la perspectiva de este equipo en lo que a capacitación campesina se refiere: para ellos la capacitación campesina debe contribuir al desarrollo integral del campesinado y no simplemente a una mayor producción y productividad agrícola. Esperando iniciar un fructífero diálogo con instituciones y personas que realizan trabajos similares, este estudio analiza críticamente los métodos de trabajo, de acercamiento a la realidad, de promoción campesina, etc., desplegados en la zona y nos trae en uno de sus capítulos un sustancioso resumen del trabajo realizado en el predio Antacocha.

FLUJO DE FONDOS DEL MERCADO INFORMAL DE CAPITALES / A. Reynaldo Susano L. / Lima, Julio 1983, 26 pp.

La Fundación Friedrich Ebert, en su serie “Diagnóstico y Debate” ha editado este pequeño trabajo. En él Susano busca explicarnos los mecanismos a través de los cuales las actividades informales de la economía no se encuentran aisladas del conjunto de ésta. El autor escoge el mercado de capitales como el caso particular de análisis para ver la profunda trabazón entre el mundo formal e informal de la economía. Los capítulos de que consta la obra son los siguientes: 1) La articulación del sector informal en la economía nacional; 2) El mercado informal de capitales en el financiamiento de la actividad económica; 3) El crédito informal y la interrelación de los sectores formal e informal de la economía; 4) Consideraciones para la política económica financiera.

PERU: ESTRUCTURA URBANA Y PROCESO HISTORICO SOCIAL / Róger Iziga / Ediciones Atusparia / Lima, Febrero 1983

Dividido en cuatro capítulos, este trabajo intenta a través de un largo periplo histórico, ubicarnos dentro de la problemática contemporánea del desarrollo urbano. Desde la lectura misma del contenido del texto, es fácil observar un to-

no de ortodoxia que se hará aún más profundo si nos detenemos un poco más en la desagregación interna de cada uno de los capítulos: 1) Aproximación teórica al análisis del desarrollo urbano; 2) Dialéctica del desarrollo histórico-social de la sociedad inca y colonial; 3) Formación social semicolonial y dominación inglesa y norteamericana; 4) Fase del reforzamiento del poder norteamericano.

Revistas

SOCIALISMO Y PARTICIPACION / No. 23, septiembre 1983, Lima.

Con envidiable regularidad sigue apareciendo esta revista del CEDEP (Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación). Esta vez nos entrega artículos de Héctor Béjar (Releyendo el Perú, Hoy), Marc J. Dourojeanni (Desarrollo Rural Amazónico), Robert Paris (Mariátegui y Gramsci), Hugo Neira (Los Mariateguismos), Diego García-Sayán (La Pena de Muerte), Edmundo Cruz Vilchez (Movimiento Sindical e Inflación). Se incluyen además textos de arte y documentos varios de vivo interés.

CUADERNOS DE AGROINDUSTRIA Y ECONOMIA RURAL / Bogotá, No. 10, Primer Semestre 1983, Publicación de la Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas.

En la Universidad Javeriana existe un interesante núcleo de trabajo dedicado a la investigación rural. Fruto de ese esfuerzo es esta revista pulcra y pacientemente editada y que permite a los lec-

tores ir reconstruyendo el camino que vienen abriendo. Pierre Raymond, un francés con su espíritu ya definitivamente entregado a Colombia escribe un trabajo vinculado a la producción de caña de azúcar en ese país (Algunas Causas del Estancamiento Panelero). Destacan también los trabajos de Carlos Dávila (Autosemblanza de Empresarios Agrícolas), Jaime Forero (La Agroindustria: ¿Alternativa para la Producción Campesina?), Orlando Jaramillo (Algunos Elementos Culturales de la Vida del Colono), Jaime Forero y Guillermo Rudas (Producción Campesina y Mercado de Alimento).

RELACIONES, Estudios de Historia y Sociedad / Revista Trimestral publicada por el Colegio de Michoacán, Vol. IV, No. 15, verano 1983. México.

En el Comité Editor de esta publicación figura un destacado grupo de intelectuales mexicanos: Luis González (Director), Pastora Rodríguez (Directora Adjunta), Guillermo Bonfil, Juan Vicente Palerm, Guillermo de la Peña, Jean Meyer, por citar algunos. En este

número que comentamos, ellos nos ofrecen varios artículos sugestivos: José Lameiras (El proceso secular de una etnia: el caso de Tuxpan, Jalisco), Raymond E. Wiest (La dependencia externa y la perpetuación de la migración temporal a los Estados Unidos), Arístides Medina Rubio (Teoría, fuentes y método en historia regional).

FORO INTERNACIONAL / Vol. XXIV, julio-septiembre 1983, No. 1, publicado por el Colegio de México.

Esta es una revista indispensable para quienes quieren mantener vivo un seguimiento actualizado del escenario internacional. Veamos si no algunos de los trabajos que se ofrecen en este número, y que para nosotros, aquí en el Perú, tienen un innegable interés: Abraham F. Lowenthal, (Ronald Reagan y Latinoamérica: enfrentamiento con la hegemonía declinante), Miguel S. Wionczek (Los energéticos y la seguridad internacional en los ochenta: ¿realidades o falsas percepciones?), Omar Martínez L. (El balance del poder y las tensiones en Asia y la cuenca del Pacífico: el papel de las potencias intermedias), P. K. O'Brien (El Egipto de Sadat: crecimiento económico en el pasado y perspectivas para el futuro).

MINKA / No. 1 al 8. Edición al cuidado del grupo Tarpuy - Huancayo, Perú.

Hemos recibido un conjunto de números de esta singular revista dedicada principalmente a examinar la tecnología desarrollada por el campesinado en los Andes. Esfuerzo difícil en pos de un objetivo valioso: el modo cómo un pueblo ha logrado construir a través de siglos un mundo cultural frente a un reto natural

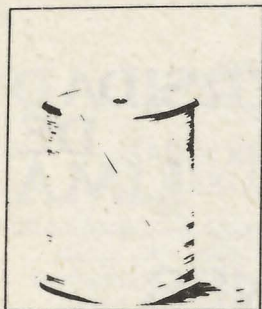
a primera vista inhóspito. Los temas que se abordan son varios y se busca presentarlos en forma también asequible a los principales interesados: el campesinado andino.

La mecanización, el cultivo de la papa, el uso del agua en los Andes, los suelos, las técnicas de sembrío, etc., no son sino parte de la amplia temática tratada. Los volúmenes están diagramados con una gran riqueza de gráficos y fotos, lo que hace muy vivo el mensaje. Para contactos y compras pueden escribir al Apartado Postal 222, Huancayo, Perú.

HISLA. Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social / No. 1 y 2, Lima, 1983.

Acaban de aparecer los primeros números de esta interesante revista que apunta a irradiar, desde el Perú, los nuevos horizontes que va configurando la reflexión histórica latinoamericana reciente.

La comprensión cabal de América Latina es una exigencia para todos los que trabajan en torno al Perú y su desarrollo. HISLA, esperamos, deberá contribuir a hacer cada vez más factible cubrir esa exigencia. Los trabajos incluidos en estos números son en ese sentido prometedores. Veamos sino algunos: C. S. Assadourian: Dominio Colonial y Señores Etnicos; H. S. Klein y S. L. Engerman: Del Trabajo Esclavo al Trabajo Libre; R. Romano y G. Tranchand: Una Encomienda de Coca; C. Hunefeldt: Diezmos, Sacerdotes y Campesinos; S. Palomeque: El Mercado Interno Colonial en el Ecuador; T. Platt: Conciencia y Religión entre los Mineros.



Industria



Investigación



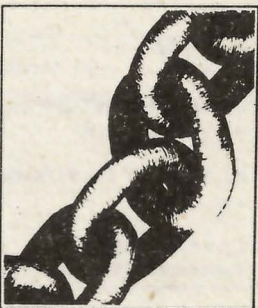
Economía



Alimentación



Transporte



Desarrollo

La energía siempre será necesaria.

Estas son sólo seis de las muchas razones por las que Petroleos del Perú dedica todo su esfuerzo para abastecer al país de la energía que consume y que siempre necesitará.

PETROPERU S.A., ENERGIA, DIVISAS, DESARROLLO.



1981-82/83

UNMSM-CEDOC



UNIVERSIDAD DE LIMA

PUBLICACIONES

LIBROS

GERENCIA EN INFLACION

Andrés Emmerich

EL SIGNO Y LA FORMA

Luc Joly

LAS CONVERSIONES

Carlos López Degregori

EMILIO HARTH—TERRE

Catálogo bio-bibliográfico

COOPERATIVISMO, EL MODELO ALTERNATIVO

Carlos Torres y Torres Lara

OBLIGACIONES

René Boggio Amat y León

METODOLOGIA DEL ANALISIS SEMIOTICO (2o. edición)

Desiderio Blanco / Raúl Bueno

RECURSOS NATURALES Y DESARROLLO EN AMERICA LATINA Y EL CARIBE

Marc Dourojeanni

LA ESTRUCTURA DE LA EXPERIENCIA HUMANA

Luis Silva Santisteban

REVISTAS

SCIENTIA ET PRAXIS No. 16

Revista de la Universidad de Lima

CIENCIA ECONOMICA 13-14

Programa de Economía

IUS ET PRAXIS

Programa de Derecho y Ciencias
Políticas

EN PREPARACION

PALMA Y SUS TRADICIONES

Dora Bazán

Q'ERO, PUEBLO Y MUSICA

Rodolfo Holzmann

CRIOLOS EN CONFLICTO

Luis Durand Flórez

ANTROPOLOGIA (2o. edición; revisada y aumentada)

Fernando Silva Santisteban

REVISTA CIENCIA ECONOMICA No. 15-16

Programa Académico de Economía

**DISTRIBUCION : Publirec S.A. Jr. Huamachuco 1927, Jesús
María — Teléfono 233234**



EDITORIAL HORIZONTE acaba de publicar:

MARIA REICHE Y LOS DIOS DE NAZCA
MARIA REICHE AND NAZCA'S GOD

Una biografía apasionada y poética, la primera que se publica, de la gran científica alemana cuya desinteresada y seria dedicación a desentrañar los misterios de las líneas y dibujos de las Pampas de Nazca es actualmente reconocida en el mundo entero.

CLORINDA CALLER IBERICO, cusqueña, profundiza a través de años una sincera relación amistosa con la ilustre científica, resultado de la cual es este libro generoso y edificante sobre esta personalidad.

Edición bilingüe español-inglés
Editorial Horizonte 1984.
Nicolás de Piérola 995, Casilla 2118
Lima 1 - Perú.



REVISTA LATINOAMERICANA DE HISTORIA DE LAS CIENCIAS Y LA TECNOLOGIA

Publicada por la Sociedad Latinoamericana de Historia de las Ciencias y la Tecnología, aspira a contribuir a la integración de la historia científica y cultural de los países iberoamericanos, quienes comparten un pasado común y un presente similar

Vol. 1, No. 1 - Otoño 1983

Enrique Beltrán: **La Historia de las Ciencias en América Latina.**

Dirk Struik: **Colonial Science in North America and Mexico:**

Walter Redmond: **Ciencia y Lógica en la Nueva España del siglo XVI.**

José Salá Catalá: **Los biólogos españoles entre 1860 y 1922: una sociedad científica en cambio. Su descripción.**

José López Sánchez: **Relaciones científicas entre Cuba y México.**

Elena Pennini de De Vega: **Darwin en la Argentina.**

DOCUMENTOS / RESEÑAS

Suscripción: Apartado Postal 21-873.
C. P. 04000 México D. F.
Un año (3 números): Individual: US\$ 12
Institucional: US\$ 25

centro de estudios rurales andinos
"bartolomé de las casas"

ULTIMA PUBLICACION:

**ESTRUCTURA AGRARIA Y VIDA RURAL EN UNA
REGION ANDINA:
OLLANTAYTAMBO ENTRE LOS SIGLOS XVI-XIX**

Luis Miguel Glave y María Isabel Remy

MENSUALMENTE:

SUR

Boletín Informativo Agrario

SEMESTRALMENTE:

REVISTA ANDINA

*Donde damos cabida a todas las disciplinas consagradas al estudio de las
diversas manifestaciones históricas del hombre andino y de todas las
experiencias andinas de vida en sociedad*

Pedidos:

Ahuacpinta 598

Apartado 477

Cusco

Telf. 22-46-31.

Horacio Urteaga 452

Jesús María

Lima 11

Telf. 24-94-02



Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica
Apartado 111-66
Lima 14/Perú



TRAERA LOS SIGUIENTES ARTICULOS:

Las Reducciones Indígenas en la Amazonía del
Virreynato Peruano

Manuel Marzal

Los Amarakaeri: Una noción de estructura
Social

Andrew Gray

Status de la Mujer y Cambio por Aculturación *Kathleen Stocks*

Pasado y Presente de las Estrategias de
Subsistencia Indígenas en la Amazonía:
Problemas y Posibilidades

Alejandro Camino

Investigaciones sobre las Plantas Medicinales
de los Shipibo-Conibo del Ucayali

*Jacques Tourmon
U. Reátegui*

Crónica: Diario del Gran Pajonal *F. Juan Bautista de la Marca*

VOL. V No. 10



estudios rurales latinoamericanos

VOLUMEN 6 - NUMERO 1 (Enero - Abril 1983)

Myriam Jimeno

COLONIZACION: DESCENSO VERTICAL, EXPANSION HORIZONTAL

Absalón Machado

LA AGROINDUSTRIA: UNA ALTERNATIVA AL DESARROLLO

Fernando Eguren

LA TIERRA Y EL DESARROLLO RURAL. EL CASO DEL PERU

Edilberto Torres Rivas

MODALIDADES DE LA TRANSFORMACION AL CAPITALISMO
AGRARIO

Samuel Hurtado

LAS POLITICAS AGRARIAS DEL ESTADO Y LA CUESTION
CAMPESINA EN VENEZUELA

SUSCRIPCION A LA REVISTA

	Suscripción (3 números al año)		Ejemplares Seltos Anter.		Promoción (6 números) 1978-1979
	Personal	Institucional	US\$	US\$	US\$
AMERICA LATINA	US\$ 20	US\$ 27	US\$ 10	US\$ 11	US\$ 40
ESTADOS UNIDOS Y					
CANADA	24	30	11	12	40
OTROS PAISES	30	33	11	12	40
COLOMBIA	Col \$ 750	Col \$ 900	Col \$ 300	Col \$ 300	Col \$ 900

ESTUDIOS RURALES LATINOAMERICANOS

Apartado Aéreo 11386

Bogotá - Colombia

ANÁLISIS

CUADERNOS DE INVESTIGACION

"LA COLECCION DEL No. 1 AL 6"

QUE REUNE, ENTRE OTROS, LOS ARTICULOS DE:

ROCHABRUN: Acerca del capitalismo en Perú / SPALDING: Clases sociales en los Andes peruanos / PORTOCARRERO: El pensamiento político de Haya de la Torre / YEPES: El capital inglés y el capital americano en Perú / HOBSBAWM: Ocupaciones campesinas de tierras / GERMANA: La polémica Haya-Mariátegui / BURGA: Ucupe: una estancia colonial / MALLON: Microeconomía y campesinado / MONTOYA: Ejes regionales y desarrollo del capitalismo / ALVAREZ: Esquemas de reproducción marxistas / LAUER: Artesanía y capitalismo / MALETTA: Perú, ¿país campesino? / MANRIQUE: Guerra del Pacífico y lucha de clases / ALBERT: Notas sobre la industria azucarera.

**SE OFRECE AL EXCEPCIONAL PRECIO DE
US \$ 20.00, EN EL EXTRANJERO. (CORREO MARITIMO).**

Girar cheque a nombre de Ernesto Yepes (director de Análisis) y enviarlo a: Casilla 11093, Correo Santa Beatriz, Lima 14, Perú. En caso de franqueo aéreo añadir US\$ 8.00.

ANÁLISIS

CUADERNOS DE INVESTIGACION

Se incluye cheque por US\$ por años de suscripción.
(Correo marítimo).

	1 Año (2 números)	2 Años (4 números)
En el Exterior:		
Personal	\$ 12	\$ 22
Institucional	\$ 20	\$ 36

NOMBRE

DIRECCION

CIUDAD

PAIS

El cheque debe ser girado a nombre de Ernesto Yepes (director de Análisis). Deberá añadirse US. \$ 6.00 en caso de franqueo aéreo anual. Dirección Postal: Casilla 11093 - Correo Santa Beatriz, Lima 14 - Perú.

UNMSM - BC
UDC

UNMSM-CEDOC

ESCRIBEN EN ESTE NUMERO

JOSE DEUSTUA, peruano, sociólogo e historiador, investigador del Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

FRANCIS GUIBAL, francés, filósofo e investigador de historia de las ideas, actualmente se halla trabajando en Francia.

JOSE IGNACIO LOPEZ SORIA, peruano, filósofo, profesor en la Universidad de Ingeniería, Lima.

MARIA TERESA ORE, peruana, socióloga, actualmente investiga sobre historia oral en ILLA, Centro de Educación y Comunicación, Lima.

CRISTINA ROSSEL, peruana, socióloga, profesora en la Universidad de Lima.

LUIS SILVA SANTISTEBAN, peruano, filósofo, profesor de planta de la Universidad de Lima.

FRANCISCO VERDERA, peruano, economista, investigador auxiliar del Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

ERNESTO YEPES, peruano, profesor del Departamento de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Agraria, La Molina, Lima.

Contribuciones, correspondencia, canje, libros y materiales para comentarios dirigílos a ANALISIS, Apartado 11093, Correo Santa Beatriz, Lima 14, PERU. Los editores acogerán con agrado contribuciones no solicitadas; sin embargo, éstas deberán ser enviadas en duplicado, escritas a máquina y a doble espacio; las citas de pie de página serán consecutivamente numeradas. Los manuscritos no aceptados para su publicación sólo serán devueltos si el autor remite un sobre con su dirección y estampillas. Los artículos firmados son de responsabilidad de los autores.

ANALISIS RESUME EL ESFUERZO DE UN GRUPO DE PROFESORES DE DIVERSAS UNIVERSIDADES ANIMADOS EN LA COMUN TAREA DE IMPULSAR, DEBATIR Y PUBLICAR LOS AVANCES DE LA INVESTIGACION EN EL CAMPO DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL PAIS.

Centro de Composición IBM
y Servicios Graficos S. A.
Jr. Callao 107 - Of. 205
Lima - Peru

UNMSM-CEDOC